EL TELÉFONO DE DIOS

¿QUÉ LE PREGUNTARÍAS SI TE DIERAN SU NÚMERO?



FRANCESC MIRALLES

CON LA COLABORACIÓN DE ADRIANA HERNÁNDEZ,
A PARTIR DE UNA IDEA ORIGINAL DE MARC VIVES.

IKIBOOKS


EL TEL
DE D
¿QUÉ LE PREGUNTARÍAS

EL TELÉFONO DE DIOS

FRANCESC MIRALLES

CON LA COLABORACIÓN DE ADRIANA HERNÁNDEZ,
A PARTIR DE UNA IDEA ORIGINAL DE MARC VIVES



IKIBOOKS

Primera edición: noviembre 2025

Título: El teléfono de Dios

Del texto: ©Francesc Miralles, 2025

Corrección: Eva Permanyer e IKIBOOKS

Del diseño de la cubierta y del interior: Marta de Benito

Foto del autor de la solapa: Montse Campins

De esta edición: IKIBOOKS

IKIBOOKS

www.editorialvanir.com

Barcelona

ISBN: 979-13-87544-21-8

Depósito legal: B 16561-2025

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro — incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Entre miles de millones de probabilidades,

viniste tú a este mundo.

¿Cómo no vas a creer en la magia?

ÍNDICE

1. EL DILUVIO UNIVERSAL

2. DIOS TE LO PAGARÁ

3. LA LLAMADA

4. UNA MUERTE EN VIDA

5. EL INTERRUPTOR DE UNA HABITACIÓN A OSCURAS

6. PREGÚNTASELO A DIOS

7. ¿QUÉ HAY DEL AMOR?

8. EL ESPÍA, LA LECTORA Y EL FIN DEL MUNDO

9. TRÁGATE ESE SAPO

10. EL AMOR VERDADERO

11. UNA POSTAL DE KEW GARDENS

12. EL HOMBRE EN SU CASTILLO

13. TÉ DE ROCA PARA TRES

14. EL OCÉANO DE LAS ALMAS

15. YUIMAARU

16. EL ESPEJO DE LA AMISTAD

17. MENSAJES DE ULTRATUMBA

18. LEYENDO A MARCO AURELIO

19. LOS MOLINOS DE VIENTO DE TU MENTE

20. LAS PALABRAS NO DICHAS

21. EL LORO QUE DECÍA «TE QUIERO»

22. MÁS MEDITACIONES

23. PAULA

24. EL LIBRO OLVIDADO

25. ¿ERES AUTÉNTICO?

26. UN PUZLE LLAMADO VIDA

27. DEPRIMIRSE CON KAVAFIS

28. CUATRO ESCALONES PARA REALIZARTE

29. EL FILÓSOFO Y OTRAS NOTICIAS

30. CUANDO EMPRENDAS EL VIAJE A ÍTACA

31. LA COMIDA BASURA DE LA MENTE

32. LAS PLAYAS DEL INCONSCIENTE

33. EL MAPA DE LOS SUEÑOS

34. MENSAJES Y DESEOS

35. LA OROPÉNDOLA

36. LOS PRIMOS DEL INCONSCIENTE

37. LA MEDIDA DEL EGO

38. LA OTRA ORILLA

39. LA RELATIVIDAD DEL TIEMPO

40. SALIR DE LA ADICCIÓN

41. EL SPA URBANO

42. TIRARSE A LA PISCINA

43. EN CASA DE KAFKA

44. ESTRELLAS SOBRE LA CIUDAD

45. CADA VEZ PODRÍA SER LA ÚLTIMA

46. MÁS ALLÁ

47. YA VIENE SANTA CLAUS

48. TRES CAMINOS IMAGINARIOS

49. LA LISTA DE LA COMPRA

50. UNA NUEVA CITA

51. UN ALMUERZO BESTIAL

52. LA VIDA ES UN LIENZO EN BLANCO

53. LOS PACTOS DEL AMOR

54. AUTOVIDA

55. ÚLTIMA CONVERSACIÓN CON DIOS

FIN (Y NUEVO INICIO)

EL ORIGEN DE ESTA HISTORIA

1. EL DILUVIO UNIVERSAL

Era aún noviembre cuando todo empezó. Desde que Teo tenía uso de razón, los domingos por la tarde le deprimían, pero aquel día la suave y constante ansiedad que solía acompañarle se había intensificado.

Quizás fuera porque se aproximaba a los cuarenta con la impresión de que, en adelante, su vida solo podía ir pendiente abajo.

Hacía casi cinco años de su última relación y no se podía decir que tuviera muchos amigos. Solía evitar a la gente. Tal vez porque hacía un trabajo anodino en una empresa de seguros, con un tiempo libre igual de anodino, estaba convencido de no tener nada que decir.

De hecho, las pocas veces que quedaba con alguien, le aburría escucharse a sí mismo.

¿Era aquello depresión o tedio existencial? Teo dudaba de que un psicólogo o *coach* pudiera darle respuesta; por eso, ni siquiera se había preocupado de buscar uno.

Estaba dando vueltas a estos pensamientos en su piso de cincuenta metros cuadrados, como una fiera enjaulada, mientras la brisa azotaba un platanero frente a su ventana.

De repente, sintió la necesidad de escapar de casa y se vio bajando las escaleras hacia la calle.

Al cruzar la puerta de cristal le abofeteó un viento helado que traía noticias del invierno. Ya había oscurecido cuando empezó a callejear en busca de un bar o un café que no estuviera cerrado. Aquel era un barrio residencial venido a menos con una población envejecida. Si había ya poca gente entre semana, el domingo era un verdadero desierto.

Tuvo que andar un buen trecho hasta hallar la primera persiana abierta. El local tenía el poco prometedor nombre de El Diluvio Universal, y no recordaba haberlo visto nunca. De hecho, había pasado varias veces por aquella calle ajardinada y no estaba en ese lugar.

Con todo, las lámparas polvorientas y el techo de madera revelaban que llevaba tiempo allí.

No quiso darle más vueltas y empujó la puerta, convencido de que en cuanto pusiera un pie dentro le dirían que el bar estaba cerrado. Al fin y al cabo, no había ni un alma.

Resignado a volver a casa, se sentó en una mesa arrimada a la ventana mientras esperaba a que apareciera Noé. El dueño de un local con ese nombre bien podía llamarse así, se dijo.

En medio de estas bromas privadas, apareció un tipo escuálido con gafas de alta graduación. Llevaba chaleco y pajarita, como los camareros de otra época. Se le quedó mirando fijamente, como si fuese un energúmeno difícil de clasificar.

Teo se disponía ya a levantarse para salir cuando Noé le habló con una voz suave y educada.

—Ahora le acerco una carta. La cocinera llegará en unos minutos.

Miró su reloj. Aún no eran las siete de la tarde y no había previsto cenar fuera, pero no quería desairar a aquel camarero.

Echó un vistazo a las hojas plastificadas. Le pareció sorprendente la variedad de platos para un local en el que nunca había reparado y donde no había nadie.

¿Sería quizás que se llenaba más tarde?

Como Teo apenas salía de casa, no podía saberlo, así que decidió elegir entre los principales un plato que no complicara más de la cuenta sus digestiones ya difíciles.

Justo entonces se abrió la puerta.

Por el aspecto desaliñado, incluso desesperado de aquella chica, supo enseguida que no era la cocinera.

2. DIOS TE LO PAGARÁ

Tendría poco más de veinte años, y sus ojeras oscuras y profundas revelaban una salud muy deteriorada. Probablemente era drogadicta. Embobada en medio del local, como si no supiera dónde sentarse, parecía haber entrado allí por casualidad. Como Teo. Otra alma descarriada en El Diluvio Universal.

Tras salir de su encantamiento, la chica caminó lentamente hasta una mesa contigua a la suya. El camarero de las lentes enormes —debía de tener más de doce dioptrías— le entregó una carta.

Teo se había inclinado ya por un lenguado a la naranja, pese a saber que el pescado sería congelado y la naranja, con toda probabilidad, de conserva. Mientras esperaba a que Noé le tomara nota, espió a la yonqui parapetado tras la carta, como los detectives de las películas.

De no estar demacrada, sería una joven verdaderamente bella, se dijo Teo, que se preguntaba dónde estarían sus padres y cómo habría llegado a esa situación.

Sus ojos claros subían y bajaban por el menú con expresión grave, como si leyera la Biblia en verso.

Saltándose el orden de llegadas de la clientela, Noé la atendió antes que a él.

—¿Ya sabes lo que quieres?

El hecho de que la tuteara era signo de que la conocía, pensó Teo. Quizás viviera en un cajero y de vez en cuando recalaba en El Diluvio Universal para calentarse un poco.

Su voz sonó más débil y quebradiza de lo que él se esperaba: —La verdad es que no tengo dinero.

El camarero se limpió las gafas con un trapo, como si pensara las palabras exactas con las que echarla del local —y no por primera vez — cuando las cuerdas vocales de Teo vibraron ajenas a su voluntad:

—Póngale lo que pida. Corre de mi cuenta.

Un instante después, ya no sabía por qué lo había dicho. Él no era conocido por su generosidad. En sus pocas relaciones siempre se había considerado un equilibrador: solo daba a quienes le habían dado, en una proporción parecida a lo recibido.

En todo caso, ya estaba hecho y no podía echarse atrás.

A la joven se le iluminó el rostro y juntó las manos para darle las gracias. Luego pidió al camarero el plato más económico de la carta: un pincho de tortilla con pan y una copa de vino tinto.

Teo pidió el lenguado y un vino blanco, a disgusto con la situación que él mismo había creado. Tal vez porque no se sentía nadie, le gustaba pasar desapercibido. La extrañeza que notaba en los ojos miopes del camarero y la gratitud en los de la chica le incomodaban.

Cuando Noé sirvió los vinos y la yonqui se levantó para sentarse a su mesa, Teo volvió a arrepentirse de su gesto.

—Dios te lo pague —dijo ella mirándole a los ojos—. Mejor dicho, Dios te lo pagará.

Seguidamente, chocó su copa con la suya, que seguía sobre la mesa.

—¿Cómo me lo pagará? —le preguntó Teo con frialdad.

—Él sabrá cómo recompensarte. Tengo su teléfono, solo tienes que llamarle.

Dio un sorbo a su vino blanco mientras estudiaba a aquella pobre chica. Además de drogadicta, estaba loca, pensó.

—Tengo el teléfono de Dios —insistió ella abriendo mucho los ojos—. ¿No me crees? Ahora lo verás.

Su mano delgada agarró una servilleta de papel y, con un bolígrafo casi gastado que había sacado de su bolso, anotó nueve cifras. Luego se levantó para regresar a su mesa con la copa.

No volvieron a hablar en toda la cena. Ella tampoco le dirigió una sola mirada. Cuando hubo terminado su tortilla, zampándose hasta la última miga de pan, apuró el vino y se marchó con los ojos clavados en el suelo.

3. LA LLAMADA

Nada más regresar a casa, Teo se desplomó sobre el sofá y estuvo zapeando entre varios inicios de serie. Ninguna lograba captar su atención. Aliviado de que aquel domingo extraño tocara a su fin, se levantó con pesadez para arrastrarse hasta el baño y luego a la cama.

Siguiendo su costumbre, tras desnudarse dobló la ropa con cuidado y la dejó sobre una silla después de haber vaciado sus bolsillos. En el derecho del pantalón apareció la servilleta con el número de «el teléfono de Dios».

Teo lo contempló unos instantes, sin saber qué hacer. El sentido común mandaba arrojarlo a la papelera, pero por alguna razón no podía hacerlo.

Al igual que le había sucedido al invitar a la chica, sus dedos teclearon en el móvil como si tuvieran vida propia. La locura ya estaba hecha, así que se acercó el auricular al oído para escuchar la señal larga e intermitente.

Fueron cinco en total, luego saltó el pitido del contestador sin mensaje previo. En ese momento Teo decidió colgar.

«Dios no contesta ‹se dijo›. Eso ya lo sabía Bergman, que hizo varias películas sobre el silencio de Dios.»

Ahora sí, arrojó la servilleta a la papelera. Puso la alarma en el móvil para las 6:45, como cada día laborable, y lo dejó en la mesita de noche.

Cuando apagó la luz, ya dentro de la cama, se temía que no lograría conciliar el sueño, pero no fue así. Antes de que pudiera darse cuenta, se hundió en los parajes de la inconsciencia.

Serían las dos de la madrugada cuando sonó el móvil. Sobresaltado, primero se maldijo por no haberlo puesto en modo *no molestar*. Luego, al ver en la pantalla el mismo número que había marcado antes de acostarse, se preocupó.

Si la yonqui le había escrito un número al azar, guiada por su delirio, ahora él tendría que disculparse por su llamada nocturna.

—¿Quién es? —preguntó Teo tímidamente.

Esperaba recibir una bronca al otro lado de la línea, pero en vez de eso encontró una voz clara y suave.

—Lo sabes bien. Tú me has llamado.

Con el teléfono en la mano, Teo se dijo que debía de estar soñando. Para cerciorarse, encendió la lámpara de la mesita de noche y volvió a mirar el móvil. Seguía siendo madrugada, y aquella llamada estaba en línea.

Totalmente desorientado, se acercó de nuevo el móvil al oído y preguntó:

—¿Eres Dios?

En ese momento, la línea se cortó.

4. UNA MUERTE EN VIDA

Mientras subía en ascensor hasta la undécima planta, Teo sintió que la ansiedad se enroscaba en su vientre como una serpiente amenazadora, siempre al acecho. Al entrar en la oficina, aquel lugar ya de por sí impersonal y gris le pareció más opresivo que nunca.

Hizo cinco respiraciones largas y profundas, como había aprendido en un tutorial de YouTube, pero no se sintió mucho mejor.

Un ejército de muertos vivientes, como él, iban pasando por su lado sin siquiera saludarle.

Así empezaba una semana más.

Sentado en su cubículo frente al ordenador, Teo trató de concentrarse en las tareas pendientes. Sin embargo, su mente seguía regresando a la extraña llamada de madrugada.

¿Había sido solo una broma de mal gusto?

Aquella incertidumbre le siguió acompañando mientras revisaba un sinfín de pólizas y respondía a correos electrónicos.

Le embargaba una sensación extraña. Por una parte, su cuerpo estaba allí, haciendo la tarea por la que recibía un salario cada mes,

pero su corazón y su mente se hallaban a años luz de aquella oficina demasiado iluminada donde se gestionaba la infelicidad.

El murmullo constante de conversaciones, que solían molestarle hasta el punto de ponerse auriculares de cancelación de sonido, ahora le sonaba tan lejano como el rumor de un mar al otro lado del desierto.

¿Qué le estaba pasando?

A mitad de la jornada, después de almorzar con prisas en la cantina del edificio, volvió a subir para continuar con su monótona labor.

No paraban de entrarle correos rebotados de otros departamentos, lo cual alimentaba la desesperante conciencia de no poder con todo. Si no quería salir a las tantas, no le quedaba otra que poner foco y concentrarse en el trabajo.

Como una máquina perfectamente diseñada para aquella actividad, Teo procesó formularios, calculó primas de riesgo y mantuvo un semblante serio en las reuniones de equipo. Pero una desazón más fuerte que nunca le envolvía como una mortaja en cada interacción y tarea.

Incluso las conversaciones triviales en las pausas para el café le parecían distantes y sin sentido.

Era ya de noche cuando salió de la oficina con el sentimiento de haber completado un capítulo más de lo que era una muerte en vida.

Una vez en el autobús, mientras con una mano se agarraba a la barra metálica, con la otra se encontró de nuevo contemplando aquel número desconocido en su teléfono.

Aunque sabía que no llamaría nunca más allí, su carácter metódico hizo que lo registrara en la agenda bajo el nombre «El teléfono de

Dios». Luego guardó su móvil en el bolsillo y se puso a pensar en los platos congelados que tenía en la nevera para prepararse la cena.

5. EL INTERRUPTOR DE UNA HABITACIÓN A OSCURAS

Pasaron dos semanas más sin que a Teo le sucediera nada remarcable, más allá de envejecer catorce días. Sus jornadas en la oficina rebasaban las seis e incluso las siete de la tarde, porque no podía permitirse que se le acumularan los expedientes. Eso solo dispararía aún más su ansiedad.

Era un jueves por la noche cuando, al regresar a casa, le vino a la mente un documental que había visto por televisión sobre el proceso creativo de David Bowie. Decía que a veces lo más heroico que puedes hacer es llegar al final del día.

Mientras cerraba la puerta, dio la razón al Duque Blanco, entre los muchos nombres que había recibido, cuyas canciones formaban la banda sonora de su juventud. Aunque todavía no hubiera cumplido los cuarenta, de eso parecía haber pasado una eternidad.

Sin encender siquiera las luces, se dejó caer sobre el sofá. Y entonces sucedió.

Como si se tratara de un acto sincronizado, nada más su trasero aterrizó en la superficie mullida, sonó el móvil.

Convencido de que se trataba de un comercial que quería endosarle un cambio de compañía eléctrica o cualquier otro servicio, lo sacó de su bolsillo, dispuesto a cortar por lo sano.

Sin embargo, lo que vio en la pantalla le paralizó.

El teléfono de Dios

Se había olvidado, incluso, de que lo había fichado así en la agenda.

El primer impulso de Teo fue esperar a que dejara de llamar para luego bloquear ese número. Tema zanjado. Sin embargo, la curiosidad le llevó a darle al botón verde para ver quién era.

Al otro lado de la línea, esa misma voz clara y misteriosa dijo:

—¿Por qué no enciendes la luz?

«Buen truco», pensó asustado. El hecho de que supiera que estaba a oscuras revelaba que, quien fuera que llamara, estaba vigilando su ventana. Al vivir en un segundo piso, podía verla incluso desde la calle, así que, con el teléfono en el oído, Teo se acercó al cristal.

Justo debajo había una pareja joven que se besaba. Por el ímpetu y la fuerza del abrazo, debían de estar en sus inicios.

Teo regresó al sofá y, siguiendo un acto reflejo, encendió una lámpara de pie. «Hágase la luz», pensó recordando el pasaje del *Génesis*.

—Eso ya está mejor —dijo la voz, lo cual aumentó aún más su inquietud—. Si estás en una habitación a oscuras, busca el interruptor. Parece obvio, pero a mucha gente le pasa por alto. Lo mismo sucede con el vacío que estás sintiendo ahora mismo.

—Pero… ¿de qué vacío me hablas? —preguntó Teo irritado.

—Del tuyo, ¿cuál va a ser? Del de la mayoría de las personas, de hecho. Y la solución es la misma que para la habitación a oscuras: el vacío que sientes es una invitación a llenarlo.

—Ya… pero ¿de qué?

—De algo o alguien que tenga sentido para ti —dijo la voz.

Teo se quedó pensando sin saber qué contestar. Más allá de si se trataba de un espía, de un acosador o del propio Dios, por extraño que pareciera, se sentía a gusto en esa conversación.

¿Tan profunda era su soledad?

—Ahora mismo, no hay nada ni nadie que tenga sentido para mí. De ahí mi vacío.

—Entiendo. Pero no te puedes quedar así, ¿cierto? Tendrás que hacer algo.

Teo permaneció en silencio, esperando a que la voz siguiera, cosa que sucedió con una pregunta directa:

—¿Te sientes solo?

—Sí, diablos.

—Pues eso tiene fácil arreglo, Teo.

—Espera… ¿cómo sabes mi nombre? —preguntó, tomando conciencia de nuevo de lo extraño y peligroso de la situación.

—Sé muchas cosas, eso lo irás comprobando a medida que conversemos. Pero no le des vueltas a lo que es insignificante. Un nombre es solo eso, un nombre. No hay que juzgar un libro por su título.

—Si yo aceptara que eres Dios, como me aseguró la pobre chica que me dio tu número, deberías saberlo todo.

—¡En absoluto! Dios solo puede saber y conocer lo que ya está creado, las obras terminadas.

—¿Y qué está inacabado o por crear? —preguntó Teo desafiante.

—Tu vida, por ejemplo. Solo tú puedes saber con qué llenarás ese vacío.

—Solo yo… —repitió, confundido— ¿Y si no sé por dónde empezar?

—Empieza por algo fácil. Antes me has reconocido que estás solo, ¿verdad? Pues llama a alguien y queda mañana para comer. ¿Eres capaz de hacer eso?

—Sí… —dijo Teo entre avergonzado y confundido.

—Pues eso es todo por ahora.

Dicho esto, cortó la llamada.

6. PREGÚNTASELO A DIOS

La conversación de la noche anterior debía de haber imprimido a Teo una eficiencia divina, ya que a las tres logró terminar sus expedientes y apagar el ordenador.

El viernes era el único día de la semana en el que —teóricamente— no se trabajaba por la tarde, así que había quedado con Lucrecia para comer a las tres y cuarto. A la única amiga que conservaba de la facultad de Derecho la veía de uvas a peras, tal vez porque sus vidas no podían ser más distintas.

De aspecto algo masculino con un ramalazo punk, trabajaba en una agencia de detectives y tenía más amantes simultáneos que días de la semana. Por supuesto, Teo nunca había entrado en sus quinielas. Su papel siempre había sido el de escuchar sus proezas sexuales, lo cual le hacía sentir aún más en una sequía sentimental.

Aquel día, sin embargo, no la había citado sin motivo. Más allá de seguir la recomendación de la voz del teléfono —se resistía a creer que era Dios—, tenía algo que pedirle.

Raro en ella, estaba ya en el restaurante de pescado donde había prometido invitarla.

—Te has olvidado de llegar tarde esta vez —le dijo Teo después de darle dos besos, mientras tomaba asiento.

—Sí… debe de significar que me hago mayor.

Luego ella le asestó un puñetazo en el pecho que pretendía ser cariñoso, pero que le dejó sin aliento por unos instantes.

Pidieron una botella de chablis blanco y el pescado del día con patatas al horno. Mientras chocaba su copa con la suya, Teo se dio cuenta de que estaba contento de verla. Y no solo porque necesitara pedirle ayuda.

Lucrecia escuchó con una sonrisa burlona su relato sobre El Diluvio Universal, la yonqui, el teléfono de Dios y su primera charla.

—Si no supiera que eres soso a morir, te preguntaría qué droga tomaste anoche al llegar a casa.

—No creas… —respondió Teo tras dar un trago al chablis, que estaba delicioso—. Yo tampoco estoy seguro de estar cuerdo. Por eso necesito que averigües a quién corresponde este número que ahora te mostraré. Tú tienes acceso a los registros de las compañías telefónicas, ¿me equivoco?

—A veces… —repuso mientras se llevaba un trozo de pescado a la boca.

—Entonces, ¿lo averiguarás?

—Haré todo lo posible, descuida. Aunque me dan ganas de llamarle para añadirlo a mi catálogo de conquistas.

—¿Te refieres a ligarte a Dios?

—¿Por qué no? —rio—. Hablando en serio, no creas que esta investigación te saldrá gratis —añadió ella tras apuntar el número en

una libreta pequeña y arrancar una hojita donde había anotado otras nueve cifras.

Lucrecia la deslizó sobre la mesa y añadió:

—Quiero que le llames. Se llama Marcus.

—¿De quién se trata? ¿De uno de tus *lovers*? ¿Por qué tengo que llamarle?

—Recuerdo que en la facultad escribías por encargo.

—Sí… pero eso fue en el pleistoceno. Mientras estudiaba, escribía artículos para una empresa de marketing digital. Yo era lo que se llama un creador de contenidos.

—Ajá, pues Marcus tiene una historia que contarte. Quizás puedes ayudarle a escribirla, incluso.

Teo levantó la mano para frenarla, pero ella le detuvo.

—Solo quiero que le llames, igual que hiciste con Dios. Marcus también te devolverá la llamada. Y yo cumpliré mi parte del trato. Tienes suerte de habérmelo pedido hoy: están a punto de despedirme… Espero tener tiempo de mirarte esto.

—¿Qué dices? —se escandalizó Teo—. ¿Qué has hecho?

—Digamos que tengo una manera un tanto extraña de espiar a la gente… Me he enrollado con mi investigado, y el cliente se ha enterado, además de mi jefa.

—¿Y qué vas a hacer si te despiden?

—Aún no lo sé, dudo que sirva para otra cosa que no sea fisgonear. ¿O sí? Quizás puedas preguntárselo a Dios.

7. ¿QUÉ HAY DEL AMOR?

Cuando Teo llegó a su bloque hacia las seis de la tarde, con la cabeza nublada por el vino, la parejita de la noche anterior volvía a estar en el mismo lugar. Pero ahora no se comían a besos. Cogidos de las manos, parecían hacerse confidencias.

Reconoció al chico como un adolescente ruidoso que vivía en el ático. Había crecido y, al parecer, ahora tenía novia. Era una chica pequeña y graciosa que al sonreír mostraba unos dientes de conejo.

Aquella estampa romántica durante dos días seguidos, sumado a las conquistas de Lucrecia, le hizo sentir un fracasado.

Esta vez, Teo ni siquiera tuvo tiempo de alcanzar el sofá. Nada más entrar en casa, el teléfono vibró en su bolsillo. Y no tuvo duda de quién era.

—¿Por qué has puesto una detective a espiarme? —le preguntó la voz, que inmediatamente después se puso a reír—.

Bueno, yo en tu lugar habría hecho lo mismo.

—No sé cuál es mi lugar —replicó Teo.

—Te noto un poco resentido. ¿Qué te pasa? Estás empezando ya el fin de semana.

—Me pasa que veo a todo el mundo disfrutar del amor menos yo. Y eso se agrava el fin de semana, cuando no tienes con quién quedar.

—Eso tiene solución, como has comprobado hoy. También lo del amor.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es la solución?

—Abre la puerta.

Teo se giró alarmado, pensando que se refería a la puerta de su casa. Pero no se trataba de eso. Simplemente tenía una conversación con Dios.

—Me ayudarías a comprenderte si no me hablaras con metáforas. ¿A qué te refieres con lo de abrir la puerta?

—Eres demasiado prosaico, Teo. Está claro a lo que me refiero: enamórate.

—Como si fuera tan fácil… —murmuró acercándose a la ventana.

La parejita ya se había ido. Tanto mejor.

—Incluso aunque pudiera enamorarme —prosiguió Teo—, ¿de qué me serviría si no me aman de vuelta?

—Te inventas problemas antes de tiempo —sentenció la voz—. Puedes enamorarte sin que te amen a ti.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Todos deseamos ser amados!

—Sí, pero tu verdadera misión en la vida es amar, sin esperar nada a cambio.

—¡Maravilloso! —repuso Teo con ironía—. Creo que vas a conseguir que me sienta aún más desgraciado. En todo caso, te hago saber que estoy fuera de riesgo. Soy un infeliz. Hace media década de la última vez que me sentí cautivado por alguien. —¿Y qué ocurrió?

De estar hablando con Dios, pensó Teo, este debería tener todas las respuestas, pero aun así le hacía hablar. ¿Sucedía con más gente o la divinidad le había elegido como paciente? —Ocurrió que la chica se aburrió de mí. Después de seis meses, me dijo por e-mail que yo era demasiado negativo y pesimista, y que por contagio emocional la estaba contaminando. Fue la última vez que supe de ella.

—Suele pasar. —La voz pareció meditarlo un instante antes de decir —: Todo es para bien si eres capaz de extraer su aprendizaje.

—Bah, eso son solo palabras…

—Te puedo dar una pequeña práctica, si lo prefieres.

—Adelante, soy todo oídos… —dijo Teo dejándose caer sobre el sofá.

—Te propongo que practiques en todo lugar y ocasión, tanto durante el fin de semana como en la oficina. Tu misión será escuchar a la gente, hacer las preguntas oportunas y estar atento a sus respuestas, para luego preguntar de nuevo, siempre con cariño y amabilidad.

—Eso me convertirá en un terapeuta de pacotilla, en un pagafantas de las relaciones humanas. ¿Qué pretendes que consiga haciendo eso?

—Vas a lograr que las personas se sientan especiales, les darás una razón para sonreír.

—Ya… pero ¿qué gano yo con eso?

—Por contagio emocional, como decía la chica con la que saliste, tú también te sentirás especial. ¿Te parece poco?

—Lo intentaré… —respondió Teo, resignado—. Ni que sea por curiosidad. A fin de cuentas, no tengo nada mejor que hacer.

—Empiezas mañana mismo. No intentes hacer trampas, te estaré observando. —Y, tras una pausa que hizo dudar a Teo de si la voz seguía allí, le desconcertó al concluir—: Por cierto, cuidado con los muertos; podrían hacerte renacer.

8. EL ESPÍA, LA LECTORA

Y EL FIN DEL MUNDO

Cuando Teo abrió los ojos, el sol inundaba su pequeña y ordenada habitación. Mientras se desperezaba, vio en su teléfono móvil que eran las nueve pasadas.

Casi avergonzado, como si hubiera sido pillado holgazaneando, saltó de la cama dispuesto a dar inicio a un fin de semana en el que no tenía nada especial que hacer. O al menos eso era lo que él pensaba.

Tras pasar por la ducha, cargó de descafeinado molido su cafetera Oroley. Era una reliquia rescatada, dos años atrás, del piso familiar donde había crecido, puesto que era de alquiler y el dueño lo reclamó con urgencia al quedar vacío.

El rugido del café que iba subiendo al compartimento superior de aluminio era de los pocos placeres de los que aún disfrutaba. Le recordaba a su madre, que había seguido aquel ritual matutino hasta el día mismo de su muerte.

Más allá de la nostalgia, había algo absurdo en aquel café que se tomaba mirando el platanero. Puesto que estaba desprovisto de

cafeína, no iba a despertarle ni estimularle. Y eso era lo único que daba sentido a aquella bebida negruzca.

¿Por qué la seguía tomando?

Por la misma razón que seguía viviendo una existencia descafeinada de experiencias y alicientes, se dijo apurando la taza de un trago antes de enjuagarla y ponerla en el lavaplatos.

Acto seguido, fue a lavarse los dientes.

Diez minutos después bajaba a la calle sin un plan prestablecido. Aquel barrio adormilado mostraba una actividad notable ese sábado por la mañana. Un niño daba patadas a una lata vacía de Red Bull, mientras su madre trasteaba el móvil, ajena a todo. Una anciana en silla de ruedas era empujada por su cuidador, un joven africano con expresión resignada. Un hombre extraordinariamente grueso paseaba un perro minúsculo, un chihuahua que debía de pesar poco más de un kilo.

Siguiendo un viejo juego infantil, Teo decidió seguirlos. De niño era demasiado tímido para tener amigos en el barrio, así que callejeaba solo imaginando que era un agente secreto en misión especial. Tras elegir una persona al azar, la designaba como sospechosa de tramar un atentado de alcance mundial y caminaba detrás de ella durante horas, tomando nota de sus paradas a lo largo de la ruta.

La misión solía terminar cuando la persona espiada entraba en su portal y desaparecía tras la puerta.

Resucitando aquel juego infantil, Teo decidió seguir a cierta distancia al hombre del chihuahua. Era una manera de matar el tiempo como cualquier otra para alguien que no tiene pareja, ni amigos, ni planes el fin de semana.

La ruta de aquella pareja desigual siguió calle abajo, con un par de paradas para que el perro de patas de aguja hiciera sus

necesidades. Su dueño tenía verdaderas dificultades para inclinar su cuerpo y recoger los diminutos excrementos.

«*Está ocultando una cámara en la base de esa farola, con la excusa de recoger esas mierdecillas* ‹habría deducido su yo infantil›. *Sabe que está vigilado por un agente secreto y quiere monitorizar mis movimientos para que no pueda abortar su plan.*»

Los espiados acabaron de bajar la calle para girar a la izquierda hasta la entrada de un modesto parque donde había muchos otros paseadores de perros.

«*El cónclave de delincuentes y conspiradores es aquí*», le susurró su yo infantil.

Cansado de aquel juego, Teo se sentó en un banco y miró de reojo a una treintañera sentada al otro extremo. De cabello negro ondulado, sus ojos azules sorbían con pasión las líneas de un libro de bolsillo.

Le habría gustado saber el título del libro, o haber llevado él su propia lectura para imitarla, en aquel banco bajo el sol, con la ilusión de estar compartiendo algo con aquella mujer que transmitía serenidad y belleza.

La llegada de dos hombres jóvenes con traje rompió aquel momento idílico:

—Le pedimos disculpas, de entrada, por distraerla —dijo el más alto de ellos—. ¿Está interesada en conocer la palabra del Señor?

—No —respondió ella sin levantar la mirada de su libro.

Fue solo una sílaba, pero la voz aterciopelada y algo oscura de ella conmovió a Teo.

—Sin ánimo de molestarla —insistió el trajeado alto—, creo que lo que tenemos que comunicarle será de su interés. El fin del mundo se

acerca y solo unos pocos obtendrán la salvación.

En este punto, Teo decidió tomar la palabra:

—Disculpe, ¿cómo saben ustedes que el fin del mundo está cercano?

La lectora se levantó, con expresión irritada, como si le molestara más su participación en la charla que la llegada de aquellos misioneros. El más bajo decidió responderle:

—El Señor manda señales constantes de que esto se acaba. Inundaciones, terremotos, pandemias… Son los últimos avisos del castigo que merecemos por habernos apartado del camino recto. Por eso…

—¿Y qué hay de malo en que el mundo se acabe? —le cortó Teo—. Si la extinción afecta sobre todo a los humanos, será una buena noticia para el resto de especies, que podrán al fin vivir en paz.

Los dos misioneros se miraron con expresión cansada. No debía de ser el primer «loco» que les llevaba la contraria. Se disponían ya a marcharse cuando Teo les dijo:

—En todo caso, hablaré con Dios para verificar si es cierto eso de que el mundo va a terminar tan pronto.

—¿Y cómo piensa hacerlo? —preguntó con curiosidad el más alto mientras daba golpecitos a un grueso libro de tapas negras.

—Tengo su teléfono.

9. TRÁGATE ESE SAPO

Después de cocinarse un plato de *fusilli* con salsa de bote, Teo recalentó en el microondas una segunda taza de descafeinado. Se la tomó a pequeños sorbos delante del platanero.

Recordó el mandato que le había dado Dios, o quien quiera que fuese, en aquella conversación que empezaba a quedarle lejana.

«*Tu misión será escuchar a la gente, hacer las preguntas oportunas y estar atento a sus respuestas, para luego preguntar de nuevo, siempre con cariño y amabilidad.*»

Algo así había hecho con los misioneros, pero solo había servido para espantar a aquella lectora tan agradable, además de violentar a los predicadores. ¿Se trataba, entonces, de decirles solo lo que esperaban oír?

Mientras pensaba en todo eso, su teléfono móvil vibró sobre la mesita del salón, indicando la entrada de un WhatsApp. Teo se acercó a atenderlo.

LUCRE

Marcus dice que aún

no te has puesto en contacto con él.

TEO

¿Quién es Marcus?

LUCRE

¡Mi amigo!

El que tiene una historia que contarte.

¿Tan corta es tu memoria?

Prometiste hablar con él

a cambio de que yo investigue para ti.

TEO

Ah, sí…

Voy a buscar ahora su teléfono.

LUCRE

No es suyo,

sino el de una panadería

donde desayuna todos los días.

Marcus es un hombre feliz

que vive al margen de las tecnologías.

Solo tienes que llamar ahí

para dar tu número

y él se pondrá en contacto contigo.

¿Existen aún las cabinas telefónicas?

TEO

No lo sé…

En Londres seguro que sí,

salen en las películas.

¿Por qué no le das mi número y ya está?

LUCRE

Tienes que ser tú quien lo haga.

De otro modo no se sentirá

autorizado a contarte su historia.

Es un poco especial,

como podrás comprobar.

TEO

Le llamaré esta tarde

o mañana por la mañana,

prometido.

LUCRE Gracias.

Tras salir de WhatsApp, Teo se quedó con el teléfono en la mano sin saber muy bien qué hacer. Cuando era estudiante de Derecho se había aplicado más de una vez el lema «trágate ese sapo», con el que Brian Tracy proponía hacer cuanto antes aquello que menos apetece. De este modo, te lo quitas de encima y dejas de cargar con ello durante toda la jornada.

Al parecer, la idea estaba prestada de Mark Twain, quien había dicho: «*Si tienes que comerte una rana, hazlo a primera hora*».

Con pereza infinita, marcó el número de teléfono, que sonó varias veces sin que nadie contestara. Teo se disponía ya a dar el asunto por zanjado cuando una voz masculina respondió:

—Hola.

—Busco a un tal Marcus —dijo un poco azorado—. Si puede anotar mi número de teléfono…

—No es necesario, estás hablando con él. Te estaba esperando.

Esto último tomó por sorpresa a Teo.

—Pensaba que este era el número de una panadería donde vas a desayunar.

—Y lo es, pero hoy he decidido atrincherarme aquí, soy así de ansioso —dijo con tono alegre—. La dueña está fuera fumando ahora mismo, por eso he cogido el teléfono. ¿Cuándo vendrás?

—No lo sé. Tengo que mirar si…

—Mañana a media mañana será ideal. Toma nota de las coordenadas. No es fácil llegar hasta donde yo vivo.

Antes de que pudiera protestar, el otro ya estaba dictando indicaciones precisas de carreteras, desvíos y puntos de referencia para un encuentro que Teo no había aceptado en ningún momento.

Luego Marcus le dio las gracias apresuradamente y colgó.

10. EL AMOR VERDADERO

El resto de la tarde transcurrió entre la confusión y la soledad habitual que se acrecentaba los fines de semana. Aunque su trabajo en la aseguradora le parecía repetitivo y anodino, cualquier contacto humano, por superficial que fuera, le hacía bien.

Para acallar la ansiedad, Teo se enganchó a una película de amor que era triste y a la vez conmovedora. Estaba basada en la novela *El azul imposible*.

Una actriz de teatro en la cumbre de la fama vive el amor de su vida con un pintor para quien al principio hace de modelo. Cuando prende la chispa, los dos entienden que son almas gemelas destinadas a acompañarse hasta la muerte.

En el caso del hombre, esta llama a la puerta demasiado pronto.

Tras ser diagnosticado con ELA, asume que su cuerpo se irá paralizando progresivamente hasta el último suspiro. Ella también lo sabe, pero decide acompañarle en esta lenta bajada a los infiernos, arañando cualquier pequeña brizna de felicidad.

La película no estaba rodada como un melodrama, sino como la historia de un amor extraordinario llevado a las últimas

consecuencias. La escena final, en la que él muere de su mano, inmóvil en la cama, hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Justo entonces sonó el móvil.

No necesitaba mirar la pantalla para saber quién era, pero aun así quiso comprobarlo.

El teléfono de Dios

—Tú otra vez —le dijo para desafiar a quien hubiera al otro lado.

—Sí, vamos a tener al menos una docena de conversaciones hasta que te puedas licenciar para la vida, por llamarlo de algún modo. Estás con los sentimientos a flor de piel, creo que esa película te ha tocado.

Teo estuvo a punto de preguntar cómo lo sabía, pero le pareció más práctico aceptar, al menos por un rato, que Dios estaba al otro lado.

—Sí, es una historia doblemente triste. Por un lado, porque narra un amor trágico que provoca mucho sufrimiento en ambas partes. Por otro lado, siento frustración, porque creo que jamás seré capaz de vivir un amor de este calibre.

—¿De dónde viene esta creencia? ¿Consideras, acaso, que no mereces ser amado como el pintor de esta historia?

—No sé lo que merezco o no… pero la mayoría de parejas que he visto no tienen ese grado de entrega y compromiso. Con suerte, son personas que se llevan bien.

—Será porque no se han atrevido a vivir el amor verdadero —dijo la voz—. Quizás lo han dejado pasar por miedo a sentir demasiado,

como la protagonista de *El azul imposible*. O se han quedado a mitad de camino, conformándose con un amor previo que era solo una iniciación para llegar al verdadero.

Teo meditó sobre aquellas palabras, que le parecían muy liberales para un Dios monoteísta. En todo caso, estaba disfrutando de aquella conversación, por lo que no pensaba cuestionar a su interlocutor.

—¿Qué es eso del amor verdadero? —disparó Teo—. No sé si puede existir algo así… ¿Dónde está el «amor de mi vida», entonces?

—El amor está en el aire, como decía una vieja canción. Hablando en serio, aunque el amor puede tomar muchas formas, esa clase de sentimiento del que hablamos es una oportunidad que se os concede una sola vez en la vida. O te atreves a tomarlo o lo pierdes para siempre.

—¿Solo una vez? Me parece una gran responsabilidad… ¿Y cómo podemos reconocerlo?

—No es necesario reconocerlo, Teo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que se ve con una claridad inaudita. Cuando llegue, sabrás sin duda que es el amor de tu vida.

—¿Y si no es correspondido? —se aventuró a preguntar Teo.

—Entonces no es el amor verdadero, la señal no podría ser más evidente. El Amor en mayúsculas se produce cuando dos personas conectan a un nivel muy profundo. Si no es recíproco, hablamos solo de enamoramiento, lo cual es otra cosa. Sería como un puente construido en el vacío, que no lleva a ninguna parte.

Teo pensó en los enamoramientos no correspondidos de su primera juventud. En especial, el de una compañera de bachillerato con la que siempre parecía que iba a suceder algo, pero que finalmente se lio con el capitán del equipo de fútbol de un curso superior.

—Muchas veces nos obsesionamos con alguien… —murmuró él evocando aquel amor platónico.

—Sí, y no cuaja porque estáis en planos diferentes. Por eso, cuando tu sentir no sea plenamente correspondido, tal como sí sucede entre la pareja de *El azul imposible*, debes aceptarlo y esperar a que pase el tren que te llevará a tu destino. El problema es que al ser humano no le gusta esperar y se junta con el primero o la primera que le hace un poco de caso. Es por miedo a la soledad. Eso es un gran peligro, ya que puedes irte de esta vida sin haber conocido el verdadero amor.

—Encontrar la media naranja… —suspiró Teo.

—Esa es una fábula que contó Platón en *El banquete* y que ha dado lugar a dos milenios largos de malentendidos.

—¿A qué te refieres?

—No existe la media naranja. No hay nadie que te pueda completar, eso es algo que solo puedes hacer tú mismo. Eres una naranja completa que necesita crecer en el árbol de la vida junto a otra naranja también completa. Ese es el sentido del amor.

—Eres todo un poeta, Dios —dijo Teo, que empezaba a divertirse—. ¿Puedo llamarte así?

—Por supuesto. —Y prosiguió—: Cuando entiendas que nadie ha venido a este mundo a completarte, estarás más cerca de vivir el amor verdadero. Las relaciones que se viven desde la carencia llevan a los reproches, al chantaje mutuo e incluso a la violencia. Por eso

nunca podrás entregar amor a nadie si primero no te amas a ti mismo. No puedes dar lo que no tienes.

Teo se quedó unos instantes en silencio. Ciertamente, nunca se había valorado a sí mismo. Casi cualquier persona que se cruzaba en su camino le parecía más valiosa o importante que él. ¿Sería esa la razón por la que nunca había estado en una relación feliz?

Como si estuviera leyendo sus pensamientos, la voz siguió:

—Si no te ves digno de amor, la persona a la que estás destinado tampoco podrá verlo. Sería como abrir una tienda con el escaparate vacío y esperar que alguien entre a comprar.

—Esa ha sido una metáfora muy prosaica —respondió Teo riéndose.

—Hay verdades que se entienden mejor en prosa... En fin, solo quiero advertirte de que la forma en la que te amas o te odias determina tus relaciones. Todo empieza contigo.

—Entiendo… Y si logro aceptarme como soy y amarme a mí mismo —reflexionó él en voz alta— y encuentro por fin el amor verdadero, ¿mi pareja debería entender la relación de la misma manera que yo?

—Lo importante no es cómo la entienda, sino que ambos veáis el vínculo como una oportunidad de crecimiento.

Esto último recordó a Teo uno de los pocos libros de psicología que había leído. Su autora, Nika Vázquez, proponía como lema para la pareja: «ojalá cambiemos juntos».

La voz al otro lado le devolvió a la conversación:

—¿Quieres saber el gran secreto de las relaciones duraderas?

—¡Por supuesto!

Se hizo una breve pausa dramática al otro lado de la línea.

—Tomarlas como algo temporal. Si no quieres espantar al amor verdadero, no agobies al otro con declaraciones o promesas grandilocuentes, como «siempre te querré», «me moriría sin ti» o cosas parecidas. Esas afirmaciones se hacen desde la carencia y solo sirven para presionar al otro, que se pondrá a la defensiva. Hay una violencia soterrada en este tipo de expresiones, porque no le das al otro la libertad de vivir un día cada vez. El amor verdadero solo puede crecer cuando desaparece la obligación, el «para siempre».

—Me parece interesante lo que dices —reconoció Teo—, y a la vez me hace pensar en algo que me enseñaron en un máster que hice al terminar Derecho. La profesora mencionó una carta que envió Jeff Bezos, el fundador de Amazon, a sus accionistas en 1997. En ella les hablaba de la «mentalidad de día 1»: tratar siempre a los clientes como si fuera la primera vez que tienes ocasión de servirlos. Se cree que esa «mentalidad de día 1», aplicada una jornada tras otra, fue el secreto del éxito de Amazon. Consiste en estar siempre dispuesto a seducir y sorprender —Y retomando el hilo de la conversación, acabó preguntando—: ¿Sería eso válido para el amor verdadero?

—Claro que sí. Si vives cada día como si fuera el primero o el último, sin prometer la eternidad, harás del amor una fiesta. Y ahí está lo paradójico: al vivir el amor al día, como algo temporal, logras que esa «temporalidad» se extienda en el tiempo. Las dos partes se sienten libres, las naranjas enteras pueden incluso soltarse del árbol y empezar a rodar juntas por el mundo. Por eso, el verdadero amor nace de la libertad. No tiene ataduras.

11. UNA POSTAL DE KEW GARDENS

A las ocho Teo ya estaba en pie. Si quería llegar a casa de Marcus a media mañana, tendría que ponerse pronto en camino, ya que había comprobado que el trayecto podía llevarle un par de horas.

Por lo que había visto en el mapa del buscador, aquel tipo vivía en una propiedad aislada en medio de un extenso bosque, sin pueblos u otras casas cerca.

Hacía años que Teo no salía de excursión a ningún sitio, así que, después de tomarse el café de su Oroley con un par de tostadas, bajó en ascensor al *parking.*

Tenía el mismo coche desde hacía dieciocho años, un Toyota Yaris que estaba tapado con una funda negra para que no acumulara polvo ante la falta de uso. Había pensado más de una vez en venderlo, pero, por el poco dinero que iban a darle, había optado por dejarlo en el *parking*. Formaba parte del piso que había comprado con la herencia de sus padres, así que tampoco le suponía un gasto mensual.

Con esta clase de pensamientos pragmáticos, Teo se plantó delante del coche encapuchado. Tras extraer la funda con cuidado, la plegó

de manera diligente para guardarla en el maletero. Luego fue a ocupar el asiento del conductor.

No tenía claro que el motor fuera a arrancar tras un tiempo tan prolongado sin usarlo, pero el suave rugido le recordó que la marca japonesa seguía siendo muy fiable.

Dos minutos después salía a las calles desiertas aquel domingo por la mañana. Aunque la misión que iba a acometer le parecía absurda —visitar a un hombre desconocido que quería contarle su historia—, y lo hacía solo para que Lucrecia cumpliera su parte, se sentía extrañamente animado.

Quizás porque llevaba tanto tiempo en la rueda del hámster, sin hacer nada distinto, le embargaba una cierta mentalidad de «día 1». Era como si todo estuviera empezando.

¿Tendrían algo que ver aquellas conversaciones misteriosas que estaba teniendo? De ser así, se dijo, no era tan malo estar cerca de Dios.

Teo hizo girar el dial de la radio hasta dar con una emisora de música indie que había escuchado en otros tiempos. Tras varios acordes largos de piano, una fina voz femenina empezó a cantar un tema llamado *Kew Gardens II*, según revelaba la pantallita del salpicadero.

You are lonely by the pond

Sitting under summer clouds

In your mind a dream of her

A kiss seven years ago

Now you wonder where she is
Where did those promises go
of her never-ending love?

"Life is strange, didn't you know?"
She said looking at the trees
"Close your eyes and breathe slow"

Circles in the water show
the concentric dance of God
You remember her tight lips
closing all the unsaid words

There's a portrait in your head
of indescribable grace
Her cheeks glowing like snow

When her hand was in your hand
The whole world belonged to you

What remains is just this song[1]

Cuando la canción se extinguió, Teo quedó suspendido en la melancolía. Muchos años atrás, como decía la canción, había conocido a una chica en Londres. Eso era una serendipia, pensó.

Con poco más de treinta años, él entonces aún no se había cerrado al mundo. Tenía ya un trabajo que no le gustaba y alquilaba el mismo piso que acabaría comprando, pero la esperanza del cambio estaba viva.

En unas breves vacaciones en Londres, conoció a una chica irlandesa en el restaurante del hotel. Le contó que estaba haciendo un reportaje para una revista sobre los parques más periféricos de Londres, lo que incluía los Kew Gardens, con su pagoda de diez pisos.

Teo se ofreció a acompañarla al día siguiente y pasaron una mañana espléndida visitando aquellos jardines con especies de todo el mundo, enormes invernaderos y una pasarela sobre los árboles.

Fue al cruzar este estrecho paso elevado que ella le tomó la mano. Él no supo interpretar si era debido al vértigo que le provocaba aquel mirador sobre las copas de los árboles, o si bien era una invitación a la intimidad.

Ante la duda, no hizo nada. Cuando hubieron bajado a la tierra, ella le soltó la mano y él creyó percibir cierta decepción en el rostro de ella. ¿Habría esperado ese beso del que hablaba la canción?

Se dieron las direcciones al despedirse con cortesía británica.

Un año más tarde, Teo recibió una postal de los Kew Gardens escrita por la irlandesa. Le decía que su reportaje se había publicado con éxito y le daba las gracias por su compañía. Había vuelto a pensar

en él tras regresar a los jardines con alguien a quien había conocido meses atrás y con quien ahora tenía planes de futuro.

La postal de los Kew Gardens estuvo unos meses en la nevera de Teo como recordatorio de que hay puertas que se abren solo una vez en la vida.

12. EL HOMBRE EN SU CASTILLO

El FarmLab, como era conocido el caserón de Marcus, era una enorme propiedad rural rodeada de bosques. El único signo de vida humana que vio en los alrededores era una granja de vacas.

Siguiendo las instrucciones que había recibido por teléfono, descendió con el coche por una pista bien señalizada. En un prado a la izquierda que debía de pertenecer a la casa, dos ponis le vigilaban con desconfianza. Más adelante vio varias ovejas, un grupo de ocas e incluso un cervatillo.

Se detuvo en una explanada frente a la fachada del caserío, que debía de tener al menos seis o siete siglos de antigüedad.

El anfitrión ya estaba allí y le esperaba con una sonrisa de oreja a oreja. Teo calculó que tendría su edad, aunque, al haber algo infantil en sus facciones, tal vez fuera mayor.

Nada más bajar, Marcus le recibió con dos besos en las mejillas. Esa confianza no le gustó.

—Habrás visto que hay toda clase de animales por aquí, y muchos más que no ves ahora mismo —le explicó a modo de bienvenida—.

Para poder tenerlos he necesitado declarar esta propiedad como zoológico. Vivo aquí solo, por lo que nunca me falta trabajo.

Si la propuesta de visitar a un desconocido para escuchar una historia era ya extravagante, lo que estaba descubriendo en el FarmLab lo era todavía más.

A continuación, Marcus le enseñó la casa, que era mucho más grande aún de lo que parecía desde fuera. Los utensilios y muebles antiguos, así como las enormes salas con suelo de madera que crujía bajo sus pies, le hacían pensar en un castillo. En una de las plantas había una larga mesa a la que se podían sentar dos docenas de personas, el doble de los que se reunían en la corte de Camelot.

Tras visitar unas cuantas estancias, el propietario le condujo hasta una vieja cocina donde crepitaba un fuego. El humo escalaba por una altísima chimenea que llegaba al techo de aquella mansión medieval.

Tras la sorpresa que estaba siendo aquel viaje en el tiempo, donde un joven vivía aislado en ese edificio descomunal, la presencia de un hombre de barba cana junto al fuego le acabó de descolocar.

Estaba inclinado frente a la lumbre, con las palmas de las manos abiertas, como si tratara de moldear la escultura viva de las llamas.

—¿No decías que vivías solo? —le preguntó Teo.

—Así es, pero el motivo de hacerte venir hasta aquí es que conozcas a mi amigo. Se llama Xavier y tiene una historia que contar.

13. TÉ DE ROCA PARA TRES

De un pequeño caldero que estaba en el fuego, Marcus vertió en tres tazas rústicas un líquido verdoso que parecía la pócima de un brujo.

—No te asustes, Teo. Es solo té de roca. Un remedio local que sirve para todo, como digestivo, bactericida y cien cosas más. Le he agregado miel de producción propia para que no amargue tanto.

El recién llegado se llevó la infusión a los labios. Le pareció que su sabor tenía algo de alcanforado. Por su parte, el hombre de la barba dio un par de largos sorbos. Se le veía avezado en aquel ritual.

Con los tres sentados alrededor del fuego tomando té de roca, Marcus decidió que había llegado el momento. Era hora de desplegar la historia que había hecho a Teo sacar el coche de su letargo para conducir dos horas hasta aquel lugar remoto.

—No hay nada casual en este encuentro de hoy. En uno de mis desayunos en la panadería del pueblo más cercano conocí a Xavier, que quiso revelarme su historia. Aquella misma noche me visitó Lucrecia, una vieja amiga, y le expliqué mi deseo de dejar todo eso por escrito para inspirar a mucha otra gente y ejercer de quitamiedos. Ella me habló de ti, prometió que te pondrías en

contacto conmigo y ayer monté guardia en la panadería hasta que me llamaste. Ahora estamos los tres alrededor del fuego, como un clan ancestral de los que debían poblar estas tierras hace decenas de miles de años. ¿No es mágico?

Teo se quedó abrumado ante esa verborrea. Atrapado en su pensamiento lógico, de lo que acababa de escuchar deducía tres cosas:

Marcus era uno de los amantes de Lucrecia.

Lo de la historia como quitamiedos le daba más miedo que otra cosa.

El hombre de la barba no había hablado aún, lo cual podía ser un silencio dramático para cuando empezara de una vez.

Marcus, que parecía entusiasmado con aquel encuentro, se encargó de sacarlo de sus cavilaciones racionales.

—Quiero decir que a veces las cosas pasan porque deben pasar. No las esperas, pero tienen un sentido y una coherencia. Por cierto, ¿qué opinas sobre el inconsciente?

Esto último le tomó por sorpresa. Lo poco que Teo sabía de su inconsciente era lo que le llegaba a través de los sueños, y no siempre era agradable. Por lo tanto, la parte sumergida del iceberg, como se referían a menudo al inconsciente, no era algo que le apeteciera explorar.

—Antes de que Xavier te hable de esto —continuó Marcus—, quiero anticiparte algo: la sabiduría que ha adquirido sobre ambos lados de la vida le llegó tras estar casi una hora clínicamente muerto.

El protagonista de la historia habló por primera vez con voz débil para decir:

—Ya llegaremos a eso. Tú ve poniendo más brebaje.

El anfitrión hizo lo que le pedía con diligencia. Su expresión emanaba euforia, como si llevara tiempo aguardando aquel momento de transmisión.

Decía Bruce Chatwin que el auténtico viaje empieza en el momento en el que te preguntas: «¿Qué hago yo aquí?». Teo se lo había preguntado varias veces desde que había llegado al caserío, y volvió a hacerlo cuando vio que Marcus tomaba una vieja grabadora de casetes y le daba al botón de REC.

—Ahora sí que podemos empezar.

14. EL OCÉANO DE LAS ALMAS

El hombre de la barba gris les dirigió una mirada bondadosa y algo triste antes de empezar a hablar:

—Para mí el inconsciente no es más que un grado determinado de la conciencia.

—¿Un grado superior? —le preguntó Marcus.

—No sé si es superior, inferior o medio, pero está dentro de nosotros, al igual que en esta casa hay habitaciones en las que no entras nunca y están ahí, disponibles para cuando quieras cruzar la puerta. Tú determinas qué puertas abres o cierras en tu conciencia.

—Pero hay conciencias más elevadas que otras… —apuntó Marcus.

—Sí, es como subir una montaña. Los buenos alpinistas intentan alcanzar la cima, pero hay gente que ni se plantea subir una montaña. No quieren ampliar su visión, algo que solo se consigue desde las alturas. O quizás les da miedo lo que pueden ver ahí, porque están más cómodos con una visión restringida de la realidad. Hay gente que nunca saldrá de su cueva.

Xavier se detuvo para asegurarse de que le seguían. Luego continuó:

—Esto me hace pensar en un psiquiatra colombiano, se llamaba Alfonso Caycedo y murió hace unos años. Creó lo que se conoce como sofrología. ¿Adiviináis lo que significa esta palabreja?

—¿La filosofía del sufrimiento? —Teo se atrevió a intervenir.

—Esta palabra no es un insulto —dijo Xavier con una sonrisa—. No nos perderemos ahora en etimologías, pero sofrología es el estudio de la mente en equilibrio. Y eso nos lleva de vuelta a los distintos grados que tenemos en el abanico de la conciencia. Hay una conciencia patológica, donde estarían los trastornos mentales; la conciencia ordinaria en la que nos encontramos la mayoría de seres humanos; y una conciencia evolucionada o sofrónica, según el término desarrollado por Caycedo. Algunas personas la tienen de forma natural, otras llegan ahí a través de determinadas técnicas de respiración y de meditación. En todo caso, la meta es la misma: avanzar hacia esa conciencia más elevada, pisar la cumbre. Desde lo alto de la montaña alcanzarás una visión clara del paisaje; es decir, comprenderás mejor la vida, a la vez que tienes una mayor conciencia de ti mismo, del funcionamiento de tu propio ser y de todos los tesoros que contiene. Los límites los pones tú.

Después de estas palabras, se hizo un silencio que Marcus aprovechó para rellenar las tazas con té de roca. Ejerciendo de maestro de ceremonias, decidió que había llegado el momento de enderezar el rumbo del relato.

—Volviendo a tu historia, Xavier, tú llegaste a la cima de la montaña tras ser declarado clínicamente muerto. Se dice que, en las grandes aventuras, una persona es la que sale de viaje y otra la que vuelve. Después de esa experiencia, ¿puedes decir que cuando una persona ha muerto ya no tiene conciencia?

Teo seguía la conversación entre interesado e inquieto. Y no solo porque estaban entrando en terreno pantanoso; se preguntaba por qué diablos tenía que ser él quien recibiera aquella historia. A fin de

cuentas, se decía mientras observaba el giro de las dos ruedecitas de la cinta, ni siquiera tenía una antigualla como esa para reproducir lo grabado.

Eso le hizo darse cuenta de una obviedad que estaba obviando, nunca mejor dicho.

—Antes de que Xavier continúe —dijo Teo—, os pido permiso para activar la grabadora de mi móvil. Quizás vosotros tenéis el privilegio de vivir sin uno, pero yo tengo el mío aquí y me será más fácil guardar las notas de voz.

—Siempre que no te roben el móvil —añadió Marcus—.

Podemos hacerlo de ambas formas.

Teo estuvo a punto de contestar que también te pueden robar el casete, pero se frenó al pensar en la absurdidad de aquello. ¿Quién diablos querría robar un casete? Por lo tanto, dejó que el hombre de la barba siguiera hablando.

—La conciencia sigue después de la muerte, aunque no tiene por qué ser el mismo tipo de conciencia que tenemos ahora, mientras estamos hablando. Según mi experiencia, que os relataré más detalladamente otro día, al morir sientes algo que yo definiría como regresar.

—¿Regresar… adónde? —se atrevió a preguntar Teo.

—Si un ser humano fuera una gota de agua, sería como regresar al océano, a un mar infinito de conciencia. Algunos lo llaman Dios. En ese caso, sería regresar a Dios.

Marcus levantó la mano para meter baza en la conversación. Se veía que llevaba tiempo interesado en esos temas:

—En las llamadas ECM, las experiencias cercanas a la muerte, muchos testigos aseguran que, estando en la cama técnicamente muertos, fueron capaces de ver cosas o de escuchar conversaciones que se desarrollaban en otros lugares del hospital. ¿Cómo se explica eso?

Xavier dejó su taza sobre una repisa cercana al fuego. Luego se frotó el pecho con las manos, como si quisiera propagar allí el calor, mientras explicaba:

—Hay muchas teorías sobre cómo algo así puede suceder. Creo que ahora lo llaman «supraconciencia», pero no deberíamos perdernos en ese bosque. Puesto que estamos vivos y somos todavía terrenales, lo mejor que podemos hacer es preparar la comida.

15. YUIMAARU

El resto del domingo en el FarmLab transcurrió con una inesperada familiaridad. Xavier y Marcus se afanaron a sacar de la nevera lo que habían previsto para las brasas: distintos tipos de carne, además de patatas, cebollas y setas silvestres que había recogido el hombre de la barba.

Lo regarían con un vino del Montsant que el anfitrión guardaba por cajas.

Teo se sentía mal por no haber aportado nada al «clan», como lo había definido Marcus al principio de la reunión, así que se esforzó en hacer de parrillero. Colocaba los alimentos sobre las brasas y los retiraba a su debido tiempo para servir a los demás, primero, y luego a sí mismo.

Como si el vino y la comida les hubiera hecho bajar de la montaña, no se volvió a hablar de grados de conciencia —o de inconsciencia— ni tampoco de experiencias cercanas a la muerte. Eso sí, por varios comentarios de refilón, Teo comprendió que se esperaba de él que volviera a «subir» el domingo siguiente.

No se atrevió a contradecirlos. Para su propio asombro, lo estaba pasando bien.

Cuando se disponía ya a salir de la cocina para iniciar el regreso a casa, Marcus le puso la cinta de casete en el bolsillo de la camisa. Luego le dijo:

—Un amigo mío que ha estudiado a los longevos de Oki nawa me contó que uno de los secretos para la larga vida es lo que se conoce como *yuimaaru*, que significa ayudarse los unos a los otros. Y tú nos estás ayudando mucho en nuestro proyecto al venir hasta aquí.

Teo quiso preguntar cuál sería ese proyecto, pero, mientras bajaban las escaleras —Xavier se había quedado junto al fuego tras despedirle—, Marcus le dijo:

—Volviendo a los okinawenses, tienen una expresión muy bella que es *Ichariba chode.* ¿Sabes lo que significa?

—No… ¿Cómo podría saberlo?

—Un día te regalaré el libro de mi amigo, donde se explica mejor, pero a mí me gusta traducirla así: «*Una vez nos hemos sentado alrededor de la misma mesa, ya somos todos hermanos*».

El anfitrión le acompañó hasta la puerta del coche, donde concluyó:

—A partir de ahora puedes venir siempre que quieras, hermano. Yo estaré por aquí.

Mientras Teo enfilaba el camino de salida del FarmLab, vio a través del retrovisor que aquel hombre tan singular daba de comer ahora a dos ciervos de su zoológico particular.

16. EL ESPEJO DE LA AMISTAD

No fue hasta que se hubo alejado unos cuantos kilómetros que Teo empezó a analizar lo que acababa de vivir aquel domingo. Conducía muy despacio, porque había bebido algo de vino. Aunque en la última hora se había mantenido sobrio, no quería arriesgarse a que le hicieran soplar.

Después de atravesar una carretera entre bosques, al recuperar la cobertura quiso llamar a Lucrecia y activó el manos libres. Era el único dispositivo que había añadido al coche original.

Su amiga contestó enseguida y mostró gran interés por todos los detalles de la reunión. Teo quería preguntarle qué se esperaba que él hiciera con esa grabación, cuya primera parte llevaba dentro de un casete en el bolsillo, pero justo entonces se superpuso otra llamada.

Al ver quién era, le dijo:

—Ahora tengo que dejarte, Lucre. Dios me reclama. Por cierto, ¿has averiguado ya algo de…?

—Mañana —le cortó ella—. Mañana podré decirte cosas. Vamos, no hagas esperar a Dios.

Tras despedirse de ella, al otro lado solo encontró el silencio, lo cual le hizo temer que hubiera colgado.

—¿Sigues ahí?

—Sí.

—Siempre tan intrigante… Imagino que no es necesario que te cuente nada de lo que he hecho en las últimas horas.

Eres ya consciente de ello.

—Por supuesto, lo cual no quita que no podamos comentarlo.

—¿Quieres hablar de la supraconciencia? —preguntó Teo, muy interesado.

—No… Ese no es el tema del cual nos corresponde hablar ahora. De momento, mejor que lo vayas tratando con tus amigos.

—¿Amigos?

—Sí, porque es eso lo que quiero charlar contigo en el camino a casa. Hablemos de amistad. Creo que fue Benjamin Franklin quien dijo que «*un hermano puede no ser un amigo, pero un amigo siempre será un hermano*».

—Parece que en esta excursión me he ganado un hermano demasiado pronto… —dijo Teo.

—¿A qué viene esa ironía? ¿Cuántos amigos dirías que tienes?

—¿Cuentan los de Facebook? —bromeó—. En serio, no te lo sabría decir… ¿Una? Creo que es la única persona de mi pasado con la que mantengo contacto regular —contestó pensando en Lucrecia.

—Entonces, no has cultivado mucho esta parte tan importante para el bienestar… —dijo la voz—. ¿Te consideras generoso? Las personas

que dan sin esperar nada a cambio suelen tener una buena tribu alrededor.

—Yo no tengo tribu —reconoció Teo—, aunque hoy he pasado medio domingo con dos chiflados alrededor del fuego. —Quizás son perfectos para tu momento vital, y hoy ha sido solo el primer capítulo de vuestra historia. Los amigos son como estaciones en el viaje de la vida. Algunos aparecen en un momento determinado y desaparecen en otro, mientras que unos pocos se convierten en hermanos de vida. Cuando no es así, hay que dejar ir a quien quiera marcharse y acoger a quienes lleguen.

—Como una terminal de Salidas y Llegadas —apuntó Teo.

—Algo así… Pero ser generoso sin esperar nada a cambio no es la única condición para cosechar buenos amigos —remarcó la voz.

—¿Qué otra condición hay?

—Hacerte amigo de ti mismo. Sin eso, nadie se acercará a ti.

Teo se quedó en silencio, mientras bordeaba una pequeña ciudad llena de granjas y almacenes. Finalmente replicó:

—Hacerme amigo de mí mismo… ¡Eso sí que es difícil! ¿Por dónde empezar? No hay nadie que haga las presentaciones —señaló con ironía.

—Basta con que te aceptes como eres, Teo. Ya hablamos de esa premisa del amor. Si te aceptas y te pones en valor, sin compararte con otros, podrás trabar amistad contigo. Es el inicio de un camino que te traerá sorpresas muy agradables. Pero, para aceptarte, primero debes conocerte mejor.

—¿Y eso cómo se hace?

—De muchas maneras —dijo la voz—. Viajando, haciendo cosas nuevas, conociendo a otras personas… Uno entiende quién es en relación con los otros.

—¿Aunque esos otros sean amistades transitorias? —preguntó Teo, retomando el hilo.

—Sí, porque su propósito trasciende el tiempo y el espacio. Cada amigo que llega a tu vida trae su propia lección, incluso si al final acabáis peleados. Todo viajero con el que compartes parte del camino es una escuela de crecimiento. ¿Te has dado cuenta de que las amistades son como espejos?

—No sé a qué te refieres con eso…

—Si quieres saber lo evolucionado que estás, examina a tus compañeros de vida en este momento. Ellos te dirán quién eres.

Teo rodeó una rotonda, vigilando no extraviar el camino de vuelta, mientras seguía escuchando.

—Nuestros amigos son un reflejo de lo que somos, porque en cada etapa de nuestra historia nos acercamos a almas que nos son afines. Así, un ladrón se hará con ladrones, del mismo modo que los emprendedores o los artistas buscan estar cerca de personas con un propósito parecido.

—«Dime con quién andas y te diré quién eres» —dijo Teo—. Todo el mundo conoce el refrán.

—Pero aquí viene la buena noticia —replicó la voz—. Si no estás contento con tu momento vital, puedes buscar otra clase de amistades que te eleven. Si vas con personas mejores que tú, por contagio espiritual, también mejorarás tú. Por eso es a través de las conexiones humanas que se despliega el potencial de cada cual. En ese sentido, los amigos son un reflejo de tu propia luz y, a su vez, un amplificador de conciencia.

—Todo eso está muy bien… Debo conocerme mejor, aceptarme, juntarme con personas de valor superior para crecer con ellas… Pero falta que me acepten, ¿no crees?

—De momento, ya has sido aceptado por dos peregrinos de la existencia que ayer no conocías. Ellos te guiarán hacia lugares en los que no has estado aún. No es casualidad que os hayáis encontrado ahora.

—Eso mismo dijo Marcus esta mañana… —apuntó Teo, sorprendido —. ¿Has hablado también con él?

—Hablo con todo el mundo. Otra cosa es que quieran escucharme. Y ahí tienes el secreto para cultivar nuevas amistades.

—¿Cuál es el secreto?

—Escuchar —dijo la voz—. Si eres capaz de escuchar de corazón, interesándote de forma genuina por la vida y los sentimientos de los demás, siempre tendrás compañía. Quien está presente en la existencia ajena para trascender el dolor y celebrar los éxitos es un campeón de la amistad.

—¿Y qué me dices de las relaciones tóxicas? —preguntó Teo recordando algunos colegas de la oficina francamente desagradables.

—No todas las relaciones están destinadas a durar… Muchas llegan a su fin de manera natural, y es importante reconocer ese momento para bajarte del tren antes de que te lleve a un lugar donde no quieres estar. Por eso hay que saber acoger y también saber perder. —Tras una pausa en la que el conductor pensó que Dios se había ido, este concluyó—: Por supuesto, una de las cosas más difíciles es dejar ir. Nos encariñamos con el recuerdo de los instantes compartidos. Nos parece que perder a esa persona, o a ese grupo de amigos, equivale a perder una parte de nosotros mismos.

—¿Y no es así?

—La vida es una terminal de Salidas y Llegadas, tú mismo lo has dicho. La única persona a la que no puedes permitirte el lujo de perder eres tú mismo.

17. MENSAJES DE ULTRATUMBA

Cuando terminó de contestar al último e-mail eran las seis y cuarto de la tarde. No estaba nada mal para ser un lunes, pensó Teo mientras se despedía alzando la mano antes de tomar el ascensor.

En lugar de ir directamente a casa, como era su costumbre desde que empezara a trabajar con los seguros, decidió introducir una variación: pasaría por una librería que había abierto en el centro un par de años atrás, pero donde nunca había estado.

La visión de la lectora de cabello moreno ondulado y ojos azules le había inspirado. Aunque ella se había largado al empezar a conversar con los misioneros, de repente le apetecía hacer como ella: sentarse en aquel banco a leer.

Mientras se dirigía en autobús hacia la librería, el teléfono móvil vibró en su bolsillo. Al consultar el mensaje entrante, todo su cuerpo se puso en tensión.

LUCRE

He averiguado algo sobre el número

desde el que te llama Dios.

¿Estás preparado para algo gordo?

TEO

No lo sé…

Depende de lo gordo que sea.

Vamos, ¡dispara!

LUCRE

Ese número pertenece a un muerto.

Teo sintió que un sudor frío le empapaba la nuca antes de responder:

TEO

Tiene que ser un error.

LUCRE

Es tal como te digo.

El número perteneció a un cliente

de la compañía telefónica

que falleció hace una semana.

Por la razón que sea,

la línea no ha sido dada de baja.

Quizás el difunto no tiene familiares

que se ocupen de ir cerrando sus asuntos.

TEO

Si el usuario está muerto

y el teléfono no ha sido dado de baja,

cabe la posibilidad de que esté

siendo usado por otra persona

sin permiso del muerto.

LUCRE

No lo sé…

¿Pueden los muertos dar permiso?

TEO

¡No te rías de mí!

Me estoy asustando.

¿Quién es el difunto que poseía

el móvil?

LUCRE

De momento solo tengo un nombre

y la situación que te cuento.

Esa investigación la dejo para

de aquí unos días,

cuando hayas regresado

con mi amigo Marcus.

TEO

Ya veo, me estás cobrando

semanalmente tus pesquisas…

Para tu información

pensaba ir igualmente.

LUCRE

¡Ese es mi chico!

TEO

Yo también te quiero.

Ahora voy a dejarte,

que tengo que bajar del autobús.

18. LEYENDO A MARCO AURELIO

Se notaba que quien hubiera abierto aquel establecimiento tenía un amor desmedido por los libros, pues se había gastado una fortuna en darles un hogar como aquel.

Los suelos eran de madera maciza y por todas partes había sillones y sofás que invitaban a sentarse con un volumen en las manos. De hecho, muchos de ellos estaban ocupados por lectores que no parecían tener intención de levantarse hasta llegar a la última página.

Al fondo de la librería, que era más grande de lo que parecía desde fuera, había un café invernadero con más almas solitarias enfrascadas en sus páginas. Casi nadie hablaba.

Una figura femenina sentada de espaldas le resultaba familiar, así que Teo pasó a su lado con paso fingidamente despistado. Al mirar de reojo de quién se trataba, se quedó pasmado. La yonqui de El Diluvio Universal.

Sintió el impulso de tomar asiento en su mesa para interrogarla sobre el teléfono de Dios, pero estaba profundamente dormida. Quizás aquella chica dormía en la calle y había encontrado, por fin,

un poco de calor en la librería. No sería justo arrancarla del sueño, pensó Teo.

Como tiempo era algo que le sobraba, rondó por las mesas de libros mientras esperaba a que despertase la única persona que podía aportar algo de luz a la extraña historia que estaba viviendo.

En la sección de «Pensamiento» encontró una edición atractiva de las *Meditaciones* de Marco Aurelio. Había oído hablar mucho de aquel libro del emperador filósofo, pero nunca se había preocupado por leerlo, así que se puso a hojearlo.

Comenzar es la mitad del trabajo,

comienza nuevamente con la mitad restante,

y habrás terminado.

Aquel aforismo le sonaba tan actual como si lo hubiera leído en un manual para la gestión del tiempo. Tal vez por eso Marco Aurelio seguía siendo un *longseller* dos milenios después.

Teo se dejó caer en un robusto y acolchado sillón, donde leyó una docena de aforismos más. Algunos le sorprendían, otros le parecían obviedades irrefutables que convenía no olvidar.

La vida no es buena ni mala,

sino un lugar para el bien y el mal.

Repanchigado en el asiento, se dijo que esto último era algo que necesitaba recordar. No pocas veces había visto el mundo como un lugar hostil, cuando quizás era él quien lo hacía así a través de su mirada.

Desde que había entrado en aquella extraña rueda de acontecimientos, de repente la vida ya no le parecía territorio enemigo. Más bien se asemejaba a una selva insondable donde no puedes prever qué te espera dos pasos más adelante.

Realiza cada una de tus acciones

como si fuera la última de tu vida.

Esta «meditación» le recordó que llevaba un buen rato filosofando con el emperador romano. Era momento de volver al invernadero para interrogar a quien le había premiado con el teléfono de Dios.

Empezaba a hacerse tarde, así que la despertaría si era necesario. La llevaría a cenar, incluso, si con ello podía esclarecer algo sobre el asunto.

Sin embargo, cuando llegó al café acristalado, la chica ya no estaba allí.

19. LOS MOLINOS DE VIENTO DE TU MENTE

Con el libro de Marco Aurelio bajo el brazo, Teo se detuvo en un libanés cercano a su casa para pedir un falafel. No estaba acostumbrado a salir entre semana, si apalancarse en una librería podía llamarse *salir*, así que se sentía cansado. También enfadado consigo mismo por haber dejado escapar a la yonqui que le había dado el pasaporte para aquel loco viaje.

—¿Picante? —le preguntó el cocinero con la frente brillando de sudor.

—Solo un poco.

En un televisor grasiento pasaban una vieja película en la que sonaba una canción que le transportó de golpe a su infancia. *The Windmills of Your Mind*, que ganó el Oscar a la mejor canción en 1968, le encantaba a su madre y la ponía a menudo en un reproductor de casetes que ahora le vendría bien haber conservado, pensó.

A él le daba bajón el tono menor de aquella canción circular, que era un descenso en barrena al pozo de la melancolía. Cuando creció para entender la letra en inglés, aún le pareció más deprimente.

Los molinos de viento de tu mente habla del pensamiento como de una rueda dentro de una rueda, que nunca termina o acaba, como un carrete que siempre gira, o «como los círculos que encuentras en los molinos de viento de tu mente».

Describe el runrún que todos tenemos en la cabeza como un túnel que lleva a otro túnel y, de ahí, «a una caverna donde el sol nunca ha brillado».

Lo que más le sorprendía a Teo de aquella balada cortavenas era que hubiera sido la banda sonora de *El caso Thomas Crown*, un thriller sobre un deportista millonario que comete el robo perfecto. Por más que le daba vueltas, nunca mejor dicho, no lograba conectar la historia a la letra de la canción.

Con el falafel envuelto en su papel de aluminio, Teo subió por las escaleras hacia su casa con aquel soniquete en su tocadiscos interior.

Pensaba en la muerte de sus padres y en la soledad que se había reforzado al verse, de repente, en primera línea ante el final, sin nadie que ejerciera de separación entre él y la nada.

Siempre había pensado que, de haber tenido un hermano, aquel peso habría sido compartido. Puesto que Teo no había procreado y parecía difícil ya que eso fuera ocurrir, su única familia ahora era media docena de primos de los que no tenía noticias desde hacía una década.

Durante la infancia se habían juntado en algunas comidas familiares y habían jugado juntos, pero ahora él ni siquiera podía asegurar que estuvieran todos vivos.

Sintiéndose también un poco culpable por su desapego, entró en su casa, justo cuando el teléfono empezaba a vibrar en su bolsillo.

Era como si Dios hubiera esperado a que estuviera a buen recaudo para hablarle de nuevo.

20. LAS PALABRAS NO DICHAS

—Te noto decaído —comentó la voz—. ¿Hay algo especial de lo que te gustaría conversar hoy?

—Ahora que lo dices… quisiera que hablásemos de un tema espinoso: la familia.

—¿Por qué lo calificas así?

—Yo no tengo familia cercana —empezó Teo—, pero, por lo que sé de otros, en todas las familias hay problemas y de muy distinto cariz: enfermedades físicas y mentales, discusiones sobre herencias, padres que reniegan de sus hijos por su orientación sexual… En fin, no me parece un campo abonado para la felicidad.

—Tampoco lo es el aislamiento.

—Eso es cierto, pero al menos tengo el privilegio de no tener que ocuparme de nadie. Y, más allá de las disputas familiares, si tienes apego por los tuyos, entonces sufres cuando lo pasan mal, cuando están enfermos y, sobre todo, cuando se van. Entonces… ¿qué haces *tú* para consolar a los que se quedan?

Teo era consciente de que acababa de señalar a Dios, si algo o alguien así podía existir, por su indiferencia. Sin embargo, quien le hablaba al otro lado no se mostraba disgustado.

—No puedo hacer el duelo por ellos, pero sí estoy presente en cada corazón, escuchando sus oraciones y brindándoles fortaleza.

—Entonces tu papel es indirecto… Vienes a ser un *influencer*.

La voz al otro lado liberó una carcajada suave que sorprendió a Teo. A no ser que estuviera hablando con un ser de ultratumba, según lo que le había dicho Lucrecia, acababa de oír reír a Dios. Aquello estaba al alcance de muy pocos.

—Tal vez sea el *influencer* con más seguidores del mundo —dijo, divertido—, pero no perdamos de vista el tema sobre el que estamos conversando. Al igual que sucede con los amigos, la familia es clave para el aprendizaje humano. Incluso si te toca lidiar con parientes difíciles, eso acaba siendo una oportunidad de oro para practicar valores como la empatía y la paciencia.

—¿Y si ya no tienes familia? —preguntó él.

—Entonces puedes crear una familia espiritual con tus mejores amigos. Para que llegues a sentirlos como familia, deben ocupar un espacio importante en tu agenda, no sirve verlos de uvas a peras. Y debes aprovechar cualquier ocasión para darles las gracias y expresar cuánto les quieres. Ese es un pilar de las relaciones humanas, sea familia, amigos o un vínculo sentimental. No basta con amar, también hay que poner palabras al amor, porque nunca sabes cuál será la última ocasión de hacerlo.

Teo tuvo que pensar en la frase de Marco Aurelio que había leído en el libro que ahora era suyo: «*Realiza cada una de tus acciones como si fuera la última de tu vida*». Había podido despedirse de su madre, pero no así de su padre, a quien acompañó en el hospital en su agonía.

Ante aquel hombre chapado a la antigua que jamás le había expresado su amor —ni siquiera se había atrevido a quejarse durante su enfermedad—, su hijo se había limitado a ver cómo se apagaba lentamente, sin tampoco expresarle lo que sentía.

Cuando quiso hacerlo, ya era demasiado tarde. Se había ido. Teo seguía cargando con el peso de las palabras no dichas.

Sintiendo que una herida no cicatrizada se abría dentro de él, suspiró antes de preguntar:

—¿Por qué nos cuesta tanto decir «te quiero» a quienes más queremos?

—Porque amar duele. Y el ser humano huye tanto del dolor como de la muerte. De hecho, para expresar el amor hay que ser más valiente que para ir a la guerra.

Teo se había quedado sin palabras. La conversación de aquella noche estaba tocando «en hueso». Con la cara pegada al teléfono, mientras observaba la sombra del platanero a través de la ventana, finalmente dijo:

—Como con todo lo importante, supongo que nos damos cuenta demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde —dijo la voz con un tono tranquilizador —. Incluso si la persona ya no está, sigues pudiendo expresar tu amor.

Teo se preguntó en silencio cuánto tiempo llevaba sin visitar la tumba de sus padres en el cementerio. Seguramente, demasiado.

—Desde que mis padres ya no viven —confesó—, siento un agujero dentro de mí que es como un vacío en el Universo.

—Lo has descrito bien —comentó la voz con ternura—. Los árboles tienen raíces y un ser humano también, incluso si hubieras nacido huérfano y no los hubieras conocido. En cualquier caso, hay que aprender a vivir con esa ausencia extraña y difícil.

—En ello estoy —dijo Teo, algo más confortado—, aunque no dejo de preguntarme si todo esto tiene algún sentido. ¿Para qué sirve todo este dolor?

—Para muchas cosas. Por ejemplo, para transitarlo y convertirlo en sabiduría, de modo que puedas acompañar a otras personas que pasan por lo mismo que tú. Al consolar a otros, te estás consolando a ti mismo. Entonces, el hueco se llena. Esa es la magia del amor.

Cuando terminaron la conversación, Teo sintió que le embargaba una dulce tristeza. Habían hablado de cosas que le dolían, pero la comprensión que estaba alcanzando era como un rayo de luz en medio de la oscuridad.

Ya no le importaba tanto saber quién era aquella voz y cómo podía hablarle a través del teléfono de un muerto. Le gustaba tenerla en su vida.

Mientras pensaba en todo esto, se dio cuenta de que el falafel que había comprado se había quedado frío en su bolsa. Lo puso en el microondas y, mientras giraba como las aspas de los molinos de su mente, fue a dejar el libro de Marco Aurelio en una estantería cercana.

Había tenido suficiente filosofía por hoy.

Se fijó en que las *Meditaciones* de Marco Aurelio habían encontrado acomodo al lado de un libro de cuentos que nunca había llegado a leer. Se lo había regalado un médico amigo de sus padres cuando él

iba a la universidad. Lo había publicado junto a su esposa, que era pedagoga, e incluía dieciocho relatos, cada uno sobre un valor.

Uno de ellos era «AFECTO», que era justo acerca de lo que acababan de hablar. Con el bocadillo libanés recalentado, Teo se sentó a la mesa dispuesto a leer un cuento que, como pronto sabría, contenía un mensaje de su padre desde el otro mundo.

21. EL LORO QUE DECÍA «TE QUIERO»

Tal vez porque era huérfana de madre y su padre estaba siempre fuera de casa, Beatriz había crecido como una niña triste y solitaria. En su escuela la llamaban «Raratriz» porque se sentaba sola y nunca quería participar en los juegos de sus compañeros.

En casa, después de hacer los deberes, se encerraba en su habitación a leer hasta que le entraba sueño y se dormía.

A menudo tenía esta pesadilla: Beatriz estaba en una isla desierta que jamás había visitado ningún barco. Allí pasaba frío por la noche, y durante el día hambre y sed, pues la única comida y bebida que tenía era la pulpa y el agua de los cocos.

Al despertar se decía: «Mi vida tampoco es tan diferente». Beatriz no tenía amigos y los días se amontonaban sin sentido, uno tras otro, como cocos que caen de las palmeras.

Como dormía mal por la noche, por la mañana tenía mucho sueño y pocas fuerzas para hablar con su padre, que veía las noticias y luego salía corriendo a la oficina. Trabajaba hasta tan tarde que, al regresar, Beatriz ya dormía, es decir, se despertaba en su isla desierta llena de cocoteros.

Ella se preguntaba si su padre la quería o si había llegado a este mundo por casualidad, pues él nunca la abrazaba ni le daba besos. Tampoco le decía cosas bonitas.

Las conversaciones eran así:

—Beatriz, no te olvides la carpeta con tus deberes, como ayer.

—Sí, papá.

—¿Ya has puesto en la bolsa tu desayuno?

—Sí, papá.

—Y no se te ocurra cruzar con el semáforo en rojo o en amarillo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

No hablaban mucho más porque su padre, quizás, era tan tímido como ella. Tal vez él también vivía en una isla que jamás era visitada por ningún barco…

Pero un lunes por la mañana sucedió algo extraordinario que cambiaría para siempre la vida de Beatriz.

Aún no había logrado despertarse del todo cuando tuvo la sensación de que la observaban. Sin embargo, al abrir los ojos vio que en la habitación no había nadie. Ni siquiera se oía el murmullo del televisor: señal de que su padre ya había salido y le había dejado el desayuno encima de la mesa.

Y entonces, al volver la cabeza hacia la ventana, lo vio. Sobre las cuerdas del tendedero había un loro grande y verde que la miraba ladeando la cara.

Cuando se recuperó del susto, Beatriz se preguntó de dónde habría salido aquel pájaro y qué hacía allí, espiándola. Llena de curiosidad,

saltó de la cama y abrió la ventana para verlo mejor:

—¡Lorito, lorito, ven aquí! —lo llamó en voz baja, para que no se asustara.

Seguro que se había escapado de algún piso del vecindario, pues el loro respondió a esta llamada recorriendo la cuerda con sus patas grises hasta llegar muy cerca de Beatriz.

—¿Te has perdido? —le preguntó—. ¿Vienes de una isla lejana, llena de cocoteros?

El pájaro entonces se dio impulso con las patas y alzó un poco de vuelo hasta posarse en el brazo de Beatriz, que primero se asustó muchísimo. Cuando entendió que el loro no le picaría y que quería ser su amigo, lo encerró en su habitación, le puso un vaso de agua, y un plato con migas de pan y se fue muy feliz a la escuela.

Al mediodía llamó a su padre desde el comedor de la escuela para explicarle lo que había sucedido y le pidió que, por favor, le dejara tener el loro. Había decidido llamarle Tequila porque imaginaba que venía de un país muy lejano, donde se bebía este licor.

Su padre era silencioso pero muy atento. Por eso, cuando Beatriz volvió a casa por la tarde, Tequila ya estaba instalado dentro de una gran jaula dorada, con el comedero lleno de pipas.

—¡Hola! —la saludó el loro con voz estridente.

—¡Recórcholis, pero si sabes hablar! —exclamó ella—. A ver si aprendes a decir mi nombre: Beatriz, Beatriz, Beatriz…

Tequila ladeaba la cabeza, como un alumno que atiende a la lección, y movía el pico, pero no lograba repetir su nombre.

Como Beatriz había leído que los loros y periquitos tienen mucha facilidad para pronunciar la erre, le dijo:

—Llámame entonces Raratriz, como en la escuela: Raratriz,

Raratriz…

Antes de que repitiera su mote por tercera vez, el loro exclamó:

—¡Raratriz!

Y su orgullosa dueña saltó de alegría.

Aquel fue un día muy bonito y emocionante, pero, después de que la canguro le pusiera la cena, Beatriz estaba tan cansada que se metió en la cama y se durmió en seguida.

Cuando la claridad de la mañana la despertó, Tequila estaba pelando una pipa, que sostenía con una de las patas.

—¡Buenos días, Tequila! —le dijo—. ¿No saludas a tu Raratriz?

El loro terminó de pelar la pipa, se la comió con gran placer y luego gritó:

—¡Te quiero!

A Beatriz se le escapó un grito de emoción al oírlo. Luego pensó que era extraño que el pájaro hubiera hablado como los protagonistas de las series de televisión. ¿Sería aficionado a los culebrones cuando vivía con su antiguo amo? ¿O había sido propiedad de unos recién casados que se declaraban su amor delante de él?

No había manera de saberlo.

También podría haber sido una casualidad. Los loros juegan con las palabras que van oyendo y de vez en cuando sueltan algo que tiene sentido.

«Debe de ser eso», pensó Beatriz.

Sin embargo, la mañana del miércoles, Tequila le despertó con idéntico saludo:

—¡Te quiero!

—¿Quién te ha enseñado estas cosas? —le riñó Beatriz—.

Esas son palabras de personas mayores.

Como los loros hablan, pero no conversan, Tequila se quedó mirando a su dueña y amiga con gran interés, pero no dijo nada más. Luego peló otra pipa.

Cuando el jueves, de buena mañana, el loro volvió a gritar «¡Te quiero!», Beatriz decidió investigar.

Había algo muy raro: durante la tarde y la noche, Tequila sólo decía cosas como «¡Hola!», «¡Raratriz!» o «¡Recórcholis!». Las declaraciones de amor solo las hacía por la mañana.

Aprovechando que su padre aún estaba tomando el café, Beatriz corrió a explicarle este misterio.

Al contarle lo que sucedía, el hombre se puso muy rojo y empezó a aclararse la voz. No le dio ninguna respuesta. Luego se levantó, se despidió de su hija con un beso y salió de casa con su cartera.

De repente Beatriz lo entendió todo y le entraron muchas ganas de llorar, pero de felicidad.

Tequila repetía cada mañana lo que oía por la noche: aquello que le decía su padre cuando entraba en su habitación mientras estaba dormida.[2]

22. MÁS MEDITACIONES

Los días iban pasando en medio de las nuevas rutinas de Teo. Desde que hablaba con Dios, tenía mucho más foco en el trabajo, lo cual le permitía salir siempre a su hora.

Por las tardes transcribía la conversación que había tenido con Xavier y Marcus. Había adquirido incluso un reproductor de casetes *vintage* para pasar por escrito la primera parte de la historia.

Si el frío no apretaba, salía de casa con dos libros —el de Marco Aurelio y el de los cuentos— y se ponía a leer en el parque. No había vuelto a ver a la lectora de los ojos azules, pero tenía la esperanza de que apareciera el fin de semana.

Teo tenía la fantasía de que, si se ponía a leer al lado de ella, en algún momento entablarían conversación.

Tampoco habían reaparecido los misioneros.

Si el frío era excesivo o amenazaba lluvia, entonces se iba a vagabundear por la librería. Allí leía las primeras páginas de otros libros y se pasaba por el invernadero-café con la esperanza de encontrar nuevamente a la chica de El Diluvio Universal, pero tampoco volvió a encontrarla.

Con estas idas y venidas terminó la semana laboral.

El sábado amaneció bajo un sol bondadoso que invitaba a salir para celebrar la vida. Tras tomar su café frente al platanero y las dos tostadas de rigor, decidió irse al parque con Marco Aurelio.

Por el camino vio, en la acera contigua, al hombre voluminoso paseando a su miniatura canina. El chihuahua movía sus patas de aguja muy rápido, como si tuviera prisa por llegar a algún sitio. Su amo tenía que apretar el paso para seguirle el ritmo.

Una vez en el parque, decidió ocupar el mismo banco en el que había estado la vez anterior. Lo tenía todo para él.

Tras el picoteo en la librería, había empezado a leer las *Meditaciones* de forma ordenada, incluyendo el prólogo de un experto que se había extendido casi cincuenta páginas y el Libro I de los doce que componían la obra.

Aquella mañana de sábado se dispuso a leer el Libro II, que empezaba de este modo:

1. Al despuntar la aurora, hazte estas consideraciones

previas: me encontraré con un indiscreto, un ingrato, un

insolente, un mentiroso, un envidioso, un insociable. Todo

eso les acontece por ignorancia de los bienes y de los males.

También esta meditación le parecía absolutamente moderna. Los norteamericanos llaman *Worse Case Escenario* a la estrategia mental

de ponerse en lo peor, además de perdonar a las personas que dan una pobre versión de sí mismas porque no lo saben hacer mejor.

Si luego no te encuentras al indiscreto, al ingrato, al insolente, al mentiroso o al envidioso, ya tienes un motivo de fiesta. Al insociable del que hablaba Marco Aurelio no era necesario esperarlo, ya que era él mismo. O al menos lo había sido hasta recibir el teléfono de Dios, se dijo antes de seguir con la lectura. El capítulo 13 del Libro II le pareció especialmente lúcido:

Nada más desventurado que el hombre que recorre

en círculo todas las cosas y «que indaga», dice, «las

profundidades de la tierra» y que busca, mediante

conjeturas, lo que ocurre en el alma del vecino, pero sin

darse cuenta de que le basta estar junto a la única divinidad

que reside en su interior.

—Cuánta razón… —dijo una voz suave a su izquierda.

23. PAULA

Teo giró lentamente la cabeza a la izquierda, como si despertara de un sueño. O más bien podía decir que ingresaba en uno, y muy agradable, puesto que quien le acababa de hablar era la lectora de cabellos ondulados.

Si el filósofo romano le preparaba para el peor escenario posible, aquella intromisión en su lectura le parecía el mejor imaginable.

—¿Te gusta Marco Aurelio? —le preguntó él algo ruborizado.

—Por supuesto, ¿y a quién no?

La voz de ella era como un dulce ronroneo. Le gustaba, además, que fuera tan lanzada como para ponerse a leer la página de su vecino de banco. De otro modo, nunca habrían llegado a entablar conversación.

—Yo no sabía que me gustaría tanto. Solo conocía algunas ideas sueltas. De hecho, es ahora, al leerlas, que me doy cuenta de que son de él. También me llama la atención la vida del que se considera el último «emperador bueno».

Teo tomó conciencia de que aquello podía haber sonado un poco pedante, pero a su compañera de banco no parecía importarle, ya que le comentó:

—Marco Aurelio era bueno para todo menos para levantarse. Al parecer, le costaba Dios y ayudas salir de la cama. Creo que es en este libro que decía: «Por la mañana, cuando te levantes sin ganas, ten presente este pensamiento: "Me levanto para realizar el trabajo de un ser humano"».

—Tienes buena memoria para las citas. ¿Eres profesora de filosofía?

—No, cajera de supermercado, pero me gusta mucho leer. Por cierto, me llamo Paula —dijo ofreciéndole una mano delgada y fina.

Él sintió una descarga de adrenalina al notar su piel fresca en contacto con la suya, mientras murmuraba:

—Yo soy Teo, y gestiono pólizas de seguros. Espero no hacer esa tarea hasta el fin de mis días.

—Yo tampoco. Es algo provisional, como la vida misma. Y ahora, si no te molesta, voy a leer un poco. Me gustaría terminar el libro.

—¿Puedo preguntarte qué lees, si no es indiscreción?

—No lo es. Más indiscreta he sido yo, leyendo una página que no era mía —dijo ella con una sonrisa—. Estoy con los poemas de Kavafis. ¿Los conoces?

—La verdad es que no…

Teo escaneó con la mirada la portada de la antología poética, que mostraba la acuarela de una isla griega. Se prometió comprar esa misma tarde aquella edición. Así podría darle conversación a Paula si se volvían a encontrar en el banco.

—Pues deberías —dijo ella antes de sumergirse en la lectura.

24. EL LIBRO OLVIDADO

Teo salió de la ciudad a la misma hora que, una semana antes, le había permitido librarse del tráfico dominguero. Previamente había parado su viejo Toyota frente al cementerio para poner flores en la tumba de sus padres.

Sabía que aquello era solo un acto simbólico, pero le hizo sentir mejor.

Mientras dejaba atrás los últimos barrios de la periferia, volvió a pensar en el cuento del loro. Cada vez estaba más convencido de que su padre había sido como el de Raratriz, demasiado tímido para expresar lo que sentía. Y Teo demasiado cobarde como para hacer su parte en los últimos días de agonía.

Mientras pensaba en todo eso, sonó el teléfono y tuvo que activar el manos libres.

—Hola, Dios —le dijo de buen humor—. No sé quién eres, pero me resulta más cómodo llamarte así. Has tardado en llamar…

—Estabas ocupado con la vida.

Teo desvió la mirada hacia el libro de Kavafis que ocupaba el asiento del copiloto. Por extraño que pareciera, estaba allí sin que hubiera tenido tiempo de comprarlo.

—Han sucedido algunas cosas, sí, aunque si eres quien dices ser, ya debes saberlas.

—Has conocido a alguien.

—Sí, y olvidó un libro en el parque que ahora no sé cómo devolverle —explicó Teo—. Cuando terminó de leer ese poemario, lo dejó sobre el banco y se alejó unos cuantos pasos para hacer una llamada telefónica. Yo me esforcé en mantener la atención en mi libro, para que ella no pensara que soy un *stalker*. Pero al levantar la mirada, ya se había ido, olvidando el libro en el banco.

—No lo olvidó —dijo la voz con seguridad—. Lo dejó ahí para ti.

—Me parece un bonito detalle por su parte, pero… ¿no habría sido mejor que me lo diera directamente?

—Quizás le pareció más misterioso y romántico dejarlo ahí, sin decir nada. No todo el mundo es lógico y racional como tú, Teo.

—Romántico… —repitió él—. Podría serlo si tuviera la manera de hablar con ella, más allá de coincidir en el banco los sábados.

—¿Qué te impide hacerlo?

—Aparte de su nombre de pila, Paula, no sé nada de ella. Ni siquiera si vive en el barrio. Quizás el parque está cerca del supermercado en el que trabaja.

—Tienes el libro —dijo la voz.

—Sí, es su poemario de un griego llamado Kavafis —explicó Teo—. Eso no me llevará hasta Paula.

—O sí… Si ha dejado ese libro para ti, desapareciendo con sigilo, es porque quiere que la encuentres. ¿Qué te pasa? ¿Nunca has jugado?

Justo en ese momento, Teo se metió en un túnel y perdieron la cobertura.

25. ¿ERES AUTÉNTICO?

Cuando volvió la línea, Teo esperó a que su divino interlocutor estableciera contacto de nuevo. Si alguna vez había llamado él, no recibía respuesta. Debían de ser así las comunicaciones entre Dios y el ser humano, pensó.

—¿Cómo definirías, con un solo adjetivo, a la lectora del parque? —preguntó la voz al reanudar la llamada.

—Paula no se parece a ninguna otra persona que haya conocido antes. Es como si gozara de mucha libertad interior, más allá de su horario como cajera de supermercado. Si tuviera que definirla con un solo adjetivo… —Caviló unos instantes antes de concluir—: Supongo que sería «auténtica». Sí, ella lo es.

—¿Y tú? —preguntó la voz— ¿Eres auténtico?

Aquello tomó a Teo por sorpresa.

—No lo sé… Siempre me he sentido como un hámster en su rueda.

—Eso no quiere decir que no seas libre. Acabas de decir que la lectora trabaja en un supermercado, pero goza de mucha libertad interior. ¿Por qué no la habrías de tener tú?

—Porque, hasta hace muy poco, mi vida era una repetición monótona de trayectos y tareas, igual que otros millones de personas que son como yo.

—No hay ninguna persona igual que tú —replicó la voz—. Eres único, como todo el mundo, aunque algunos intenten ser otros.

—¿Te refieres a las personas que se sienten atraídas por las *celebrities*? Ciertamente, hay toda una industria basada en vestir como ellas, imitar su peinado, su estilo de vida…

—Sí, pero olvidan que lo que ven en las redes no es real. ¿Cómo viven estos ídolos su día a día? También van al baño, discuten por tonterías y gritan cuando algo no sale como querrían. De poder conocerlas de cerca, la mayoría de admiradores no querrían formar parte de su vida.

—Tampoco querrían formar parte de la mía —bromeó Teo. —Ni falta que te hace.

—Me he pasado media vida sintiendo que estoy estancado. Y, a la vez, atrapado en la búsqueda constante de perfección, aunque nunca me ha interesado la gente guapa, rica o famosa. Soy consciente de que las redes sociales solo muestran la cara amable de la vida. Allí todo parece perfecto. ¿Por qué crees, entonces, que ejercen un poder tan hipnótico sobre la gente?

—Porque les fascinan las personas que parecen tenerlo todo bajo control, aunque sea mentira. Eso les transmite paz. Pero también las enfrenta a sentimientos negativos como la comparación, en la que siempre sales perdiendo. Cuando te comparas, siempre te preguntas si estás a la altura, incluso de tus propios sueños e ilusiones.

—Es así —confirmó Teo, que estaba disfrutando con la conversación —. Incluso un tipo huraño y austero como yo, cuando veo a otras personas alcanzando grandes logros, viviendo vidas increíbles, me siento insignificante. ¿Cómo puedo superarlo?

—Identificando lo incomparable que hay en ti, porque eso es lo que te hace auténtico. ¿Cuál es tu mirada única sobre la vida? ¿Qué sueños son tuyos y de nadie más? Cuando entras en tu singularidad, te das cuenta de que no hay nadie superior a ti, ni tú eres superior a nadie. Cada ser humano en este planeta tiene un propósito y contribuye de manera única al tejido de la existencia.

Teo inspiró mientras los primeros bosques empezaban a flanquear su camino hacia el FarmLab.

—Y para encontrar eso único, auténtico y especial que hay dentro de mí…

—Para eso hay que aceptarse y valorarse, como dijimos en una conversación previa —remarcó la voz—. Para muchas personas es un largo camino, porque tienen miedo y se esconden. Teo, la autenticidad es tu mayor tesoro en un mundo de apariencias y reglas. Ser auténtico significa ser fiel a ti mismo, sin pretender ser otro para encajar en los estándares de los demás. Es un acto liberador que te permitirá vivir desde tu verdadero «yo». Pero hay que ser valiente para llegar a ese punto, porque la autenticidad también implica aceptar tus luces y sombras, sin ocultar tus taras ni pretender que eres perfecto. A fin de cuentas, todos estamos en constante proceso de crecimiento y aprendizaje.

—*Work in progress* —apuntó Teo.

—Eso mismo. En última instancia, la autenticidad es un viaje de autodescubrimiento. A medida que te sumerjas en esa aventura, encontrarás la belleza y la fuerza que emanan de ti. Esta será tu misión, Teo: permítete ser quien eres en cada momento, sin excusas ni temores. Confía en que, al vivir desde tu autenticidad, atraerás a las personas y experiencias que necesitas.

—Todo eso suena muy bien, pero no parece fácil llevarlo a la práctica —protestó Teo.

—Nadie ha dicho que sea fácil. ¿Es, acaso, fácil vivir?

—Podrías darme alguna pista, Dios. Algún truquillo para empezar a vivir una existencia genuina.

—De acuerdo. Empezarás no negando lo que eres y sientes. Aceptación radical, como lo llama vuestra psicología, o «amar lo que es». Si encuentras, entonces, que hay una distancia entre tu auténtico yo y la vida que estás llevando, tendrás que actuar.

—¿Y sabré cómo hacerlo?

—Sí, bastará con que te preguntes: ¿Qué cambio necesito hacer ahora mismo para vivir de forma más auténtica? ¿Qué puedo cambiar de mi entorno para favorecer esa liberación y la conexión genuina con los demás?

—Tal vez las respuestas a esas preguntas me provoquen temor.

—Lo mejor de la vida va de la mano del miedo, Teo. Pero eso no debe pararte. Así como eres digno de amor y aceptación ahora, también lo serás en el futuro. La autenticidad es una fuerza poderosa que no solo inspirará y transformará tu vida, sino también la de quienes te rodean. Es un *win-win* en toda regla.

26. UN PUZLE LLAMADO VIDA

A su llegada al FarmLab, Marcus y Xavier ya le esperaban delante de la fachada como si fuera un viejo amigo tras un largo viaje. Después de tolerar los abrazos a los que no estaba acostumbrado, Teo les entregó una bolsa de verduras orgánicas, además de una docena de costillas de cordero que había traído para las brasas.

Los otros dos celebraron estas viandas mientras le invitaban a subir hasta la cocina, donde el caldero con el té de roca ya estaba hirviendo.

Marcus le hizo un par de preguntas sobre su semana, que Teo contestó de manera vaga, en especial por lo que respectaba a su trabajo. No le apetecía aburrir a otros con algo que a él mismo le parecía sumamente aburrido.

Como en el domingo anterior, cuando todos tuvieron su infusión en las manos se dio inicio a la sesión. Teo volvió a poner el casete en el reproductor para grabar encima de lo que ya había transcrito.

—Vamos a retomar el asunto donde lo dejamos la semana pasada —propuso Marcus—. Xavier, ¿puedes hablarnos de cómo se monta ese puzle que llamamos vida?

El hombre de la barba dejó la taza sobre la repisa del fuego y se frotó las manos antes de empezar:

—Cada persona llega con su propia vibración a la Tierra, y a partir de ese momento empezamos a contar todas las vueltas que da alrededor del Sol, porque nos hemos puesto todos de acuerdo en medir el tiempo, ¿no? ¿Y eso qué quiere decir? Medir el tiempo significa contar las vueltas al Sol que llevamos. El Sol siempre nos está acompañando en la experiencia humana, mientras la Tierra se mueve a su alrededor. Ni en el cosmos ni en la vida humana existe la quietud. Estamos viajando constantemente, siempre yendo hacia un sitio distinto, aunque la percepción sea que no nos movemos de lugar. Eso es solo una ilusión, del mismo modo que cuando pensamos que estamos estancados. Física y espiritualmente, vamos cambiando todo el tiempo, nos movemos… ¡Vaya si lo hacemos!

Teo tomó un par de sorbos del té de roca mientras se preguntaba adónde quería ir a parar Xavier con aquella charla cosmológica. ¿No era su experiencia cercana a la muerte lo que quería relatarle?

—Los árboles no necesitan desplazarse —continuó el hombre de la barba—, ni las plantas se mueven del lugar donde nacen, crecen, se despliegan y cumplen su ciclo. Pero están viajando con la Tierra de la que forman parte. Todo se mueve constantemente. Cuando te das cuenta de eso, la incertidumbre deja de ser un problema para ti. Somos energía cósmica en permanente cambio, y yo diría que el cerebro humano es el resultado más refinado de esa energía cósmica en forma de materia. No hay que descartar que seamos la única especie, en miles de años luz a la redonda, que tiene conciencia de sí misma. Sea mucha o poca la aportación que hagamos como individuos, esa conciencia es un regalo que recibimos al venir al mundo. Gracias a ella, no solo somos movidos, como decía Aristóteles, sino que tenemos la libertad de movernos y cambiar cosas a voluntad dentro de este Universo que se mueve. ¿No es eso un privilegio que deberíamos aprovechar?

—Desde luego, amigo —intervino Marcus—, pero me gustaría que volviéramos a tu experiencia concreta. En tu ECM, ¿considerabas que tu cuerpo estaba muerto?

—Sí, realmente sí. De hecho, recuerdo haber salido del cuerpo para luego regresar a él. Sin embargo, eso me sucedió más veces después de aquella experiencia, lo cual me ha acabado de convencer de que el alma es una realidad.

—¿Podrías contar con detalle lo que sucedió? —preguntó Marcus.

Xavier tomó la taza entre las manos y, levantando la mirada hacia el techo, empezó a explicar:

—La primera vez fue cuando se detuvo mi corazón y supe que todo había terminado. Llevaba muchas horas en la cama de urgencias. Mi energía estaba muy baja; de hecho, era mínima, y entonces me abandonó. Sentí claramente cómo la poca energía que mantenía en funcionamiento el corazón se marchaba de golpe, provocando un apagón general. Entonces me dije: «Hasta aquí has llegado, Xavier». Oí pitar el aparato de control, aunque el sonido cada vez era más lejano. Me estaba yendo.

—¿Sentiste miedo? —le preguntó Teo, impresionado por el relato.

—No, me sentía tranquilo, liberado. Pude verme desde fuera, porque en esos momentos finales tienes una visión externa de tu propio cuerpo. Desde fuera, ves que todo el mundo acude para que la separación no acabe siendo definitiva. Hasta que entras en el túnel.

—¿Y cómo es esa experiencia? Nuestro amigo querrá entenderlo… —le preguntó Marcus, lleno de entusiasmo, mientras miraba a Teo de reojo.

—Es como si en la oscuridad aparecieran puntitos de luz, como píxeles que se van encendiendo y acaban formando un túnel de resplandor dorado. Dentro de esa luz yo me sentía sostenido y

confortado; me iba con una paz absoluta que nunca había experimentado. Era una plenitud absoluta, grandiosa… Llenaba todo el espacio y tenía la certeza de estar unido a esa plenitud, acogido por ella.

—Pero sabías que te ibas, ¿verdad? —insistió Marcus.

—Totalmente. Yo salía feliz por ese tubo de luz… cuando noté que algo tiraba de mí hacia atrás, como un muelle invisible que quisiera traerme de vuelta. De hecho, no podía resistirme a ese retorno. Tuve que volver.

—¿Lamentas que se abortara tu salida? —intervino Teo, muy interesado—. ¿Qué o quién te hacía volver?

—No te lo sabría decir… —admitió Xavier.

—Yo estoy convencido de que, ahora que estás aquí —tomó la palabra Marcus—, tienes ganas de seguir haciendo cosas y de seguir aprovechando la vida, ¿no?

—Evidentemente. Si no tuviera alguna misión que cumplir, estaría ahora en forma de ceniza dentro de una urna. —Volvió a dejar la taza en la repisa y, con los ojos brillantes, añadió—: Aún estoy tratando de definir cuál es esa misión; quizás sea lo que estoy explicando ahora. Solo sé que soy muy afortunado por haber venido por segunda vez a esta perla azul que llamamos Tierra. Es la joya del Universo. Todo el mundo viene aquí a experimentar, a entender de qué va todo esto y componer el puzle de la vida, a encontrar su propósito.

27. DEPRIMIRSE CON KAVAFIS

Avanzada la tarde del domingo, al llegar a casa le asaltó una fatiga casi infinita. Había disfrutado de su segunda visita al Farm Lab, pero se le hacía cuesta arriba el lunes siguiente.

Igual que cuando se deprimía los domingos por la noche al pensar en volver a la escuela.

Puso la cinta de casete en el reproductor y estuvo pensando en retomar la transcripción, pero estaba demasiado cansado para algo que requería tanto foco.

Tampoco tenía hambre para cenar, después de una barbacoa que había terminado pasadas las cuatro, así que decidió sentarse en el sillón con el libro de Kavafis.

Antes de empezarlo, Teo se acercó el pequeño volumen a la nariz, por si podía captar algo del aroma de su dueña. Luego empezó a hojearlo.

Le llamó la atención que Paula había marcado algunas páginas trazando un círculo en bolígrafo en el número de página. Algunas se correspondían a poemas concretos, pero también había señalado una página del índice.

¿Qué sentido tenía aquello?

Se puso a leer la segunda página marcada. Contenía el poema *Monotonía*.

A un día monótono,

sigue otro monótono e invariable:

pasarán las mismas cosas, volverán a pasar,

los mismos instantes nos encuentran y nos dejan.

Un mes pasa y trae otro mes.

Lo que viene, uno fácilmente lo adivina:

son aquellas mismas cosas fastidiosas de ayer.

Y el mañana ya ni siquiera parece mañana.

Aunque ese poema casaba perfectamente con el sentimiento de aquel domingo por la tarde, no estaba ayudando precisamente a animarle.

Con todo, avanzó hasta la siguiente página señalada. Correspondía al poema *En tanto que puedas*.

Y si no puedes hacer tu vida como quieres,

al menos esfuérzate en esto

en tanto que puedas: no la envilezcas

con el contacto excesivo con la gente,

con demasiados trajines y conversaciones.

No la envilezcas llevándola,

trayéndola a menudo y exponiéndola

a la torpeza cotidiana

de compañías y relaciones,

hasta que llegue a ser tan pesada como una extraña.

En eso estaba cumpliendo, se dijo Teo. Sus contactos sociales eran escasos y nada convencionales, a fe de Dios.

Fue pensar eso que el teléfono sonó de nuevo.

28. CUATRO ESCALONES PARA REALIZARTE

—Estás cruzado esta noche —le dijo la voz.

—Sí, me pesa la perspectiva de ir mañana a trabajar. Ojalá tuviera las necesidades cubiertas, así podría enfocarme en otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—No lo sé… Estoy demasiado ocupado durante la semana para saberlo. Y veo que mucha gente a mi alrededor está igual, como si las horas interminables les chuparan la energía vital.

—Cuando sientes eso, significa que debes iniciar la transición.

—¿A qué transición te refieres? —le preguntó algo molesto—. La mayoría de gente, si deja de trabajar perderá la vivienda que está pagando con créditos a perpetuidad.

—La existencia no puede reducirse a cumplir con obligaciones laborales. Por eso, si lo que haces ahora no tiene sentido para ti, empieza a migrar hacia otro proyecto que sí alimente tu propósito en la vida. Al principio será como llevar una doble vida, pero a medida que puedas dedicar más tiempo a aquello donde está tu corazón, sentirás que cumples tu verdadera misión en la Tierra.

—¿Y si no sabes cuál es tu misión? —preguntó Teo.

—Entonces deberás crearla.

—Crearla —repitió sin demasiada convicción—. ¿Y cómo se hace eso?

—Primero debes descubrir quién eres y cuál es el don con el que has venido al mundo. A partir de ahí, empieza a pensar qué hacer con él, de qué manera ponerlo al servicio de la humanidad. Ahí tienes un propósito, una misión. Si logras convertir eso en una vocación y un trabajo, nunca más sentirás esta pesadez que te embarga ahora. Es más, lo pasarás mejor haciendo tu tarea que descansando.

—Todo esto me suena a una utopía —reflexionó Teo en voz alta—. O al menos a mí no se me ocurre qué cosa podría hacer que me resultara tan divertida. Será que aún no me conozco suficientemente bien… Oye, Dios, ¿no sería mejor ser como uno de esos ricos que viven sin trabajar?

—La inmensa mayoría se aburren mortalmente. El ser humano viene al mundo a servir. Por eso, una existencia inútil te va vaciando por dentro. Te sientes prescindible. El trabajo tiene la ventaja de que te pone en movimiento. Te obliga a usar la mente, y tal vez también los músculos. Además de interactuar con otras personas, te pasas el día resolviendo problemas, ensayando maneras de hacer más y mejor. Todo eso es un entrenamiento para la vida, y además te da una razón para descansar. No hacer nada en todo el día puede ser una muerte en vida.

—Todo eso está muy bien si tienes un empleo que te guste mínimamente —replicó Teo—, pero ¿qué le dirías a quien ahora mismo trabaja en algo que odia profundamente?

—Le diría que lo tome como algo temporal y que vaya preparando su próxima vida.

—Espero que no sea en otro mundo… —dijo Teo.

—No, ¡en este! Pero si quieres crear una nueva realidad, tendrás que arremangarte. Crear un nuevo trabajo para ti es todo un trabajo.

—¿Y cómo soportas mientras tanto el que no te gusta?

—Te lo tomas como un simple trabajo, comprendiendo que lo que haces no es lo que eres. Mientras tanto, vas construyendo tu próximo mundo con esfuerzo y con la actitud adecuada. —¿Qué actitud sería esa?

Tras un breve silencio, como si quisiera esperar a que la acritud de Teo bajara, la voz dijo:

—Yo la definiría como mente amplia y corazón abierto. Si estás enfadado con la vida, solo verás ese agujero en el que te sientes como un gusano. Cualquier oportunidad que surja te pasará por alto, y considerarás incluso sospechosas a las personas que quieren ayudarte. Solo ves la negrura de tu agujero, sin darte cuenta de que hay todo un mundo de posibilidades ahí fuera.

Teo calló, con lo cual le estaba dando la razón a Dios. Se había sentido así más de una vez.

—Muchas personas hablan de la suerte —dijo la voz—, pero lo cierto es que la suerte favorece a quienes contemplan lo que hay afuera, en lugar de mirarse la mugre en el ombligo. También ayuda a la gente que sabe comportarse y que tiene una actitud de colaboración con el Universo.

—Todo esto es muy bonito, pero poco práctico todavía.

¿Puedes darme algunas claves que sean sencillas de aplicar?

—Puedo darte una gradación de situaciones, de la más precaria a la ideal. Serán como escalones que llevan, en el campo del trabajo, del

sufrimiento a la felicidad. ¿Eso te serviría? —Por supuesto que sí —respondió Teo—. Ya sabes que soy una mente estructurada. ¡Adelante!

—El nivel más bajo está a ras de suelo, lo ocupa quien quiere trabajar y no puede. Esa es la peor situación imaginable. A ese le sigue el primer escalón hacia la realización personal: cuando haces para otros una tarea que no te gusta, y además no te sientes bien tratado por la gente que te paga o te rodea. En ese caso, solo se puede contemplar como algo temporal, como ya hemos dicho, y has de mirar en todas direcciones para saltar al escalón dos.

—Donde está la tarea que sí te gusta —apuntó Teo.

—No, en ese segundo escalón hay gente que te aprecia y quiere lo mejor para ti. Con un equipo así, hasta la tarea más insulsa se convierte en algo de valor.

—¿Y cuál sería el tercer escalón?

—Trabajar para ti mismo, ser tu propio jefe. Por supuesto, haciendo algo que consideres valioso, que marque una diferencia en el mundo.

—Por lo que sé de los *freelance*, incluso aquellos que tienen mucho éxito, trabajan más horas que un reloj. No tienen vida propia. De lunes a domingo, todo se convierte en trabajo.

—En ese caso han de subir al cuarto escalón, el último, que es el de la excelencia máxima. Hacer pocas cosas y muy bien hechas. Solo aquellas que valgan realmente la pena y te hagan sentir orgulloso. Vivir en este cuarto escalón suele implicar subsistir con menos, porque ganarás menos dinero. Pero, cuando llegas a este nivel, has comprendido ya que no hay mayor riqueza que el tiempo.

29. EL FILÓSOFO Y OTRAS NOTICIAS

El lunes empezó con un inusual volumen de e-mails que inundaban la bandeja de entrada de Teo. Ahora que se sabía en el escalón 1 de su camino a la realización, mientras iba resolviendo expedientes se aplicaba el remedio tranquilizador que le había dado Dios.

«Esto es temporal», pensó.

Paula lo había dicho un poco más bonito, al afirmar que su empleo era «*provisional, como la vida misma*».

Si seguía en esa escalera, el siguiente peldaño era trabajar para gente cariñosa con la que se sintiera a gusto. Personas con las que compartiría su tiempo aunque no tuviera que ir a la oficina. No era el caso del lugar donde tecleaba y atendía al teléfono de ocho a seis.

¿Dónde estaba la empresa de gente amable a la que podía ascender?

Dios no le había dado pistas sobre eso.

Aprovechó la pausa del bocadillo a media mañana para escribir a su amiga:

TEO

¿Tenemos más noticias

del teléfono del muerto?

LUCRE

Algo más sé.

Se trataba de un profesor de filosofía

que llevaba veinte años jubilado.

Al parecer, también tenía

la carrera de teología.

Esta tarde te pasaré su nombre completo,

ahora no estoy en casa

y lo tengo allí.

TEO

No creo que me haga falta,

puesto que ese filósofo y teólogo

está ya criando malvas.

¿Tiene familiares?

LUCRE

Directos, no.

Eso explicaría que su teléfono

se siga pagando.

Quizás nadie se ha dado cuenta.

TEO

Cuando alguien muere,

sus cuentas corrientes se cierran

para repartir a los herederos

según determine el testamento.

Te lo dice alguien que trabaja con

seguros de decesos.

LUCRE

En este caso, se paga desde una fundación,

eso he podido averiguar también.

Al parecer, el difunto sirvió allí

los últimos años de su vida.

TEO

Me vendrá bien tener las señas

de esa fundación, cuando puedas.

¿Hay algo más que quieres

que haga por ti?

Lo de las transcripciones de tu amigo

es un placer.

No me cuesta ningún esfuerzo.

LUCRE Con eso me doy por pagada.

LUCRE

Espera…

Sí hay algo que quisiera pedirte,

aunque me da un poco de apuro hacerlo.

«Ahora me pedirá dinero», se dijo Teo, poniéndose en tensión. Si no era una cantidad muy alta se la daría, pensó. A fin de cuentas, Lucrecia era lo más parecido a una amiga que tenía desde hacía tiempo.

TEO

Dime lo que necesitas.

Si está en mi mano,

cuenta con ello.

LUCRE

No te he dicho nada de esto hasta ahora,

pero mi madre está muy enferma.

Puede que no pase de este mes.

TEO

Lo siento mucho…

Me gustaría ayudarte de algún modo,

si me dices cómo.

LUCRE

Pregúntale a ese dios

con el que hablas

qué sentido tiene la enfermedad

y cómo podemos enfrentarnos a ella.

TEO

Lo haré, descuida.

Y cuando tenga su respuesta

quedamos para comer,

¿de acuerdo?

LUCRE

Sí, gracias…

Me vendrá bien.

No estoy en mi mejor momento.

TEO

Lo entiendo.

Llámame cualquier día

y a cualquier hora

cuando necesites hablar.

LUCRE

Lo haré, cielo.

Y, si comunicas,

entenderé que estás

hablando con Dios.

TEO

Eso es seguro, jajaja.

No hay nadie más que me llame por teléfono.

Los dos frikis de la ECM

ni siquiera tienen uno creo.

¡Cuídate!

:**

LUCRE

Tú también.

Gracias por estar.

:**

30. CUANDO EMPRENDAS EL VIAJE A ÍTACA

Afectado por la conversación con su amiga, nada más salir del trabajo tomó el autobús hacia la librería de los sillones cómodos. Se había convertido en su segunda casa.

El nuevo hábito de holgazanear leyendo tenía mucho que ver con la aversión que había desarrollado últimamente a estar en su apartamento. Ahora entendía a la gente que decía: «se me cae la casa encima».

Todo había empezado con aquella cena en El Diluvio Universal, pensó Teo mientras se aproximaba a su parada. Nunca sabes cuándo estás pulsando un botón que lo cambiará todo.

Mientras luchaba contra un viento contrario camino de la librería, le dio vueltas a las últimas indagaciones de Lucrecia. Que Dios le hablara a través del teléfono de un viejo filósofo y teólogo tenía cierto sentido. Era la definición de lo que antes se denominaba como un «hombre de Dios».

En medio de estos pensamientos, entró en la librería como Pedro por su casa. Saludó a una joven rapada con gafitas redondas que estaba en el mostrador de recepción. Ella le devolvió el saludo con un gesto familiar.

Su sillón favorito, oculto del trasiego de lectores por una ancha columna, estaba libre, así que se apresuró a ocuparlo.

Antes de ir al siguiente poema señalado por Paula, curioseó un anexo al final del libro donde se resumía la vida del más célebre poeta griego de la modernidad.

Konstantinos Kavafis nació y vivió en Alejandría, donde su familia se dedicaba a exportar algodón egipcio y a importar paño inglés. Tras pasar siete años en Inglaterra, a su regreso el negocio familiar quebró y tuvo que emplearse como funcionario de obras públicas en Egipto, además de ejercer ocasionalmente de corredor de bolsa.

Aunque su verdadera pasión era escribir, nunca quiso editar su poesía de forma pública. Muy de vez en cuando imprimía algún poema suelto para compartirlo con sus amigos, o un libreto con unos cuantos para hacerlo circular de forma privada.

Sus versos habrían pasado sin pena ni gloria tras su muerte en 1933 —el mismo día de su nacimiento—, si no hubiera sido descubierto y ensalzado por autores británicos como E. M. Foster o T. S. Eliot.

Hoy en día, poemas como *Ítaca*, *La ciudad* o *Esperando a los bárbaros* son leídos y celebrados por millones de lectores de todo el mundo, en especial por los jóvenes.

Aunque Teo era poco ducho en poesía, le sonaban aquellos tres títulos. En especial, el de Ítaca, ya que un cantautor muy popular la había adaptado para su repertorio.

Sin embargo, ahora leía los poemas desconocidos de las páginas que Paula había señalado. ¿Por qué le recomendaba aquellos textos menores en lugar de los más celebrados de Kavafis?

Teo se dispuso a leer el poema con el breve título de *Fui*.

Me desaté.

Me abandoné del todo y fui

hacia los placeres

medio reales, medio imaginados

por mi cerebro.

Fui en la noche iluminada,

y bebí licores fuertes,

como los que beben los héroes

de la voluptuosidad.

Había algo en aquel poema sencillo y sensual que le conmovía. Quizás porque dibujaba una vida tan distinta a la suya, siempre alejada de la aventura y la temeridad. Al menos, hasta ahora.

Fue entonces, embriagado con aquellos versos de más de un siglo atrás, que tuvo una epifanía.

Revisó todas las páginas marcadas con un círculo alrededor del número. Eran cinco y componían una total de nueve cifras. Las mismas que un número de teléfono que empezaba por 6, la segunda página del índice.

Asombrado con su propia hipótesis, Teo marcó en WhatsApp las nueve cifras y decidió lanzar un mensaje, como el náufrago que envía su mensaje en una botella.

TEO

Cuando emprendas el viaje a Ítaca…

Desde aquel número misterioso marcado por intuición apareció el signo de tres puntos, lo cual significaba que quien fuera que había recibido su mensaje estaba contestando.

Atendiendo a las malas reacciones de la gente cuando les escribe un desconocido, Teo se esperó una respuesta del tipo: «¿Quién eres tú, gilipollas?»

Para su asombro, sin embargo, recibió la continuación del poema de Kavafis:

…pide que el camino sea largo,

lleno de aventuras, lleno de experiencias.

Instantes después recibió un segundo mensaje.

(Me has encontrado,

no estaba segura de que pudieras hacerlo.

¡Felicidades!

Este poema nos recuerda

que el viaje es más importante que la meta.)

31. LA COMIDA BASURA DE LA MENTE

Cuando llegó a casa, aún estaba en estado de *shock*. Su mensaje en la botella no solo había llegado a Paula, sino que ella le había propuesto ir a cenar al día siguiente.

En su limitado universo romántico, una cita para cenar solo se conseguía después de varios cafés exitosos. De hecho, calculó que hacía cinco años que no salía de noche con una mujer.

Tenía el mérito adicional de que había sido ella, la increíble lectora de los ojos azules, quien le había propuesto la cita. Y Teo ni siquiera se tendría que preocupar por encontrar un restaurante que le hiciera quedar bien: Paula había prometido mandarle la ubicación al día siguiente.

En medio de esta excitación, su misterioso amigo llamó por teléfono.

Teo estaba tentado de pedirle consejos sentimentales, suponiendo que Dios supiera algo de eso, pero enseguida recordó el encargo de Lucrecia.

—Tengo una amiga que lo está pasando muy mal con la enfermedad de su madre. Le gustaría saber si hay un sentido en el dolor y el sufrimiento, porque ahora mismo ella no le encuentra ninguno.

—Es un tema por el que teníamos que pasar, no cabe duda… —dijo la voz con tono sereno—. Empecemos comprendiendo que el dolor no lo crea el cuerpo, sino la mente. Mejor dicho, el cuerpo quiere mandarte un mensaje y la mente te lo transmite en forma de dolor. Y, por supuesto, el dolor no es agradable. —¿Por qué lo sentimos entonces? ¿Y por qué enfermamos?

—Pensaba que me preguntarías también «por qué morimos», eso lo veremos otro día. Empecemos por el dolor, que, a diferencia de lo que se suele pensar, es un amigo. Aparece para avisarte de que algo va mal, de que tienes que ocuparte de algo que estás desatendiendo. Y esto no solo sirve para el cuerpo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si te fracturas el pie, el cerebro te manda un mensaje de dolor para que le apliques cuidados a fin de sanarlo y no empeorar más las cosas. Es una alerta para que actúes a favor de ti. Lo mismo sucede en el plano emocional: la ansiedad o la depresión te informan de que algo no va bien, de que hay cosas que debes cambiar. Por este motivo, cuando una persona supera un estado de este tipo, vive un renacer.

Aquello tenía mucho sentido, pensó Teo, que decidió reconducir el rumbo de la conversación hacia la situación de su amiga.

—¿Qué pasa, entonces, con el dolor que siente una persona que está muriendo, que no tiene posibilidad alguna de sanar?

—Sigue siendo un mensaje —respondió la voz con la misma calma —. En este caso, te está avisando para que te prepares para partir. Es una invitación a hacer las maletas y dejar tu casa en orden, con tus asuntos resueltos, porque de ese viaje no se vuelve.

«Casi nunca se vuelve» estuvo a punto de recalcar Teo al pensar en el hombre de la barba gris, pero no quería desviarse del tema que estaban tratando.

—Antes de llegar a ese telegrama final —prosiguió la voz—, utilizando un concepto humano un poco anticuado, el cuerpo te mandará muchos avisos a través del dolor. De hecho, acoger estos mensajes, en lugar de silenciarlos o anestesiarlos con drogas de cualquier tipo, alarga la vida.

—Como cuando el cuerpo nos advierte que tenemos que parar, ¿no es eso? —intervino Teo—. Si lo desoyes, porque no quieres tomar medidas, puedes caer fulminado de un ataque al corazón. Quien mata al mensajero se mata a sí mismo.

—Lo has expresado muy bien —concedió la voz—. Cuando el cuerpo habla hay que escucharlo. Literalmente, te va la vida en ello.

—Volvamos ahora a la persona que está haciendo las maletas para el último viaje. ¿Cómo podemos ayudarla?

—Hay una medicina que alivia el dolor más que ninguna otra, y es la palabra. Si le hablas a esa persona con dulzura, si la sabes escuchar y acompañar, mientras esté contigo notará mucho menos sus males. Puede que incluso no los sienta en absoluto, puesto que el dolor lo transmite la mente. Al estar ocupada con otra cosa mucho más agradable, el dolor queda suspendido. Por eso es tan importante estar cerca de quienes sufren.

—Me queda muy claro. También lo de escuchar los mensajes del cuerpo, empezando por los pequeños para no tener que recibir los grandes. ¿Qué más hay que tener en cuenta acerca de la salud?

—Que no solo se trata de reaccionar, porque puede ser demasiado tarde. La salud es un trabajo diario. Si ensucias tu templo con malos hábitos, como beber, fumar, comer rápido y mal, dormir poco o llevar una vida sedentaria, el desgaste del cuerpo se acelera, como bien sabes. Y no hablemos solo de esas malas prácticas. Así como la comida basura estropea y envejece tu cuerpo de forma prematura, la comida basura de la mente hará lo mismo, a veces más rápidamente.

—¿Y qué entiendes tú por comida basura de la mente?

—Alimentar los miedos y preocupaciones también enferma —aseguró la voz con gravedad—. De hecho, tal vez sea el cóctel más mortífero de la historia. Si a eso se suma una vida llena de urgencias y de ruido, por miedo al silencio o a mirar dentro de uno mismo, los avisos graves llegarán mucho antes de lo que deberían. Por eso, un requisito para la salud es decidir que mereces tener una vida larga y trabajar por ello. La vida te da lo que tú crees que mereces.

—Se trata, entonces, de ponerle conciencia y obrar en consecuencia —concluyó Teo.

—Exacto, si quieres mejorar tu salud, además de escuchar al cuerpo e implantar buenos hábitos, debes mejorar tu pensamiento.

32. LAS PLAYAS DEL INCONSCIENTE

Aquella noche, Teo tuvo un sueño especialmente vívido. Empezó como una escena común y corriente, tantas veces repetida: se encontraba en su oficina, descargando expedientes y leyendo la letra pequeña. Hasta aquí todo normal.

Lo inusual era que no había nadie más en toda la planta, a excepción de él, lo cual le llevó a pensar que se había quedado allí trabajando hasta la madrugada. Alguna que otra vez le había pasado.

El timbre del teléfono de su mesa le distrajo de su tarea. No sonaba casi nunca, y era más raro aún a esas horas intempestivas. Se lo acercó a la oreja mientras con la otra mano terminaba un e-mail.

—Teo, soy yo.

Habría reconocido aquel ronroneo entre diez mil voces distintas.

—Paula…

Antes de que pudiera preguntarle «¿Cómo es que tienes este número?» o «¿Por qué me llamas a estas horas?», ella le dijo con urgencia:

—Corre al ascensor y baja a la planta -5. Te espero ahí.

—¿Cómo? ¿Has venido en tu coche?

—No tengo coche, ni falta que me hace. ¿Has traído tu bañador?

Cada vez más sorprendido, Teo colgó el teléfono de mesa y apagó el ordenador. Luego se dirigió con paso rápido hacia los ascensores.

El más cercano al despacho llegó justo cuando se disponía a llamar. Se metió dentro y le dio al -5. El ascensor cerró puertas e inició su suave descenso.

Teo cayó en la cuenta de que, en los quince años que llevaba en la empresa, solo había habido dos plantas para *parking*. La cosa terminaba en la -2. Le parecía admirable que hubieran logrado excavar tres plantas más sin que él se hubiera dado cuenta.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la -5, una brisa marina le despeinó, mientras un sol radiante le obligaba a entrecerrar los ojos.

No fue hasta dar un paso fuera de la cabina que descubrió que estaba frente a una playa de arena blanca, con un clima tan cálido que empezó a arrancarse la ropa.

Le faltaba un bañador, ciertamente. No sabía cómo, desde la oficina, había ido a parar a aquel paraíso, pero, si era necesario, se lanzaría al mar turquesa en calzoncillos. O incluso sin ellos.

—¡Teo! ¡Teo!

El grito venía de una cabeza sonriente que se elevaba sobre una ola mientras agitaba los brazos con entusiasmo. Era Paula.

—Vamos allá, pues —se dijo mientras se quitaba el traje, la corbata y la camisa en un tiempo récord.

Tras deshacerse también de los zapatos y los calcetines, empezó a correr hacia el agua, desde donde Paula le gritaba:

—¡Corre, que el sueño se acaba!

Teo se lanzó con decisión al mar fresco y salado. Tras zambullirse trazando una curva descendente, inició la salida a la superficie, donde esperaba encontrar a la mujer de sus sueños.

Sin embargo, al asomar la cabeza todo era oscuridad.

Tanteando su alrededor con las manos, dio con un cable y con un interruptor que le resultaba familiar.

Al pulsar el botón, se encendió la lámpara de su mesita de noche.

Así fue cómo Teo supo que había regresado de un sueño del que nunca habría querido despertar.

33. EL MAPA DE LOS SUEÑOS

Teo fue a buscar agua a la cocina con un sentimiento de decepción. ¿Por qué diablos se había tenido que despertar tan pronto de aquel sueño? En cambio, había pesadillas que se alargaban sin fin a lo largo de toda la noche.

¿Tendría algo que ver el dichoso sesgo que hace que nos aferremos a lo negativo, mientras que lo positivo se desvanece como si nada?

De regreso a su dormitorio, vio en el móvil que eran las cinco de la madrugada. En dos horas tendría que ponerse en marcha, aunque lo cierto era que estaba totalmente desvelado.

Fue a buscar sus libros. Estaba dudando entre el poemario de Kavafis, la antología de cuentos o las *Meditaciones* de Marco Aurelio cuando el teléfono de Dios volvió a reclamarlo.

—No son horas —respondió, fingiendo estar enfadado—. ¿Cómo es que…?

—Sé que no podrás dormir hasta que suene la alarma —le interrumpió la voz—, así que he decidido amenizarte lo que queda de madrugada.

—Veo mucha ligereza en ti, como si estuvieras de guasa… ¿De dónde vienes? ¿De un *after*?

—¿Qué tal si hablamos de los sueños?

Aquello hizo enmudecer a Teo. No lograba comprender cómo alguien podía llamar desde el teléfono de un muerto, pero ese alguien parecía saber todo lo que le ocurría, incluso cuando él tenía los ojos cerrados.

—Me parece un tema de lo más interesante —dijo con cierto retintín —. ¿Por qué soñamos una cosa y no otra? ¿Y quién escribe el guion de esas películas que nos montamos cada noche?

—Eso no importa. Tienes más de un guionista y más de un director tramando desde los estudios de cine de tu inconsciente. Lo importante es comprender que los sueños reflejan la voluntad de hacer realidad tus deseos en la vida. Son muy útiles porque te ayudan a comprender tus aspiraciones más profundas.

—Perfecto, en este caso necesito irme de vacaciones a una playa desierta con la mujer que me gusta. El problema es que faltan más de siete meses para el verano.

—Puedes irte en invierno.

Teo dio un manotazo en el aire para desestimar aquella idea. Tenía unos pocos días de fiesta por Navidad, que empezaría en un par de semanas, pero dudaba de que, para entonces, su vida hubiera cambiado tanto como para irse de vacaciones con un nuevo amor.

—Los sueños vienen a ser un manual de instrucciones para imaginar —siguió la voz—. En ese sentido, si prestas atención a esta agencia de viajes que te mueve cada noche, podrás saber más sobre tus deseos y prioridades. Los sueños te ayudan a identificar lo que sueñas con los ojos abiertos.

—¿Qué tal se te da interpretar sueños? —le preguntó Teo, que estaba demasiado cansado para teorías.

—No mejor que a ti —dijo la voz—. Solo el soñador puede dar un sentido a lo que vive en esos episodios. Lo que puedo hacer, como si fuera un psicoanalista, es ayudarte a poner orden.

Aunque sabía que quien había al otro lado conocía cada detalle de su sueño, Teo se lo explicó minuciosamente.

—En este caso se ve muy claro, ¿no crees? —dijo la voz—. El descenso en ascensor sería.

—La bajada al inconsciente, hasta ahí llego. Y que estuviera solo en la oficina significa que me siento aislado. La playa inmensa refleja mi ansia de libertad. Tienes razón, Dios, quizás me convienen unas vacaciones.

—Deberías tomarte unas vacaciones de ti mismo —puntualizó.

—Oye —protestó Teo, apoyando su espalda contra la pared de la cama—. ¿A qué ha venido eso?

—Me refiero a dejar de ser quien has sido hasta ahora por unos días. Hacer alguna locura, como cuando eras niño y te dejabas llevar por el instinto.

—No me parece un mal plan. Pero, como todo lo que me propones, mi pregunta siempre es: ¿y cómo se hace eso?

—Para empezar, prestando más atención a los sueños. Son espejos de la psique, ya que revelan aspectos de ti mismo que te costaría reconocer en la vigilia. Y, por si fuera poco, hay gente que al soñar vuela sin alas, habla con los animales o visita mundos desconocidos. Se puede, incluso, revivir a los muertos.

¿Qué más quieres?

—Visto así, sin duda es una capacidad fabulosa…

—No te quepa duda, los sueños son un regalo que se hace la mente a sí misma, además de una compensación por todas las trabas y rigideces que el ser humano se pone en la vigilia. De hecho, no sé si lo has observado en tu vida, pero muchas personas aseguran que los sueños son un reverso de lo que viven cuando están despiertos.

—¿Puedes explicar un poco esa idea?

—Es bastante común que, tras un día especialmente difícil, venga un sueño plácido, como un bálsamo para equilibrar la mente, mientras que muchas pesadillas se presentan tras una jornada completamente tranquila, como si te quisieran agitar. En todo caso, si empiezas a tomarte en serio tus sueños, te darás cuenta de que forman una especie de mapa.

—¿Un mapa? —repitió Teo.

—Sí, un mapa para entender tu propósito. Cada sueño es un destello de luz que ilumina tu camino en la búsqueda de significado. Al mismo tiempo, es una especie de gimnasio interior para ejercitar la resiliencia, tu capacidad para enfrentar desafíos y superar obstáculos. Por otra parte, hay ideas que se resisten a la vigilia, pero te visitan en sueños, esperando que seas lo bastante «despierto» para cogerlas.

—Sé que hay bastantes inventos que llegaron a través del sueño. La tabla periódica, la máquina de coser, la estructura del átomo. E incluso el avión Antonov más famoso. En tiempos de la Unión Soviética, este ingeniero estaba tratando de imaginar la aeronave de transporte más grande del mundo cuando en un sueño vio claramente dónde tenía que situar los cuatro motores turbohélice. ¡De pequeño, me encantaban estas cosas!

—Los niños viven mucho más cerca de sus sueños que los adultos, de eso no cabe duda… —dijo la voz—. Los adultos deberían

recuperar la capacidad de soñar, por la noche y durante la vigilia, ya que es mucho más que una autopista al inconsciente. Los sueños te ayudan a encontrar tu lugar en el Universo, porque son enteramente tuyos. No pertenecen a nadie más. Pero hay algo más importante aún que puedes aprender ahí, en las aguas profundas de tu inconsciente.

—¿Qué es lo que puedo aprender? —quiso saber Teo.

—Coincidirás conmigo en que los sueños no tienen límites, ¿verdad?

—Así es.

—Pues la vida tampoco los tiene.

34. MENSAJES Y DESEOS

LUCRE

Estás en tu hora del bocadillo, ¿verdad?

Te he pasado en un adjunto por e-mail

dónde está la sede de la fundación

a la que cobran ese teléfono.

También tienes los datos personales

del titular de la línea,

aunque hace semanas que está off-line.

Disculpa, ese ha sido un chiste malo.

TEO

Descuida, ¿cómo está tu madre?

LUCRE

Le quedan pocos días.

Por suerte, me acaban de echar del curro.

Podré pasar con ella todo el tiempo

que me permitan estar en el hospital.

Es la única familia que me queda, ¿sabes?

TEO

Lo sé.

Yo también soy un huérfano sin nadie más.

Si te sirvo de hermano espiritual,

aquí me tienes.

LUCRE

Escucha, ¡que aún no me he quedado huérfana!

TEO

Perdón…

LUCRE

Te comunico que mi madre aún sigue con los pies

en este mundo.

O mejor sería decir con la espalda

en este mundo,

porque duerme todo el tiempo.

Hay momentos en los que recupera

parte de la conciencia,

murmura algo y parece como que ve cosas,

pero tengo la impresión de que no

sabe que estoy ahí.

TEO

A su manera lo sabe, Lucrecia.

Ya que puedes estar a su lado,

aprovecha para hablarle.

Recuérdale todas las cosas bonitas

que habéis vivido juntas,

también de cuando tu padre vivía.

Y no dejes de decirle que la quieres.

Díselo una y mil veces si es necesario.

Aunque no te responda con palabras,

tu madre estará sonriendo por dentro.

LUCRE

Me estás haciendo llorar, cabrón.

¿Qué te pasa?

Desde que hablas con Dios

te las das de místico…

TEO

No quería hacerte llorar 😔

¿Te apetece reír un rato

aunque sea a mi costa?

LUCRE

Por supuesto.

TEO

Tengo una cita.

Esta noche.

Para cenar.

LUCRE

¡No!

Cuéntamelo todo.

Por favooooooooor

TEO

Es en un restaurante raro

que se llama La Oropéndola.

Te haré un briefing

cuando vuelva de ahí, ¿vale?

Ahora tengo que volver al trabajo.

La hora del bocadillo ha terminado

hace rato.

LUCRE

Mucha mierda, como dicen en el teatro.

Deseo que la cita te salga muy bien,

o muy mal para que vuelvas

con una buena historia.

35. LA OROPÉNDOLA

Con puntualidad británica, a las 20:30 Teo entraba en un restaurante del centro que tenía como emblema a un pájaro cantor de color amarillo dorado. Dado que la reserva estaba a nombre de Paula, dio su nombre a la recepcionista, que le invitó a sentarse en la antesala del comedor.

—Es necesario que lleguen todos los comensales para permitir el ingreso —le puntualizó.

Sentado en un banco, mientras parejas y grupos iban entrando, Teo se entretuvo leyendo una descripción de la ONG SEO Birdlife sobre el ave que daba nombre al restaurante.

ORIOLUS ORIOLUS

El llamativo tono amarillo dorado de la oropéndola,

de difícil confusión,

añade una fulgurante nota de color en las arboledas.

Los hábitos reservados

y esquivos de este pájaro, que lo mantienen fuera

de la vista del observador,

se compensan con un sencillo y distintivo canto aflautado,

muy fácil de oír y característico del paisaje sonoro

de nuestros bosques.

Teo comprobó en el móvil que eran las 20:40. Esperaría cinco minutos más a escribir un mensaje a su cita, aunque para entonces podía ser demasiado tarde.

Según se advertía en una nota al lado de la ficha de la oropéndola, las reservas se mantendrían un máximo de quince minutos. Al parecer, aquel restaurante del que nunca había oído hablar estaba muy solicitado.

Mientras esperaba, cada vez más inquieto, se miró en el espejo situado delante del banco. Aunque se había puesto lo mejor de su guardarropa, se trataba de prendas antiguas, lavadas ya un centenar de veces.

Jersey negro de cuello alto, unos pantalones chinos grises, calcetines negros y unos zapatos Martinelli algo gastados. Un *outfit* aburrido, sin duda, sobre todo comparado con el flamante Oriolus Oriolus, como era el nombre en latín del ave.

Un silbido melódico y potente le despertó de golpe.

No venía de un ave cantora, sino de una mujer de ojos azules que acababa de entrar.

Vestía un chándal amarillo chillón, con bambas Tiger del mismo color, como Uma Thurman en la película de Tarantino.

—¿Vas a participar en un *remake* de *Kill Bill*? —le dijo él mientras se ponía de pie.

—Soy demasiado morena para eso —le dijo mientras le daba un beso en la mejilla—. El traje es un homenaje a Bruce Lee, ¿no lo sabías? Y al pajarraco ese de la foto, claro.

36. LOS PRIMOS DEL INCONSCIENTE

La camarera que les acompañó a la sala dirigió una mirada despectiva a Paula. Al parecer, no estaban acostumbrados a que los comensales acudieran en chándal a cenar.

Les situó en la mesa más cercana al lavabo y, tras entregar dos enormes cartas con el menú, encendió una vela.

—Su turno termina a las 22:00 —les informó.

Había un retintín en aquella frase que contenía de forma soslayada el reproche por haber llegado tarde, cosa que había reducido a una hora y cuarto su tiempo para cenar.

—Traiga este, entonces —dijo Paula señalando un vino tinto de la carta—. Será cuestión de empezar a beber pronto.

La camarera se marchó airada.

Sentado a aquella mesa, Teo se sentía el hombre más afortunado del planeta. Le costaba creer que hubiera salido a cenar con la lectora de ojos azules y que, además, fuera idea de ella.

El encargado de descorchar el vino fue un camarero fornido de mucho mejor talante. Mientras llenaba las copas abundantemente, les comentó:

—Buena elección, vaya que sí. Este tinto pega fuerte.

Teo se fijó en la etiqueta, que mostraba a dos muchachos con atuendo de playa cantando embriagados. Al ver el nombre del vino y la bodega debajo, se le erizó la piel.

Les Cousins

L'Inconscient

—Los primos del inconsciente… —murmuró Teo mientras acercaba la nariz al caldo negro—. ¿No te parece un nombre curioso para un vino?

Paula probó el vino, que era fuerte como prometía, antes de decir:

—Me parece un nombre adecuado.

—¿Adecuado?

—Exacto, por dos razones. Desde los primeros griegos, por no hablar de los georgianos, que ya elaboraban vino hace ocho mil años, el vino se ha utilizado para hacer cantar al inconsciente. Y si te bebes más de una botella como esta, quedarás totalmente inconsciente al final, de eso no cabe duda… —dijo frunciendo el ceño.

La camarera antipática volvió a escena. Una vez hubieron pedido, Teo miró con admiración a su compañera de mesa y le dijo:

—Debo confesarte que me siento un tipo aburrido y vulgar. Estoy cenando con una cajera de supermercado que lee a Kavafis, sabe de vinos y ve películas de Bruce Lee.

—¡Me encanta Bruce Lee! —dijo sonriendo con los ojos—.

He visto como diez veces la última entrevista que le hicieron. —*Be water, my friend…*

—Ahí dijo esa frase, sí, pero también muchas otras cosas que casi nadie recuerda. Fue al verle contestar las preguntas de aquel periodista idiota cuando me di cuenta de que, más allá de las artes marciales, Bruce Lee estaba iluminado. Hablaba desde otro lugar.

El primer trago de los primos del inconsciente hizo recordar a Teo algo que había leído en una revista de su adolescencia.

—Tengo entendido que, desde muy joven hasta su muerte, Bruce Lee nunca perdió un combate.

—Eso dicen, sí… —contestó Paula, complacida— Pero ¿sabes cuál era su secreto? No es que fuera muy alto, y en las artes marciales la longitud de brazos y piernas siempre da ventaja.

—Supongo que la práctica constante.

—Eso es solo una parte… Bruce Lee decía: «*Yo no temo al hombre que ha lanzado diez mil patadas diferentes, yo temo al hombre que ha lanzado una patada diez mil veces*». Pero el verdadero secreto era otro —añadió ella dirigiéndole una mirada enigmática por encima de la copa—. Una vez que le preguntaron cómo lo hacía para sorprender a sus rivales, lanzando una patada o un golpe inesperado, vino a contestar algo así: «*Se lo contaré. Usted no sabe lo que yo estoy a punto de hacer… Pero yo tampoco*».

—¡Los primos del inconsciente al rescate! —dijo Teo, cada vez más achispado, mientras llenaba de nuevo las copas.

Antes de volver a beber, Paula se lo quedó mirando muy fijamente. Había algo de hielo antiguo en su mirada, pensó él cuando ella concluyó:

—Yo también soy así. No tengo la menor idea de lo que voy a hacer.

37. LA MEDIDA DEL EGO

Tras pasar por la ducha, Teo tuvo la sensación de haber cosechado una moderada victoria. Y si no había ganado —desde el punto de vista del romance, no había sucedido nada—, al menos no había metido la pata.

Eso equivalía a un empate y, como cantaba Marwan, «*El amor es el único juego en el que hay que empatar*».

Mientras se animaba a sí mismo con estos pensamientos, iba ya a meterse en la cama cuando su misterioso amigo llamó. Siempre lo hacía cuando acababa de vivir algo importante.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó la voz a bocajarro.

—Lo sabes igual de bien que yo… La cena no ha sido muy larga, porque nos han echado de la mesa cuando queríamos pedir una segunda botella de vino, pero hemos hablado sin parar y hemos reído bastante.

—Bien. Sigue contando.

—Yo pensaba que iríamos a tomar algo más en otro sitio, pero solo hemos caminado por la calle diez minutos. Entonces, de repente ella

ha parado un taxi —explicó Teo, algo preocupado—. Le ha entrado prisa por irse. Antes de que el coche arrancara, ha bajado la ventanilla y ha dicho: «Lo he pasado bien».

—Eso es una buena noticia —dijo la voz.

—Lo mismo pienso yo, pero… no sé. Dudo de que quiera quedar de nuevo conmigo. Ella es una mujer realmente especial, distinta. A su lado me siento pequeño. Yo no soy Bruce Lee, ni he creado una bodega que se llame «Los primos del inconsciente».

—Tampoco ella rueda películas de artes marciales. ¿No me dijiste que es cajera de supermercado?

—Sí, pero tiene un ego bien alimentado —replicó Teo—. Y yo siempre tengo la sensación de no ser suficiente.

—Una cosa no es consecuencia de la otra, no te confundas —recalcó la voz.

—¿Qué quieres decir?

—El ego no embellece a nadie. De hecho, las personas verdaderamente sabias lo tienen bajo control y no se ponen por encima de nadie.

—Imagino que un exceso de ego es peligroso, sí… —dijo Teo sin entender muy bien por qué hablaban de aquello.

—Desde luego, además de ser una fantasía. Quien tiene la ilusión de ser alguien pierde de vista lo que lo iguala a los demás. Entra en conflicto constantemente, porque debe demostrar a todo el mundo su propia importancia. —La voz hizo una pausa antes de seguir—: El ego es como una fortaleza. Si la construcción es pequeña, te será más fácil de defender. En cambio, una fortaleza extensa, con muchas puertas y puntos de acceso, es una pesadilla para quien debe

guardarla, porque los enemigos te pueden llegar de todas partes. Por eso, los egos pequeños son más manejables.

—Entiendo que el ego no lleva a la felicidad —intervino Teo, siguiéndole la corriente—, porque es una lata tener que reivindicarte todo el tiempo, pero sí ayuda a triunfar, ¿no crees? Al menos, la gente de éxito que veo en las redes parece tener un ego descomunal.

—Depende de lo que consideres éxito —dijo la voz—. De eso podemos hablar otro día. ¿Para qué dirías que sirve un ego bien mesurado?

Teo contuvo un bostezo mientras sentía que se le cerraban los ojos. El vinazo empezaba a pasarle factura. Con todo, no quería desairar a Dios.

—Supongo que, si existe, es porque tiene una función. Por ejemplo, decir «no» cuando es que no y ayudarte a creer en tus posibilidades.

—Sí, el ego sirve para encontrar paz en lo que eres, sin depender del reconocimiento de los demás. Pero es fácil pasarse de frenada. En el momento en que te sientes especial, como alguien que hay que dar de comer aparte, ahí el ego se convierte en tóxico. Para sostener esa clase de ego hay que tener logros profesionales, dinero, imagen. El ególatra necesita llevar la razón porque es profundamente inseguro. Está siempre preocupado por su imagen y por cómo le perciben los demás. Eso le lleva a compararse y a buscar todo el tiempo la aprobación externa.

—En otras palabras, sufre como un maldito —añadió Teo—. ¿Y hay alguna vacuna para que el ego no se te suba a la cabeza?

—Basta con observar cómo funciona tu mente —respondió la voz—. Presta atención a tus pensamientos, emociones y acciones, y pregúntate si los motiva el ego o el deseo de vivir en armonía y amor. Son dos fuentes totalmente distintas. Por lo tanto, siempre

que te asalte la duda, puedes preguntarte: «Esto que hago, ¿por qué, para qué o para quién lo hago?». Responder a eso te clarificará mucho el camino.

—Sería como ir quitando capas a la cebolla. Hasta llegar al corazón de uno mismo. —Pese al cansancio, aquella noche Teo se sentía inspirado—. Pero ¿qué queda al final?

—Queda la persona que eres tú, la que ahora habla conmigo.

Teo enmudeció unos instantes, quería saborear un poco aquellas palabras.

Recordando algo, de repente dijo:

—El otro día escuchaba el podcast de un psicólogo muy veterano que hablaba de autoestima, autoconcepto y autoimagen. No me quedó muy clara la diferencia entre uno y otro.

—Son etiquetas humanas —dijo la voz—, tal vez podrías preguntar a ese psicólogo que te las defina.

—Tú lo harás mejor —insistió Teo.

—Te diré lo que otros ya dicen, pero escucha si para ti es importante.

—Soy todo oídos.

—La autoestima es la apreciación que te das a ti mismo, la opinión que tienes sobre lo que vales como ser humano. El autoconcepto lo forman las creencias que tienes sobre quién eres, lo cual incluye tus capacidades y los roles que desempeñas en la vida. Por último, la autoimagen es cómo te ves a ti mismo en el espejo. Estos tres conceptos se entrelazan para formar tu percepción de ti mismo. Todo esto es psicología humana. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, pero si me examinara en esos tres conceptos, no creo que puntuara muy alto —reconoció Teo—. ¿Cómo puedo subir nota?

—Para tener más autoestima, reconoce tus logros y cualidades. Para tu autoconcepto, identifica tus valores y creencias y acepta todas las partes de ti mismo, incluso aquellas que consideras «imperfectas». Y para mejorar tu autoimagen, agradece que tienes un cuerpo para moverte por el mundo; enfócate en darle fuerza y salud en lugar de preocuparte por su apariencia.

—Tomo nota —concluyó, sintiendo que se le cerraban los párpados —. Ahora tengo que meterme en el sobre. Estoy molido.

—Molido y feliz —dijo la voz—. Esta noche no necesitarás visitar las playas del inconsciente. Llevas un poco de ese paraíso dentro de ti.

—Mañana toca trabajar, no puedo estar siempre en la playa…

—Da igual dónde estés o lo que hagas, siempre que seas tú mismo, Teo. No olvides que la autenticidad es el despertar del alma.

38. LA OTRA ORILLA

La mañana le pasó en un santiamén. Teo comió en media hora en la cantina para poder salir un poco antes de las seis. Desde allí se fue directo a la fundación a la que, según Lucrecia, pertenecía el número de teléfono desde el que llamaba «Dios».

Estaba en las afueras de la ciudad, así que tomó un taxi para no sacar el coche del *parking*. Aprovechó el trayecto para investigar en su *smartphone* el propósito de aquella ONG, que tenía como nombre La Otra Orilla.

Nuestra misión es acompañar a personas con una esperanza de vida corta o que se encuentran en cuidados paliativos, de modo que puedan marcharse en paz con ellas mismas y con sus asuntos terrenales resueltos.

Para ello los voluntarios visitan y acompañan a las personas necesitadas de estos cuidados; si ellas lo permiten, hasta el tránsito final.

La Otra Orilla también dispone de consulta individual, de sesiones en grupo y de un club de lectura para los familiares que acompañan a

los moribundos.

Teo cerró la página, un poco abatido. El propósito de aquella fundación le parecía encomiable, pero se sentía mal por irles a molestar con el asunto del teléfono de Dios.

Al parecer, el filósofo y teólogo que, después de acompañar a tanta gente, había pasado él mismo a la otra orilla, se llamaba Salvador, según le había dicho Lucrecia. Y la cuestión era quién tenía ahora ese teléfono desde el cual le llamaban.

Sin saber muy bien cómo plantear la cuestión, Teo empujó la puerta de cristal y se acercó a un pequeño mostrador. Detrás había un calvo de mediana edad con un tono de piel tan pálido que parecía candidato para pasar al otro lado.

—¿En qué puedo atenderte? —le preguntó el recepcionista con una voz extremadamente tenue, como si temiera despertar a los muertos —. ¿Eres un familiar de…?

—Soy amigo de Salvador —le interrumpió—. Quiero decir… lo era.

Teo se sintió mal por estar mintiendo de aquel modo, aunque había una pequeña parte de verdad en ello. Al menos, podía decir que hablaba a su teléfono.

—Todos aquí lamentamos mucho su pérdida —dijo el recepcionista con suavidad—, aunque lo cierto es que se fue en paz. Estaba leyendo en su despacho cuando ocurrió. De eso hace…

—Recuerdo la fecha, no te preocupes. —Era antes de que recibiera el teléfono de Dios e iniciara esas conversaciones, Teo lo había calculado—. Lo que me intriga es que su número de teléfono sigue activo.

—¿Cómo dices? —preguntó el otro, extrañado.

—Después del deceso de Salvador, he recibido llamadas desde ese número. Me pregunto quién lo está usando…

La bomba ya estaba lanzada, se dijo Teo, aunque no pensaba revelarle el contenido de esas llamadas.

—Eso es imposible… Tiene que haber un error —dijo el recepcionista —. El teléfono se guardó en su taquilla, junto con el resto de sus cosas, una vez la policía lo hubo revisado. Lo devolvieron el mismo día del deceso. Desde entonces ha estado ahí dentro, porque no hemos encontrado ningún familiar que reclame las pocas cosas que tenía aquí… —¿El teléfono era de Salvador?

—Sí, le pertenecía. ¿Quieres que te abra la taquilla? Como amigo personal, quizás puedes custodiar esos enseres personales, mientras no aparezca un pariente que quiera hacerse cargo.

—No es necesario.

Aquella frase le salió del alma. Teo sentía que había llegado ya demasiado lejos. No quería tocar algo sobre lo que no tenía derecho; habría sido una especie de profanación, pensó antes de añadir:

—Sí me gustaría ver el lugar desde donde posiblemente hizo su última llamada.

—Entiendo… Por favor, acompáñame.

Sin duda, los familiares de los moribundos debían de pedir cosas aún más raras, se dijo Teo mientras seguía al recepcionista por un pasillo algo lóbrego. Mientras abría con llave el despacho de Salvador que, al parecer, no tenía aún sustituto, no pudo resistirse a preguntar:

—¿Cómo era ese teléfono?

—De estos sencillos y baratos, que sirven solo para llamar o poner un SMS. ¿No se lo habías visto nunca a tu amigo? «Pillado», pensó Teo mientras entraba en una pequeña biblioteca con un par de sillones en medio. El espacio olía a cerrado, pero no era desagradable.

—Puedo abrir la taquilla, si quieres ver el móvil… Debe de estar apagado después de varias semanas.

Teo miró el armario gris metálico cerrado con llave y, levantando la palma de la mano, declaró:

—No hace falta. Solo me gustaría saber dónde estaba Salvador durante la que quizás fue su última conversación.

—En ese sillón de la izquierda —repuso el otro señalando un asiento forrado de terciopelo verde; delante había otro sillón igual que, sin duda, ocupaban quienes pedían una consulta privada con el teólogo —. Y este es el libro que estaba leyendo antes de tener que marcharse.

El eficaz empleado sacó un libro de una estantería con el significativo título de *Por qué morimos* de Venki Ramakrishnan, premio Nobel de Química. Luego le preguntó:

—¿Necesitas que te muestre algo más?

—He visto suficiente, gracias.

De repente, Teo sentía urgencia por salir de allí, como si le faltara el aire.

Antes de despedirle, el recepcionista le dijo:

—Si estás interesado en unirte como voluntario, los sábados por la mañana damos formación a los nuevos. Fuera de tres personas que

trabajamos en la administración, aquí todo el mundo viene de forma altruista.

—No sé si soy la persona más adecuada para acompañar a nadie… —admitió Teo—, pero gracias por la información.

¿Hace mucho que trabajas aquí?

Había hecho aquella pregunta por pura cortesía, pero la respuesta le iba a hacer pensar más de lo que creía.

—Demasiado poco, hace un año y medio. Ojalá hubiera empezado antes. En mi empleo como director de oficina bancaria ganaba el triple que ahora, pero ¿sabes?, no era feliz en absoluto. Ahora cuento las horas que faltan para venir. De repente, siento que mi vida tiene un sentido. Aunque te parezca raro por la misión que tenemos, me siento más vivo que nunca.

39. LA RELATIVIDAD DEL TIEMPO

De camino a casa, mientras caía la noche, Teo estuvo pensando en aquel calvo de cara lívida que aseguraba ser tan feliz. Por la amabilidad y diligencia con la que lo había tratado, no tenía dudas de que lo era.

Esto le devolvía a la cuestión que había hablado ya con Dios: ¿dónde encontrar un trabajo en el que sintiera que tenía un propósito?

El taxi le dejó a la puerta de su edificio sin haber llegado a una respuesta.

Últimamente había renunciado al ascensor para hacer un poco de ejercicio, así que subió las escaleras cargado con no pocas preguntas sobre su vida. Estaba ya metiendo la llave en la cerradura cuando el móvil vibró en su abrigo.

PAULA

¿Hacemos algo el sábado?

Teo sintió que su corazón golpeaba como un timbal. Le asombró tanto que ella le hubiera vuelto a escribir —estaba seguro de que no lo haría— que necesitó sentarse en el sofá para recuperar un poco el aliento antes de responder.

TEO

Estaría bien.

¿Tienes algo en mente?

PAULA

Esta vez te dejo escoger a ti.

TEO

De acuerdo, solo oriéntame sobre la hora.

¿Mañana? ¿Mediodía? ¿Tarde?

PAULA

O noche, jajaja.

Digamos por la tarde.

Así, si se tercia, luego lo podemos alargar.

Sorpréndeme, va…

TEO

De acuerdo.

Algo pensaré y luego te digo.

¿Todo bien?

PAULA

Regulero.

TEO

¿Qué ha sucedido?

PAULA

Hoy me he dado cuenta

de que mi trabajo me aburre

mortalmente.

Hasta ahora lo llevaba ok.

Tengo la capacidad innata

de concentrarme en cualquier cosa,

como los productos corriendo por la cinta,

pero hoy de repente no ha sido así.

TEO

¿Estabas desconcentrada?

PAULA

No, eso no.

Pero de repente el tiempo

transcurría con una lentitud exasperante.

Me he pasado la tarde mirando el reloj,

pero no avanzaba.

Casi he sufrido un ataque de angustia.

TEO

La relatividad del tiempo.

PAULA

¿Cómo dices?

Teo levantó el puño en silencio, como si celebrara un gol que solo él podía ver. Por fin había dado con una historia que podría contar a aquella lectora fascinante que le daba vida.

TEO

Dicen que en una ocasión

preguntaron a Einstein si podía explicar

la relatividad de manera fácil.

Y él explicó algo así:

«Si estás sentado en un banco

al lado de una persona que te gusta mucho,

una hora te parecerá un minuto.

En cambio, si tienes tu culo

sobre una plancha de hierro candente,

un minuto te parecerá una hora.

Esto es la relatividad».

PAULA

Más claro que el agua.

Pues hoy he tenido el culo

al rojo vivo durante toda

mi jornada.

TEO

Quizás mañana no sea así.

PAULA

¿Y si lo es?

¿Y si a partir de ahora

cada día es un suplicio

y no paro de mirar la hora?

TEO

Entonces significará que tu etapa

de cajera ha terminado.

Tienes que subir al próximo peldaño.

PAULA

¿De qué peldaño hablas?

TEO

Te lo contaré el sábado.

Es una teoría divina.

Él rio para sus adentros de una broma que nadie más podría entender.

PAULA

De acuerdo.

El sábado me lo cuentas.

¿A las cinco y media va bien?

Ya me dirás dónde.

Teo se fijó en una cajita cuadrada y plana que llevaba un par de semanas sobre la estantería. Aunque le parecía una idea un poco atrevida, se dijo que aquello podía ser una iniciativa sorprendente para el sábado.

Estaba a punto de teclearle la propuesta cuando su misterioso amigo llamó.

40. SALIR DE LA ADICCIÓN

—¿Qué es el dinero? —preguntó la voz, que nuevamente parecía saber el *leitmotiv* del día.

—Es un medio con el que compramos cosas a cambio de nuestro tiempo.

—De acuerdo, pero me refiero al dinero en sí, como objeto. ¿Qué es?

Quizás por la simplicidad de la pregunta, Teo no supo qué contestar.

—Yo te lo diré —continuó la voz—. Son papeles pintados de colores, nada más.

—Esa respuesta no me la esperaba… Sin duda, es eso. Pero necesitamos de esos cromos, aunque sea de forma virtual, para pagar facturas.

—¿Y eso es bueno o malo?

Dios estaba especialmente incisivo aquella noche, pensó Teo, como si lo estuviera poniendo a prueba. Para no decepcionar, decidió que se dejaría ir.

—El dinero no es bueno ni malo en sí, como diría un gurú de la autoayuda, todo depende de para qué se usa. Cómo se consigue ese dinero, eso es otro cantar.

—Me gusta esta matización —repuso la voz—. ¡Sigue por ahí!

—Aunque el dinero se use para algo positivo, si el precio a pagar por él son horas interminables sin sentido —dijo pensando en la conversación con Paula—, entonces te sentirás vacío y agotado de todos modos. Y no podrás disfrutar de aquello positivo que compra el dinero.

—Así es, aunque no todo el mundo lo ve de la misma forma. Para algunas personas, el dinero es el foco principal de su vida, sin importarles cómo lo obtienen. Están obsesionadas con él y lo utilizan como medida de su éxito. Lo ponen por encima de todo, hasta el punto de perder la conexión con los demás y con sus propios valores.

—Para esa clase de personas el dinero es una esclavitud —convino Teo—, pero ¿adónde quieres ir a parar con eso?

—Quiero que comprendas lo que constituye la columna vertebral de las relaciones humanas, si dejamos fuera el amor o los vínculos de familia. Y a veces ni siquiera eso está libre de apego al dinero.

—¿Apego?

—O podríamos llamarlo adicción —precisó la voz—. Sí, eso sería más certero.

—¿Consideras que, en esta sociedad, somos adictos al dinero? ¿Como si fuera una droga?

—¡Por supuesto! Es una droga más, y te lo voy a demostrar. ¿Qué sucede cuando un cocainómano, o el adicto a otra sustancia, prueba sus efectos por primera vez?

Teo reflexionó un rato antes de decir:

—Al principio, un poco de droga tiene un fuerte efecto. Es lo que sucede cuando te dan a probar el vino de niño. Con medio vaso se te sube a la cabeza. Puede ser incluso una buena experiencia. A medida que tomas más, sin embargo, has de ir subiendo la dosis para experimentar algo parecido. Hasta que al final el alcohólico tiene que beber muchas copas para sentirse normal.

—Lo has descrito a la perfección —celebró la voz—. Lo mismo sucede con el dinero. Cuando recibes tu primer sueldo, eso te da una energía y vitalidad cercana a la magia. Pero, a medida que se acostumbran a tenerlo, muchas personas desarrollan una dependencia. Se meten cada vez en más créditos, con lo que, nada más cobrar, el dinero se esfuma. Y si consiguen un aumento de sueldo, sus gastos crecen de manera proporcional.

—Eso se llama «la carrera de la rata» —intervino Teo—. Hay un autor hawaiano que habla de eso. Trabajas como un buey todo el mes para pagar tus facturas y deudas hasta quedarte sin nada, y luego vuelta a empezar. Así vive la inmensa mayoría de la gente, pero ¿cuál es la salida?

—La salida está en la clave que has mencionado antes: cuando has hablado de *cómo* y *con qué* ganas el dinero. No lo has dicho exactamente así, pero ese es el sentido. Porque el buen o mal uso que se hace del dinero guarda relación directa con cómo se gana.

—Explícate un poco mejor.

—Lo entenderás enseguida, Teo. Si haces un trabajo que odias, porque está por debajo de tus capacidades o porque hay algo en esa actividad que choca con tus valores, al terminar cada jornada vas a necesitar una compensación. Es una manera desesperada de premiarte por haber aguantado el mal trago. Hay quien se tomará una buena copa después del trabajo, o quien se abonará a los juegos de azar para liberarse de la angustia. Otras personas se

anestesiarán comprando cosas que no necesitan o consumiendo horas y horas de televisión.

—Lo pintas muy deprimente… —reflexionó Teo—. Aun que de hecho es así.

—Para salir de cualquier adicción hay que ir a lo que la ha causado —siguió la voz—. Si cambias ese trabajo que te da infelicidad por otro que te aporte sentido, aunque recibas menos dinero, este te cundirá mucho más, porque no necesitarás compensar nada. Lo ideal, por lo tanto, sería trabajar en algo que harías igualmente si no te pagaran y no necesitaras el sueldo.

—Me cuesta imaginar qué trabajo es así, bueno, no tanto —dijo al recordar al hombre calvo y feliz de la fundación—. ¿Cómo puedo encontrarlo?

—Volviendo a tu verdadera naturaleza, que es la de un ser espiritual que vive una experiencia humana. Mira en tu interior, Teo. Descubre lo mejor que hay en ti y busca la manera de llevarlo al mundo.

41. EL SPA URBANO

El resto de la semana pasó para Teo con más lentitud de la habitual. Tal vez fuera por solidaridad con Paula, que le confirmaba día a día que seguía agobiada, o por sus propias ganas de volver a verla el sábado.

Ella había tardado doce horas en contestar a su propuesta, quizás porque era demasiado atrevida. O, como mínimo, inusual para una segunda cita.

A principios de diciembre, le había llegado como regalo de empresa una caja con un bono para dos personas en un gran *spa* que había abierto en la ciudad. Por lo que había oído contar a un compañero, aquel circuito de termas estaba casi en penumbra, con unas pocas velas colocadas estratégicamente entre las piedras. Varias fuentes de té a la menta y una música de flautas indias hacían el resto.

PAULA

OK, iré...

Creo que necesitaré un biquini nuevo.

Esta había sido su respuesta, que no dejaba entrever si le entusiasmaba el plan. Por lo escueta que era, quizás no le apetecía mostrar la mayor parte de su cuerpo en una segunda cita.

Lo cierto era que a Teo tampoco, pues últimamente su vientre estaba más flácido de lo deseable, pero era ya tarde para echarse atrás.

Mientras buscaba en los cajones un bañador que no fuera antediluviano, trató de recordar la última vez que había estado en un *spa*. Haría al menos seis años, y había ido con su novia de entonces en un fin de semana del que apenas recordaba nada.

Estando solo no se le había ocurrido volver a un lugar así, ni siquiera después de recibir el regalo de empresa.

Su sueño en el que se bañaba en el mar con Paula, con aquel frustrante despertar, ahora tendría su versión terrenal con agua caliente. Quedaba por ver cómo resultaba todo aquello.

Quizás hubiera sido mejor proponer algo más convencional, se dijo Teo mientras la esperaba en la puerta de las termas; por ejemplo, un almuerzo en un restaurante rural o una tarde de cine.

Cuando la vio llegar, sonriente, con una bolsa de tela en bandolera, dejó de arrepentirse.

42. TIRARSE A LA PISCINA

Después de canjear su bono por dos entradas al circuito termal, les entregaron sendos albornoces y toallas. Dos chicas orientales con elegantes kimonos negros les condujeron al vestuario masculino y femenino respectivamente.

Teo estaba nervioso, así que, tras ponerse el bañador, que era un *slip* negro bastante ceñido, estuvo unos minutos bajo la ducha fría. Luego se enfundó el albornoz y las zapatillas para bajar los escalones hacia la zona de baños.

Tal como le habían contado, las velitas colocadas en los huecos de las paredes daban al espacio una atmósfera de intimidad y recogimiento. La música suave y un ligero aroma a incienso hacían el resto.

Llegó hasta una zona de descanso. En la penumbra se adivinaba a parejas que charlaban entre susurros con un té en la mano. Tardó unos segundos en darse cuenta de que Paula ya había llegado y le observaba con los brazos cruzados.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó ella, alegre.

—Al parecer el circuito se inicia por la piscina salada —informó él, que se había estudiado la descripción de las termas—. Luego viene una especie de *jacuzzi* gigante y otras zonas de aguas calientes y frías.

—Vayamos al mar, pues.

Mientras se dirigían hacia allí, Teo volvió a pensar en el sueño que había anticipado aquel baño. Era como si ella también lo conociera. Y, como en su episodio nocturno, había tenido que descender —aunque ahora fuera por la escalera— para llegar a su playa particular.

Tras colgar su albornoz en la pared, él corrió a sumergirse en el agua para que Paula no reparara en su barriga.

Ella, en cambio, se tomó su tiempo para desanudar su albornoz y colgarlo con cuidado para luego introducirse lentamente en la terma salada. Ataviada con un breve biquini blanco, al parecer ella estaba satisfecha con su cuerpo. Y tenía motivos para que así fuera, pensó Teo, que desvió la mirada al verla acercarse.

Agarrados a una barra lateral, los dos estiraron las piernas para que la cálida agua salina relajara los músculos de sus piernas. Él exhaló un suspiro y, con los ojos entrecerrados, murmuró:

—Creo que voy a tomarme unas vacaciones. Acabo de decidirlo.

—¿Puedes hacer eso?

—En principio, sí. Me queda una semana que no hice en verano. Otros años me pagaron un pequeño extra por los días trabajados de más, pero esta vez prefiero cobrar en tiempo. Esa es una divisa que nunca baja su cotización. Al contrario, a medida que cumples años, cada hora es más valiosa.

Teo se sorprendía de oírse a sí mismo hablando de ese modo. Nunca había sido de filosofar, pero las charlas con Dios estaban siendo un entreno para hablar de cualquier cosa. Y eso podía ser bueno o malo.

—Trabajaré los pocos días que quedan hasta Navidad —siguió él—, y luego me tomaré vacaciones hasta después de Año Nuevo. Hoy mismo notificaré mi decisión por correo electrónico.

—Ojalá pudiera hacer lo mismo… —dijo Paula balanceando lentamente sus largas piernas en el agua—. Yo gasté ya todas mis vacaciones, aunque no fui a ningún sitio. Me pasé el mes encerrada en casa con el aire acondicionado, leyendo y viendo la tele. Me tragué todas las temporadas de un montón de series que tenía pendientes desde hacía tiempo.

—¿Y cómo te sentiste después?

Ella le miró con curiosidad. Al parecer, no se esperaba esta pregunta.

—Fatal, si te soy sincera. —Y, mientras se miraba los dedos de los pies, añadió:— ¿Sabes por qué? Pues porque llegué a la siguiente conclusión: las historias que estaba viendo en la tele son muy emocionantes, pero de mi vida nunca podría hacerse nada. Una mujer sentada en el sofá no es argumento para ninguna película o novela. Eso me deprimió.

—Puedo entenderlo —dijo él, admirado—, aunque el hecho de darte cuenta ya es un inicio para empezar a moverte.

—Interiormente sí, pero sigo teniendo la impresión de ser una espectadora de la vida, como le decían a Woody Allen en *Sueños de un seductor*. Y lo que yo quiero es actuar.

Teo cerró los ojos. Sentía como si ya hubiera empezado las vacaciones, aunque aún tendría que fichar unos cuantos días en la oficina. Con la sensación de hablar desde otro yo, acto seguido dijo:

—Si lo que quieres es actuar, hazlo. ¿Quién te lo impide?

—Nadie… Bueno, sí, mis miedos, la incertidumbre de lo que pasará si me tiro a la piscina.

—Ya estás en la piscina —bromeó él.

—Cállate, bobo —le dijo Paula salpicándole la cara de agua salada con un manotazo—. Quiero decir que no sé qué me encontraré si dejo la vida que hago para explorar otras posibilidades.

—Eso es algo que solo sabrás si lo pruebas. Y además es reversible. Siempre podrás volver a… Teo se interrumpió aquí.

—… a mi vida de mierda. ¿Es eso lo que quieres decir?

—No he dicho eso.

—De tu vida tampoco podría hacerse una película —dijo con cierta agresividad.

—Quizás no, pero una novela sí. Creo que se llamaría *El teléfono de Dios*.

Paula le miró sin entender. Luego volvió a la carga:

—No soy libre como Bruce Lee, pero estoy llena de sueños y soy imprevisible. Puedo tener hasta cinco estados de ánimo distintos en un mismo día.

Teo se preguntó si eso último podía considerarse bueno.

—¿Y tú? —siguió ella—. No me vayas de gurú y háblame de ti. ¿Por qué no has querido hacer vacaciones hasta ahora?

—Supongo que porque me daba miedo que los días se me hicieran largos. Hasta ahora no iba a ningún sitio, quizás por eso no echaba de menos tener tiempo. Ahora es distinto.

—Sí, ahora sales conmigo.

Teo se quedó sin aliento ante esa declaración, que no sabía si se refería al hecho literal de salir o a algo más profundo que iba a suceder entre ellos.

Aquella misma tarde iba a saberlo.

43. EN CASA DE KAFKA

Tras completar todo el circuito, pasaron por las duchas para encontrarse, veinte minutos más tarde, ya en la calle. Paula se veía fresca y relajada bajo un vestido morado con el chaquetón de invierno encima.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Teo.

—Conozco una coctelería cerca que está muy bien. De hecho, estos son mis barrios.

—Vayamos pues.

El local en cuestión se llamaba Chez Kafka, un nombre algo absurdo porque el escritor de Praga hablaba y escribía en alemán. Tomar cócteles tampoco debía de ser uno de sus hábitos.

Tras pasar al interior del bar, que era largo y estrecho como un submarino, Teo y Paula ocuparon una de las mesas arrimadas a la pared. Estaba iluminada por una lamparita de pantalla roja.

Un camarero joven y esquelético tomó nota de sus combinados: El Castillo para ella y La Metamorfosis para él. Detrás de la barra brillaba con leds una frase del escritor:

«*Todo aquello que estás buscando,*

también te está buscando a ti».

Además de misteriosa, la cita le pareció propicia para un encuentro que estaba saliendo más que bien. A lo largo del circuito termal habían hablado de lo divino y de lo humano. Paula parecía cómoda con él y, sin duda, a ojos de los demás bañistas debían de parecer una pareja, pensaba Teo.

—Me obsesioné con Kafka cuando era una estudiante de bachillerato —explicó ella después de sorber parte de las aguas oscuras de su cóctel—. Lo leí todo de él, incluso las cartas a sus novias. Si existe el más allá, Franz debe de estar furioso con su amigo Max Brod.

—¿Por qué lo dices?

—Al morir de tuberculosis, con solo cuarenta años, dejó una nota a su mejor amigo ordenando que destruyese todos sus manuscritos. No quería que nadie los leyese. Pero Max Brod desobedeció y se acabó publicando hasta la última línea. ¿Crees que actuó correctamente?

—Según cómo se mire —respondió Teo tras un primer sorbo a su roja Metamorfosis, que sabía a whisky y a naranja sanguina—. Quizás le falló a su amigo, pero lo hizo por un bien mayor: que el resto del mundo pudiera leer las obras de Kafka por siempre.

—¿Tú qué harías? —preguntó ella acercando peligrosamente sus ojos azules—. Si yo muriera y tuvieras acceso a mis manuscritos que no he querido publicar… ¿cuál sería tu decisión?

Teo caviló un poco la respuesta, que no era fácil. Finalmente dijo:

—Dependería de la calidad de tus escritos. Si fueran malos o mediocres, respetaría tu deseo. Supongo que Max Brod tomó esa decisión porque sintió que la humanidad necesitaba conocer los libros de su amigo.

—Buena respuesta —dijo ella brindando con su cóctel, que apuró antes de pedir otro al camarero—. Para tu información no he escrito nada que merezca un dilema como ese. Ni siquiera acabé el instituto, de hecho.

—¿Y eso por qué?

—Sufrí una depresión que me tuvo fuera de juego varios años, y luego era ya demasiado tarde para reengancharme. Ahora soy una pobre trabajadora ilustrada que no sabe qué hacer con su vida.

El rostro de ella estaba a medio palmo de él, que se había quedado congelado.

—Nunca es demasiado tarde —musitó Teo—. Siempre puedes hacer las pruebas de ingreso a la universidad para entrar en una carrera de letras. Tienes la opción de estudiar a distancia, incluso, si no te apetece mezclarte con jovenzuelos.

—Gracias, pero no… Me veo incapaz de ponerme a empollar matemáticas, física y todo eso para conseguir el acceso a la uni. ¿Sabes lo que quiero hacer?

Teo negó con la cabeza. Un segundo después recibía un rápido beso en los labios.

—Quiero que vengas a mi casa —susurró Paula—, está cerca de aquí. Hace tiempo que no hago el amor. ¿Te apetece un buen meneo?

Estampó la pregunta con un segundo beso, más largo que el primero.

En estado de *shock*, Teo se sentía embriagado, y no por el cóctel. Era la primera vez que le sucedía algo así, y bien podía ser la última.

—Disculpa que sea tan directa, no me gusta seguir los antiguos roles de género —añadió ella—. ¿Qué hacemos? ¿Subes conmigo?

Justo entonces, el teléfono móvil de Teo vibró sobre la mesa y se iluminó mostrando un mensaje.

LUCRE

Mi madre ha muerto.

Estoy hecha polvo.

Necesito que vengas,

voy camino del tanatorio.

La mirada de Paula seguía fija en la suya, esperando su respuesta.

Nadie sabe el tiempo que necesitó Max Brod para tomar su decisión, pero Teo tardó solo unos segundos en responder:

—Vendré en un par de horas, debo ir al tanatorio. Acaba de morir la madre de una amiga.

La expresión de Paula pasó de la estupefacción a la furia contenida.

—Ve mañana al tanatorio. Ahora no te puedes ir, ¡es nuestra cita!

—Te llamo luego —dijo él poniéndose de pie.

Ella se levantó también con expresión indignada.

—Si te vas ahora, no me vuelvas a llamar nunca más, ¿te queda claro?

Teo asintió, azorado. Luego dejó un billete grande en la barra y se apresuró en dirección a la puerta. Antes de cruzarla vio que, justo encima, había otra frase de Kafka iluminada:

«A partir de cierto punto no hay retorno.

Ese es el punto que hay que alcanzar».

44. ESTRELLAS SOBRE LA CIUDAD

Al llegar al tanatorio, Lucrecia le esperaba en las escaleras. Vestía de negro, como era su costumbre, pero con unos pantalones y una camisa lo bastante formales para no desentonar. Se había quitado los *piercings*.

Cuando la abrazó, Teo sintió cómo su mejilla se mojaba con las lágrimas de ella, que le dijo con voz entrecortada:

—Ha sido muy bonito... Me he podido despedir. Pero, aun así…

Lucrecia se despegó de él para dar un paso atrás y cubrirse la cara con las manos. Él le pasó la mano por el pelo, más largo que de costumbre, y le susurró al oído:

—Estoy a tu lado. Pasaremos todo esto juntos.

—Gracias.

Pese a la montaña rusa de aquella tarde, por primera vez en su vida Teo sintió que estaba en el lugar correcto. Quizás había perdido la oportunidad sentimental de su vida, pero no deseaba otra cosa que estar allí.

Al velatorio fueron llegando hasta una docena de personas. La mayoría eran mujeres mayores que habían tenido relación con la difunta, que desde que había enviudado a los cincuenta no tenía otra familia que su hija.

Todas se dirigían a Lucrecia para revelarle en voz baja algún favor o ayuda que les había prestado su madre. Ella las escuchaba, con los ojos brillantes, mientras Teo se mantenía a cierta distancia.

Cuando se cerraron las puertas del velatorio, solo quedaban ellos dos. Tras confirmar a un empleado de la funeraria que acudiría a la mañana siguiente para los preparativos del entierro, Lucrecia bajó las escaleras cabizbaja.

Teo caminaba a su lado, sin decir nada, mientras la observaba de reojo. Le pareció que volvía a tener cara de chico enfadado, como cuando se habían conocido en la facultad. Sin embargo, algo de su dureza se había esfumado, como si el hecho de haber perdido a su madre la hubiera vuelto una chica vulnerable.

El tramo de la calle frente al tanatorio estaba bastante oscuro, así que los dos levantaron la cabeza hacia el firmamento. El brillo de las estrellas era notable pese a estar en la ciudad, como si aquellos focos lejanos quisieran iluminar la escena.

Lucrecia tomó la mano de su amigo y le dijo:

—Ahora somos huérfanos tú y yo. No tenemos a nadie. Todas las personas que queríamos se han marchado.

«No lo sabes tú bien», pensó Teo mientras trataba de pensar alguna palabra de consuelo. Finalmente, levantó la mirada y dijo:

—Tenemos las estrellas. Ellas no se marchan.

45. CADA VEZ PODRÍA SER LA ÚLTIMA

Los troncos de la chimenea crepitaban mientras los tres hombres miraban serenos la danza de las llamas. Habían terminado sus infusiones de té de roca y pronto empezaría la tercera parte del relato iniciado dos semanas antes.

Después de todo lo vivido el día anterior, Teo se sentía feliz de estar allí. A un par de días para empezar Navidad, necesitaba paz para procesar los últimos acontecimientos, y aquellos dos hombres se la daban.

El casete estaba girando, como copia de seguridad de la grabadora del móvil, cuando Marcus retomó la historia de su amigo:

—Si no acabaste de irte era porque aún tenías una misión que cumplir en este mundo. Incluso si no creyeras en fuerzas divinas, tu inconsciente lo sabía y dio marcha atrás al proceso de morir.

—Es una manera de explicarlo… —dijo el hombre de la barba, encogiéndose de hombros.

—¿Y qué dirías que ha cambiado de ese Xavier que regresó de la muerte respecto al anterior?

—Es otro. Antes de ese viaje de ida y vuelta, me enfadaba a menudo y me preocupaban muchas cosas a las que ahora no doy importancia alguna. Hoy siento que todo está bien como está.

—¿Cuál dirías que es tu estado de ánimo dominante? —le preguntó Marcus.

—Gratitud hacia todo y hacia todos. ¡Incluso hacia mí mismo! Agradezco todo lo vivido al Xavier niño, al Xavier joven, al Xavier maduro y al Xavier de ahora. —Inspiró profundamente antes de continuar—. Al mismo tiempo, un encuentro así con la muerte te hace darte cuenta de que cada instante compartido puede ser el último. Por eso, allí donde estoy, me despido de todo el mundo y doy las gracias todo el tiempo, porque puede que no nos volvamos a ver nunca más.

—Ese es un pensamiento tan bello como certero —intervino Teo—. Cada vez podría ser la última.

—Así es, amigo. Cuando te enfrentas a lo trascendente, tomas conciencia de que estamos más conectados al cosmos de lo que creemos.

—¿Puedes explicar un poco más esta idea? —le pidió, mientras volvía a pensar en el cielo estrellado que había compartido con Lucrecia.

—Cada ser humano es una terminal sensible capaz de captar toda la información del cosmos. Lo que sucede es que esa información nos va llegando poco a poco, según lo que estamos preparados para comprender en cada tramo de nuestro camino. Ahora bien, para que la transmisión pueda producirse, es indispensable sintonizar con el presente.

—Eso no es fácil —añadió Marcus—, porque la cabeza acostumbra a proyectarse al pasado y al futuro, ¿verdad, maestro?

—Sí, en el futuro están nuestra ansiedad y nuestros miedos. Lo que creemos que podría pasar, aunque no tenemos la más remota idea de lo que sucederá. —Xavier removió las brasas con una ramita larga y prosiguió—: Por lo que respecta al pasado, venimos del dolor, vivimos desde las heridas de nuestra historia y eso es lo que encarcela las emociones.

—Y el pasado… —tomó la iniciativa Marcus— tengas una o treinta malas experiencias, no lo puedes borrar.

—En efecto, solo lo puedes comprender. La vida es como un libro que vamos escribiendo. Debes recordar las páginas anteriores para poder dar forma al próximo capítulo. Esa es la buena noticia… mientras sigamos con los pies en este mundo, siempre hay un capítulo más.

—Y con un buen punto de giro —intervino el anfitrión— puedes cambiar la historia.

—Sí, siempre puedes hacerlo —dijo Xavier a modo de conclusión.

Terminada la sesión, repitieron el ritual de la barbacoa mientras comentaban sus planes para terminar el año. Las verduras y las costillas ya se cocinaban en una parrilla sobre las brasas cuando Marcus esbozó una amplia sonrisa y preguntó a Teo:

—¿Qué vas a hacer por Navidad?

—El 24 por la noche ceno con una amiga que acaba de perder a su madre —No se atrevió a decirle que se trataba de Lucrecia por miedo a ser indiscreto, ya que no sabía qué tipo de relación tenía con Marcus—. Ni ella ni yo tenemos familia, pareja, ni nada, así que nos comeremos los turrones solos.

—Tienes amigos, Teo —repuso Marcus, mirando al hombre de la barba—. ¿Verdad que sí, Xavier? Y tu amiga también está invitada. El 25 haremos aquí un almuerzo de Navidad muy bestia.

—Me encantará venir —respondió mientras pensaba qué clase de comida sería para merecer un apelativo así.

Marcus y Xavier le acompañaron hasta el coche y le despidieron con grandes abrazos.

Cuando el Toyota Yaris ya serpenteaba entre carreteras flanqueadas de bosques, Teo se dijo, confortado, que el Universo no era un lugar tan solitario como siempre había pensado.

46. MÁS ALLÁ

La llamada que esperaba llegó justo cuando Teo recuperó la cobertura.

—Avanzas muy rápido —dijo la voz.

—No es cierto, voy solo a sesenta por hora, tal como marca el límite de velocidad.

—Sabes que no me refiero a eso. Tu vida está progresando, ¿no crees?

—Puede ser, aunque no siempre como querría —dijo pensando en la muerte de la madre de Lucrecia y en la bronca con Paula.

—Las cosas pasan como tienen que pasar para que el plan pueda realizarse.

—Eso si no te mueres antes.

—También la muerte es parte del plan —aseguró la voz—. Si has vivido como realmente querías, cumpliendo tu propósito, podrás marcharte en paz. Dejas aquí tu legado, que es otra forma de inmortalidad.

Teo hubiera querido discutir sobre esto último, pero habría sido irse demasiado del tema que le quería comentar.

—Estando ayer con mi amiga en el tanatorio, he pensado en mis padres. Hace tiempo que murieron, pero me sucede algo raro con ellos… —Se detuvo unos instantes para encontrar las palabras justas —. Es como si nunca se hubieran ido.

—Es que es así —dijo la voz—. Siguen aquí. Contigo. Incluso si no crees en una vida después de esta, cuando las personas que amas se van, siguen viviendo en ti. Habéis compartido tanto que puedes pensar y sentir como lo harían ellas. Por eso, si tienes una pregunta para hacerles, sabes muy bien lo que contestarán. Y, de hecho, lo hacen.

Teo se sentía aún demasiado abrumado para entrar en cuestiones difíciles, así que decidió ir al grano. Para ello rescató el título del ensayista indio premio Nobel.

—¿Por qué morimos?

—Hay varias respuestas para esa pregunta —dijo la voz—, y empezaré por la más obvia. Morimos para dejar sitio a otros. Para que otros puedan nacer y vivir. Imagina el mundo como un restaurante famoso con un número determinado de mesas. Si los comensales no se levantan al terminar de tomar los postres y el café, los que hacen cola en la calle no podrían comer.

—Tienes una manera muy gráfica y directa de explicarlo —comentó Teo ante esa alegoría—. Pero me interesa hablar de los que ya no están. Además de conversar con ellos, porque tenemos interiorizada su forma de pensar y sentir, ¿su alma sobrevive de algún modo?

—Así es, pero de una forma que aún no puedes comprender… Puedes captarla, por ejemplo, a través de las cosas que les pertenecieron. Cuando te acercas a los objetos de alguien que ya no está, puedes sentir su presencia allí.

—Es muy bello eso que dices, y de hecho lo he vivido. Cuando he abierto un armario donde había ropa de mi padre o de mi madre, he sentido que de algún modo seguía ahí. ¿Será que sus cosas nos comunican con ellos en el más allá?

—Algo así —repuso la voz de forma misteriosa.

Teo volvió a transportarse con la mente a la noche anterior en el tanatorio. Le había impresionado ver a su amiga en las escaleras, tan sola y desamparada, ante algo que ni ella ni nadie puede comprender.

—Cada muerte es un recordatorio de nuestra fragilidad —dijo Teo de repente.

—Sin duda, y todo lo frágil está lleno de belleza. Te permite acercarte a sentimientos que, de otra manera, no conocerías. También te ayuda a dar las gracias por lo que tienes y a aprovechar las oportunidades. La muerte enseña a vivir más que la propia vida. Sobre todo, porque te recuerda el valor del tiempo.

—De eso me gustaría hablar también. ¿Cómo puedo vivir mejor cada hora de mi vida?

—Estando totalmente presente, tal como haces ahora. Si llevas esa atención a todo lo que hagas, el tiempo se expandirá. Una hora bien vivida contiene una existencia entera. Por eso cada día de vacaciones en la infancia te parecía eterno: estabas tan abstraído con tus juegos y sueños que vivías instalado en la eternidad.

—Lo sentía de este modo, sí —comentó Teo con nostalgia—. Me pregunto si, ahora que tengo casi cuarenta, podría volver a vivir esa eternidad. ¿Tú que crees?

—Pruébalo y lo sabrás.

47. YA VIENE SANTA CLAUS

El 24 por la tarde, Teo cubrió la mesa con un mantel rojo. Luego sacó sus mejores copas y la cubertería de plata de su abuela. Se preguntó si también ella seguiría viviendo, de algún modo, a través de aquel tesoro personal. En este caso, utilizar los viejos cubiertos era su forma de invitarla a la mesa por Nochebuena.

Mientras pensaba en todo eso, puso los platos de porcelana y echó un ojo al pollo relleno que tenía en el horno. Con eso y una sopa que había preparado por la mañana, la cena para dos estaría más que completa.

Lucrecia traería cava y postres, según había acordado.

Quizás no fuera la celebración navideña más alegre del mundo, se dijo mientras encendía las luces de colores de un pequeño abeto de plástico que sacaba cada año, pero sería la suya.

Cuando faltaban apenas unos minutos para que llegara su invitada, puso en Spotify el álbum de Bob Dylan *Christmas in the Heart*, que se abría con el clásico *Here Comes Santa Claus*.

Grabado en el 2009, la voz grave y cascada del artista no era nada adecuada para los villancicos, pero precisamente por eso le gustaba

escuchar aquellas versiones. Le recordaba a un tío borracho que intentara cantar en la mesa familiar.

Cuando sonó el portero automático, Teo sintió que se le encogía el estómago. Hacía muy poco que su amiga se había quedado huérfana, así que podía esperar una noche de confidencias lúgubres y recuerdos dolorosos.

Al abrir la puerta, sin embargo, se dio cuenta de que su suposición estaba muy lejos de la realidad.

Lucrecia se había vestido de fiesta, Teo no recordaba haberla visto jamás tan deslumbrante. Bajo un suéter negro ajustado, llevaba una falda corta de cuero y medias rojas. Del pelo encrespado surgían unos cuernos de reno con lucecitas parpadeantes.

—¿Qué haces ahí pasmado? —le dijo dándole dos besos—.

¿O es que nunca habías visto a una mujer-reno?

—Reconozco que no —respondió mientras la invitaba a pasar—. Ahora siento que me he vestido muy soso para la ocasión.

—Eso no importa, ya nos quitaremos la ropa si la noche se vuelve muy loca. —Y enseguida añadió—. Es broma…

Lucrecia miró admirativamente la mesa tan bien puesta y acercó su pequeña nariz a la cocina.

—¡Huele delicioso!

—Mi mérito se reduce a poner en el horno el pollo relleno.

Lo he comprado hecho —reconoció Teo.

—Eso no deberías haberlo dicho.

—¿Por qué no?

—Un mago nunca muestra sus trucos.

48. TRES CAMINOS IMAGINARIOS

Al llegar a los postres, se habían bebido casi una botella de cava por cabeza, con lo que Teo sintió que le pesaban los párpados. Lucrecia, que no se había quitado los cuernos de reno en toda la noche, le riñó:

—Oye… ¡No vale dormirse! He pensado en un juego para acabar de despedir la Nochebuena.

—¿Qué juego? —preguntó él, espabilando de repente.

—Se llama *Tú me ayudas, yo te ayudo*. Lo acabo de bautizar así… Se trata de los siguiente: tú me has de decir un gran tema que te gustaría resolver este año que viene, y yo asumiré el rol de consultora y te daré soluciones concretas. Luego seré yo quien te plantee lo que necesito. ¡Empiezas!

—De acuerdo… —Tras pensar un momento, continuó—. Hace tiempo que pienso que me gustaría cambiar de trabajo, de vida o ambas cosas, pero no se me ocurre qué hacer. Llevo tanto tiempo gestionando esos cochinos expedientes que me he creído que no sirvo para otra cosa.

—¡Eso tiene fácil solución! —exclamó vaciando lo que quedaba de la segunda botella en las copas.

—¿De verdad?

—Totalmente. Se trata de poner a trabajar la imaginación, solo eso. Olvídate de nuestra jodida carrera de Derecho, de tu experiencia laboral y de todos los muros que te has construido en la mente. Dime lugares y cosas en las que te parecería divertido trabajar, por absurdo que te parezca.

Algo atolondrado por el espumoso, Teo bebió un poco más de su copa antes de decir:

—Hay una librería donde últimamente paso algunas tardes. Tiene una energía genial. Aunque imagino que pagan poco, sería un sueño trabajar ahí… Claro que no tengo formación de librero ni estudios en Humanidades.

—Sí tienes —dijo Lucrecia en medio de un ataque de hipo—. Yo te falsificaré un currículum para que lo lleves ahí y presentes tu candidatura. Nunca se sabe… ¿Qué más te gustaría hacer?

—Hace poco estuve en la fundación donde Salvador era voluntario. Allí ayudan a personas que están despidiéndose de familiares enfermos. No me siento maduro ni preparado para algo así, pero sí creo que me gustaría ayudar a la gente.

—¿De qué manera? Golpéame la espalda, a ver si se me va este puñetero hipo.

Teo hizo lo que le pedía y los cuernos de reno salieron disparados de su cabeza. Para seguir con el ejercicio, tuvieron que esperar a que se les pasara el ataque de risa. Luego Lucrecia dijo:

—Tienes dos caminos para hacer eso: o te apuntas a un curso de *coaching* o bien empiezas a estudiar Psicología. Quiero que empieces

a buscar información sobre el asunto. Podrás estudiar mientras trabajas en la librería.

—Y se me ocurre un tercer camino imaginario… —empezó Teo, a quien la cabeza comenzaba a darle vueltas.

—Todo es imaginario hasta que uno decide llevarlo a cabo.

¡Cuenta!

—La transcripción para Marcus. ¿O debería decir «para tu amante»? —Lucrecia le sacó la lengua a modo de protesta—. Ya la tengo lista, pero creo que sería solo un capítulo de un libro más ambicioso que recoja otros casos de ECMs y cómo ha cambiado la vida de estas personas. Si hago un poco de investigación, sería capaz de escribirlo. Puede que no saque una perra de eso, pero el tema me interesa cada vez más.

—Hazlo pues.

Entusiasmado con aquellos tres caminos imaginarios que había que aterrizar, Teo concluyó:

—Tengo tarea de sobra, gracias. Te iré informando de mis avances. Ahora te toca a ti consultar y yo buscaré soluciones.

—¡Yuju! ¿Podemos ir al sofá? Necesito acomodarme para contarte lo que ahora oirás.

49. LA LISTA DE LA COMPRA

Lucrecia se sacó los zapatos para acurrucarse en un lado del sofá, abrazando sus piernas. Teo ocupó el otro extremo e intentó adoptar una postura profesional, como si ya fuera terapeuta de algún tipo.

—Soy todo oídos —dijo él conteniendo un bostezo.

—Desde que ha muerto mi madre, siento que he cambiado. El hecho de que cumpliré los cuarenta de aquí a dos semanas también influye.

—¿De qué manera has cambiado?

—Creo que ya me he cansado de mariposear. Ser libre para tener muchos amantes es divertido, pero al final acabo sintiéndome vacía. Equivale a comer cada día en una cadena de *fast food*. Es comida que llena pero que no alimenta.

—¿Adónde quieres ir a parar con eso? —preguntó Teo sorprendido por el cambio de rumbo de su amiga.

—Me gustaría tener una pareja de verdad… O al menos intentarlo. No quiero envejecer y morir sola como mi madre.

—Eso está hecho —dijo él emulando la seguridad de Lucrecia en su turno—. Como has podido comprobar los últimos veinte años, tienes donde elegir.

—No estoy mal, ¿verdad? —preguntó estirando las piernas envueltas de rojo hasta tocarle la pierna con los pies.

—Nada mal.

—Un poco loca, eso sí —apuntó ella.

—Bueno, hay un público para eso. Lo importante ahora es *qué quieres tú*. Si no sabes lo que buscas, no podrás reconocerlo si lo encuentras.

—Eso ha estado bien… Veo que ya ejerces de *coach* o como quieras llamarte.

De un brinco, Teo se puso de pie para ir a buscar un cuaderno y un *roller* que acumulaban polvo en una mesa de mármol. Recordando un ejercicio que había leído en una novela juvenil titulada *Mi novi*a, dijo:

—Vas a hacer la lista de la compra ahora mismo. Es decir, quiero que anotes en ese cuaderno todas las características que te gustaría encontrar en esa persona que podría ser tu pareja.

—Vale… —dijo ella incorporándose para escribir en el cuaderno—. ¿Por dónde empiezo?

—Por donde quieras. El orden de los factores no altera el producto final. ¿Quién dijo eso? Creo que era Pitágoras.

Teo se dio cuenta de que lo estaba pasando realmente bien. Después de morder el *roller* para pensar, Lucrecia empezó:

—Tiene que ser más alto que yo, lo cual no es difícil porque soy un retaco. Y, si no es guapo, al menos que no sea muy feo.

—De acuerdo... Apúntalo.

Lucrecia garabateó en el cuaderno antes de seguir:

—Ha de ser un buen tipo. Me ha de inspirar confianza, no quiero tener que estar pendiente de quién le escribe en el móvil. —Entendido, apunta eso también.

—Que sepa conversar, lo cual incluye saber escuchar —añadió Lucrecia—. No quiero a un narcisista que solo hable de sí mismo.

—Apúntalo en la lista —repitió Teo.

—Ha de ser alguien que tenga curiosidad y se interese por la vida, no un muermo que esté cada noche delante del televisor. —Apúntalo.

—No quiero que sea celoso, ni tampoco un broncas —siguió ella—. Ha de ser tranquilo, pero cuando tenga algo que decir que lo diga.

—Oído cocina. Apúntalo.

—Y ha de saberse manejar con el dinero. No ha de ser rico ni quiero que me patrocine, pero tampoco quiero ocuparme yo de él en relación a eso.

—Tiene sentido. Apúntalo también.

—Vale.

Cuando Lucrecia completó su lista, arrancó la hoja de la libreta para guardarla en un pequeño bolsillo de su falda. Luego se puso de pie y, tras tambalearse un poco, volvió a dejarse caer en el sofá.

—Creo que estoy demasiado borracha para irme a casa. ¿Puedo quedarme a dormir aquí mismo? Prometo no potar en el sofá.

—Claro… voy a por una manta.

Teo fue hasta su dormitorio y abrió el armario para sacar una manta mullida que utilizaba como refuerzo los días más fríos de invierno. Se la echó al hombro y volvió al salón.

Se sorprendió al ver que su amiga ya dormía, aunque por la sonrisa que se dibujó en sus labios al echarle la manta encima, adivinó que solo lo simulaba.

Aun así, empezó a apagar las luces. Era tarde y al mediodía siguiente le esperaban en el FarmLab para un almuerzo de Navidad que no acertaba a imaginar.

—Antes de que te acuestes —murmuró Lucrecia con los ojos cerrados—, ven a darme un beso de Nochebuena y deja que te diga una última cosa.

Teo se acercó al sofá y le besó la frente. Sin abrir los ojos, la sonrisa de ella se hizo aún más pronunciada al decir: —Estoy repasando mentalmente esa puñetera lista y… —¿Y? —le preguntó Teo.

—Me doy cuenta de que te estoy describiendo a ti.

50. UNA NUEVA CITA

PAULA

Ey…

Feliz Navidad.

¿Qué haces?

TEO

Estoy remoloneando en la cama.

Es temprano aún.

¿Y tú?

PAULA

Te estoy escribiendo,

¿no te has dado cuenta?

TEO

Sí, aunque me dijiste

que no volvería a saber de ti…

PAULA

Lo sé, se me subió El Castillo

de Kafka a la cabeza.

Te pido disculpas por todas las tonterías

que dije esa noche.

TEO

Descuida.

PAULA

¿Está mejor tu amiga?

Teo estuvo a punto de decirle que su amiga dormía en el sofá del salón, y que en aquel momento roncaba como un oso.

Podía oírla desde su habitación.

Sin embargo, optó por responder con un tópico.

TEO

Estas cosas llevan su tiempo.

Pero mejor, sí.

PAULA

¿Cuándo nos vemos?

Aquella pregunta le descolocó por completo. No esperaba que ella quisiera volver a verle, así que tardó un poco en decidir qué contestar. Una de las misiones que había asumido por Nochebuena acudió en su rescate.

TEO

El 27 me gustaría ir a una librería del centro

que últimamente frecuento bastante.

Tiene un café bonito

en el que podríamos tomar algo.

PAULA

Bárbaro, vayamos.

¿Puede ser por la mañana?

Ese día me toca turno de tarde.

TEO

Por supuesto, estoy de vacaciones

como te dije.

PAULA

Me lo dijiste, sí.

Besos y nos vemos pasado mañana.

TEO

Ahí estaré.

:*

Teo había dejado ya el teléfono sobre la mesita cuando un bicho de patas rojas saltó sobre su cama y empezó a hacerle cosquillas.

El forcejeo duró hasta que logró inmovilizarla. Pese a todo el espumoso bebido, Lucrecia parecía despejada.

—¿Qué planes tienes? —le preguntó llena de energía—. ¿Qué te parece si vemos *¡Qué bello es vivir!* como corresponde en estas fechas?

—No puedo… —explicó después de soltarla—. Voy a una comida navideña de frikis. De hecho, conoces…

Lucrecia se incorporó de golpe y atravesó a Teo con la mirada para hacerle callar.

—No creerás que permitiré que vayas a ese almuerzo de frikis sin mí, ¿verdad?

51. UN ALMUERZO BESTIAL

Tras aparcar el Toyota Yaris en el FarmLab, al salir vieron que la mesa estaba puesta a ras de suelo. Si es que podía hablarse de mesa, ya que se trataba de un largo mantel sobre la tierra con una docena de platos. Solo cuatro de ellos tenían vasos y cubiertos, además de un almohadón cada uno para intentar sentarse.

Antes de que pudieran comprender de qué iba eso, Xavier y Marcus salieron por la puerta entre gritos de alegría.

—¡Ya estáis aquí! ¡Qué bien!

Teo entregó al hombre de la barba un par de bolsas con aportaciones para la comida, mientras el anfitrión abrazaba a Lucrecia y decía:

—Así que esta es la amiga de la que hablabas... ¡Podrías habernos dicho quién era! —Y dirigiéndose a ella, le dijo—: Gracias por traernos un escritor de primera para el proyecto.

—No exageremos… —replicó Teo—. En otro momento os contaré lo que creo que podemos hacer con la transcripción de nuestras charlas.

—En otro momento, sí… —repuso Xavier palmeándole la espalda—. Ahora toca celebrar la Navidad.

Al ver la cantidad de platos que había en el mantel, Teo se excusó:

—Me sabe mal no haber traído más comida, creí que solo estaríamos nosotros cuatro.

—¡No te preocupes! —intervino Marcus—. Donde comen cuatro, comen doce. Esto va a ser un almuerzo bestial.

—Pero de momento solo estamos nosotros cuatro…

—Pronto lo entenderás, amigo. Porque eres un gran amigo, lo sabes, ¿verdad? ¡Espera y verás!

—¿Está cargado el dron? —le preguntó Xavier.

—Sí, lo he tenido enchufado toda la noche. Haremos un reportaje de esto, porque va a ser inolvidable.

Acto seguido, Marcus y su amigo empezaron a corretear por todo el FarmLab para ultimar los preparativos de una celebración que Teo no olvidaría jamás.

Dos ponis fueron llevados a la mesa a ras de suelo, además de un burro, dos cervatillos, varias ovejas y unas cuantas ocas.

Mientras los animales miraban expectantes la mesa, Marcus empezó a llenar los platos con comida adecuada para cada comensal, además de acercarles unos cuencos con agua. A los seres humanos se les sirvió al final.

—Dejadme que os cuente esto. —Xavier tomó la palabra con entusiasmo—. Este almuerzo de Navidad está inspirado en los de Ramana Maharshi.

—¿Quién era ese? —preguntó Lucrecia, que miraba alucinada los animales arremolinados alrededor del mantel, esperando su comida.

—Un santón de la India, un hombre iluminado. Vivía con una vaca a la que llamaba Madre y aceptaba en su casa a cualquier bestia que le hiciera el honor de entrar. Cuando llegaba el almuerzo o la cena, Ramana ordenaba que sirvieran alimento a todo ser viviente, incluyendo los ratones y las hormigas del lugar. Maharshi opinaba que tenían tanto derecho como ellos a llenar el estómago. Comían todos juntos a la vez, en una comunión que hacía saltar las lágrimas de todos los peregrinos que se acercaban.

Marcus dio una palmada al aire para indicar que el almuerzo podía empezar.

Todas las especies comían de sus platos con fruición, mientras los cuatro humanos daban buena cuenta de un revoltillo de setas acompañado de pan de pueblo y embutidos.

Mientras Teo pensaba que era una sensación extraordinaria compartir mesa con aquellos amigos inesperados, Xavier echó a volar el dron, que filmaba desde las alturas aquel almuerzo bestial para inmortalizar el momento.

En medio de rebuznos, graznidos y sonidos de masticación de toda clase, Teo sintió que también a él se le escapaban las lágrimas.

Por primera vez en muchísimo tiempo, estaba sintiendo algo que podía llamar felicidad.

52. LA VIDA ES UN LIENZO EN BLANCO

—Conversaremos esta vez y una más —le advirtió la voz el día de San Esteban—. Luego tendrás que espabilarte solo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Teo sintiendo una nostalgia anticipada.

—La vida te enseñará todo lo que necesitas saber. Yo solo te he dado unas lecciones preliminares. Cambiar es algo que solo puedes hacer por ti mismo. Hazte a la idea de que el mundo en el que vas a cumplir tu misión es un lienzo enorme, tan blanco que ciega. Cuando llegaste aquí, te dieron unos pinceles. Tienes todos los colores posibles, y la libertad de pintar lo que tú quieras. Pues bien, esto es la vida, amigo.

—La vida es un lienzo en blanco —repitió Teo, emocionado.

—Sí, y el problema es que muchos pintores parecen ciegos. Han olvidado el acto supremo de crear una realidad propia… Teo, como todo ser humano, tienes la capacidad de creación de un dios.

—¡Pero yo no soy un dios!

—Te equivocas, eres el dios de tu propia existencia. Puedes crear lo que quieras en el lienzo de tu vida, pero es importante que hagas una sola pincelada a la vez.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Teo.

—Cada palabra, cada acción que tomes es importante y puede marcar la diferencia en tu vida. Por eso debes estar atento. Si te distraes haciendo varias cosas a la vez, se te escapará la posibilidad de cambiar tu destino.

—El problema es que, por muchas cosas que hagas, no siempre ves los resultados de forma inminente.

—Desde luego que no —le secundó la voz—. Puede que veas el fruto hoy mismo o al cabo de siete años, como el bambú. Si cultivas semillas de esa planta, los primeros seis años te parecerá que no sucede nada. Puedes llegar a pensar, incluso, que las simientes estaban muertas. Hay un cuento sobre esto —Teo pudo intuir que Dios estaba sonriendo al otro lado—. Lo que sucede es que el bambú está echando raíces muy profundas para cuando llegue el momento de brotar. Entonces, en el séptimo año, el bambú hace visible su despertar y en solo seis semanas puede crecer hasta treinta metros.

—Impresionante…

—Sí, y lo mismo sucede con muchas acciones humanas. El futuro es siempre incierto, así que lo único que puedes hacer es plantar lo mejor que tengas y esperar. Enfócate en lo que realmente importa y da lo mejor de ti mismo en cada paso del camino. El resto lo hará la magia de la vida.

Teo inspiró hondo mientras observaba cómo la tarde caía, como un telón, sobre el platanero al otro lado de su ventana.

—Además de todo lo que me has dicho —comentó al pensar en el juego de Nochebuena—, supongo que hay que concretar los propios deseos. Un autor brasileño afirmaba que cuando sabes lo que quieres, y lo anhelas con todas tus fuerzas, el Universo conspira para que lo consigas.

—Así es. Esta es una ley que no falla porque el Universo eres tú mismo.

—Vas a acabar inflamando mi ego, Dios…

—El Universo en el que habitas es un reflejo de lo que tú eres, porque creas tu realidad en el lienzo de tu vida, y disculpa que me repita.

—Pero no todas las pinceladas son un acierto —reflexionó Teo en voz alta—. A veces metemos la pata y creamos problemas que luego cuesta Dios y ayuda resolver. Eso lo sabes bien.

—Los problemas son una invención humana —dictaminó la voz.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que existen son las dificultades, y todos los seres de este planeta las sufren. Vosotros los llamáis problemas, pero eso no tiene que ver con lo que sucede, sino con cómo reaccionáis a eso.

—Sería mejor llamarlos desafíos, entonces —apuntó Teo.

—Es una etiqueta más adecuada, sí. En todo caso, siempre será mejor enfrentarte a dificultades que estar encerrado en una vida aburrida y lineal.

—El aburrimiento es peligroso, sí. Pero también lo son las preocupaciones que no nos dejan vivir. Conozco a personas que han enfermado a causa de la preocupación.

—Liberarte de ello es fácil —dijo la voz—, solo tienes que fijarte en la propia palabra. *Preocupación* se compone de «pre» y «ocupación». Y quiere decir que es algo que haces antes de ocuparte. La misma palabra te dice cómo acabar con ese virus: ocupándote. Sin prolegómenos. Hacer cosas, aprender sobre lo que te gusta, leer, sumergirte en la naturaleza, pasar el tiempo con las personas que quieres. Estar ocupado te ayudará a que tu mente no divague. Porque la mente solo divaga cuando no está ocupada.

—Se trataría, entonces, de actuar —recapituló Teo—. Limitarse a eso y ver qué pasa.

—Exacto, es así como cumplirás tu propósito.

Teo recordó el libro que le había dado Marcus, además del «almuerzo bestial», como regalo de Navidad. *Ikigai: los secretos de Japón para una vida larga y feliz*.

—Lo sé… todos los seres humanos vienen a la vida a cumplir una misión. El problema es… perdón, sé que no te gusta esta palabra. La dificultad es saber en qué consiste esa misión.

—Para descubrirlo tendrás que ponerte en camino, amigo. No se puede trazar el mapa antes de haber pisado el terreno.

—Esa sí que es buena… Voy a pensar en ello. Quiero decir, voy a actuar. En fin, gracias por la inspiración divina. Por cierto, ¿sigues ahí?

53. LOS PACTOS DEL AMOR

Teo llegó a la librería media hora antes de su cita con Paula. Quería estudiar el terreno y, antes que nada, plantar su semilla.

Aunque el bambú tardase siete años en brotar.

—¿Puedo hablar con la persona que dirige esto? —le preguntó a la joven rapada.

—Soy yo misma. ¿Necesitas algo?

—Sí, necesito otro trabajo, otra vida.

Ella le miró con curiosidad a través de sus gafas redondas. Teo le dio un sobre sin el currículum fantasioso que había querido prepararle su amiga. En su interior solo había una carta de motivación.

—Mi experiencia como librero es nula —reconoció, mientras la joven le escuchaba atentamente—, pero últimamente me he aficionado a la lectura y me encantaría hacer lo mismo con la gente que entre en esta librería.

—Te tendremos en cuenta. Si se produce alguna vacante, no te quepa duda de que consideraremos tu candidatura.

—Gracias, con eso me basta por ahora. Mientras tanto, seguiré siendo feliz como cliente.

—Un placer —dijo ella con una sonrisa radiante.

Teo atravesó la librería hasta llegar al fondo, donde se encontraba el café. A fin de relajarse, había pensado instalarse con antelación en una de sus mesas pero, para su sorpresa, Paula ya estaba allí.

Se besaron en las mejillas de forma ceremonial. Luego ocuparon cada uno un lado de la mesa. Les sobrevolaba cierta incomodidad, como si el entuerto en Chez Kafka les hubiera devuelto a la casilla de salida.

Para romper el hielo, después de pedirse un americano descafeinado, Teo declaró:

—Acabo de solicitar trabajo a la jefa de esta librería. Casi podría ser mi hija, así que dudo que me lo den, pero para mí era importante intentarlo.

—Brindo por ti —dijo Paula chocando su agua mineral con el café—. Yo sigo en el mismo lugar. No me atrevo a dar el paso. Tengo unas cuantas deudas, ¿sabes?

Después de todas las conversaciones con Dios, aquí Teo habría tenido mucho que decir, pero se limitó a escuchar qué más quería contarle ella. Tal vez sí que, al final, podía imaginarse como terapeuta, además de librero y escritor.

—¿Cuál es tu experiencia sentimental? —le preguntó ella de repente, mientras enroscaba un cabello ondulado con el dedo. —¿Cómo dices?

—¿Cuándo tuviste novia por última vez? ¿Por qué cortasteis?

—Creo que eres demasiado directa… —dijo Teo conservando la calma—, pero no tengo problema en contártelo. Hace algo más de cinco años de eso. Era una compañera de trabajo. Su misión allí era evaluar riesgos. Salimos unos cuantos meses, y supongo que calculó que el riesgo de pasar la vida conmigo no compensaba la cuota de lo que yo podía ofrecerle, así que canceló la relación con un e-mail bastante seco. Luego pidió el traslado a una filial de nuestra aseguradora.

—No parece una historia muy romántica —comentó Paula, que trataba de aguantase la risa.

—Nunca lo fue. Y la verdad es que tampoco me puse muy triste cuando ella puso fin a la relación. Me di cuenta de que solo salía con ella porque era muy guapa, mucho más que yo. Lo vivía como si me hubiera tocado la lotería. Sin embargo, nuestras conversaciones eran puro aburrimiento. —Dio un trago al café amargo, sin azúcar, antes de preguntar—: Ahora te toca a ti. ¿Quién fue tu último novio y por qué lo dejasteis?

Paula sonrió con timidez sobre su jersey rojo, como si le diera un poco de apuro lo que estaba a punto de contar.

—Era un chico majo. Muy inteligente y agradable, de hecho. Y al principio, él me quería con locura.

—¿Al principio, dices?

—Sí, creo que después lo quemé.

A Teo le conmovió ese ataque de honestidad. Prefirió no comentar nada, a la espera de que ella continuara. De un tiempo a esta parte había descubierto que le encantaba escuchar historias.

—El amor nunca ha sido un asunto fácil para mí —siguió Paula—. Como llevaba un tiempo en el dique seco, le di muchísima importancia a esa relación. Demasiada, supongo. Le obligué a

suscribir un pacto en el que cada día teníamos que decirnos dos cosas; si no estábamos juntos, había que hacerlo por teléfono.

—¿Qué dos cosas? —preguntó él, intrigado.

—Cada día teníamos que decir: 1) Qué nos enamoraba del otro, 2) Qué nuevo punto de unión entre nosotros habíamos descubierto.

—No me extraña que se quemara la relación —se atrevió a decir Teo —. Eso puede hacerse en una ocasión puntual, pero un día tras otro, puede que te quedes sin nada más que decir.

—Perdona, pero la cosa no terminaba aquí… —añadió con una risita nerviosa—. Además de ese pacto diario, teníamos el acuerdo de reunirnos una vez al mes para entregarnos una caja.

—¡Una caja! ¿Qué caja? —preguntó Teo, cada vez más sorprendido.

—La caja de Pandora —rio—. Dentro de esa caja, que no tenía por qué ser muy grande, había que poner un informe sobre lo que nos molestaba del otro y qué podría hacer para mejorar.

—¿Cuántos intercambios de cajas llegasteis a hacer?

—Tres, creo. Luego la relación se fue al garete. Quizás en mi tercera le puse cosas demasiado fuertes y no lo superó… —Dicho esto, se mordió el labio inferior y preguntó—: Por cierto, ¿qué planes tienes para Fin de Año? Estoy pensando en mostrarte mis buenas dotes como cocinera, aunque lo mejor lo dejaremos para el final.

—No sé aún qué voy a hacer, pero te digo pronto. Desde hace un tiempo que vivo al día. Lo único que sé hoy es que, cuando llegue a casa, voy a empezar a escribir un libro.

54. AUTOVIDA

Lo que vas a leer empezó con el relato de un hombre que había regresado de la muerte. En este pequeño ensayo me propongo reflejar su historia, así como la de muchas otras personas que estuvieron a punto de cruzar el umbral pero que, por un motivo u otro, regresaron.

Al verse muertas y encontrarse de nuevo en el campo de juego de la vida, su visión cambió. Y gracias a ellas, también cambió la mía. Por eso me he decidido a escribir.

Este manuscrito tiene otras influencias, sobre todo unas conversaciones que he tenido el privilegio de mantener y que están a punto de concluir. No quiero revelar con quién hablaba, porque no me creerías. De hecho, también yo me pregunto quién estaba al otro lado para sacarme del bosque sin fin de la infelicidad.

Lo de «bosque sin fin» no ha estado mal, ¿verdad?

Me dejo de literaturas, porque quiero hablarte claro. Si escribo estas líneas es porque te siento cerca, somos compañeros en el camino, y quiero compartirte algunos descubrimientos por si te sirven.

Vamos a hablar de la vida. De dos vidas, de hecho.

Empezaremos por la primera.

Si preguntáramos a la gente cómo vive su existencia, la mayoría nos respondería que no es feliz. Miran la tele y solo ven desastres:

guerras, el cambio climático que avanza imparable, asesinatos, corrupción…

La mayoría de esas personas trabajan muchas horas al día comandadas por gente que no las reconocen ni aprecian. No se sienten queridas. Son puros engranajes de una gran máquina de productividad.

Con el dinero que reciben a cambio de su tiempo, se endeudan para comprar cosas que no necesitan y dar la mejor imagen posible. El físico es una carta de presentación que abre o cierra puertas. Si no cumples ciertos patrones, vales menos.

En definitiva, la inmensa mayoría de personas viven engañadas, pero tenemos la oportunidad de despertar. Y a ese despertar yo lo llamo Autovida.

Luego veremos eso.

Las horas que marca el reloj. La edad que tienes ahora. El tiempo que hace. Los nombres de las ciudades (a veces cambian) o el de las personas (también) son otras etiquetas para un mundo mucho más grande de lo que imaginamos.

La vida de la que acabo de hablar la conoces bien. Ya sabes cómo va. A mí tampoco me gusta. A medida que te haces mayor, se va volviendo más complicada y decepcionante, porque está gobernada por personas a las que solo les importa el dinero, el ego y la apariencia.

No quiero ser como estas personas. No deseo parecerme a ellas. No me interesa esta clase de vida.

Quiero una nueva forma de vivir.

Necesito empezar de cero. Disfrutar plenamente. Ser yo, sin nada ni nadie que me condicione.

Tengo como objetivo decidir día a día mi destino. Y si para ello tengo que pasar por la soledad, por la incomprensión de los demás y dejar algunos sueños de lado, estoy decidido a hacerlo.

Vivir desde la autenticidad es la principal clave de la felicidad. Pero ¿qué significa ser auténtico?

Significa:

– Aceptarte y estar en paz con lo que eres. No te comparas con nadie porque eres único e incomparable.
– Pasar de las redes y de las modas imperantes.
– No poner nunca el dinero por encima del tiempo. El tiempo es el valor supremo.
– Renunciar a personas y actividades que te generan estrés, ansiedad o desánimo.
– Aprovechar los regalos y oportunidades que cada día te ofrece la vida.
– Trabajar en tus sueños todos los días.

Nos dicen que solo vivimos una vez, pero no es así. Existe, como si de un milagro se tratara, una segunda y última oportunidad para vivir una existencia auténtica.

Nuestra segunda vida es la buena, y cualquier persona puede tenerla.

Como es una existencia basada solo en lo que depende de ti, en tus propios sueños y prioridades, yo la llamo Autovida.

55. ÚLTIMA CONVERSACIÓN CON DIOS

—En un rato salgo a celebrar la Nochevieja —dijo Teo de pie frente a la ventana—. Sé que te sonará raro, pero creo que te voy a echar de menos.

Aún no había pasado un mes desde la primera vez que hablaran, pero él sentía que mediaba una eternidad entre su «yo» de primeros de diciembre y el que se disponía a empezar otro año y otra vida.

—Recuerda que todo lo que has vivido permanece dentro de ti. Por lo tanto, aunque no te llame, podrás encontrarme.

—Gracias por haberme dedicado tanta atención, seguro que tienes mucho trabajo… Me considero muy afortunado por todo lo que he aprendido contigo. Ahora quiero compartirlo; por eso he empezado a escribir… y, ¿sabes?, al hacerlo, me he dado cuenta de que tengo una segunda vida por empezar. Gracias por abrirme las puertas de lo que a partir de ahora llamaré Autovida.

—Me alegra oírlo. ¿Cómo definirías la Autovida?

—Significa vivir tu existencia de forma consciente, con tu propia visión y sin hacer caso alguno de lo que otros crean que debe hacerse. Es una vida que surge de tu propio interior, no de las

imposiciones sociales. No buscas el éxito social, sino sentirte orgulloso de ti mismo, lo cual te permitirá ayudar a los demás a buscar su propia autenticidad.

—Fantástico, pero dime algo… ¿Esta filosofía de vida que has adoptado busca la felicidad?

—No a cualquier precio, aspira sobre todo a la autenticidad. Ser genuino a veces se paga con dolor, porque necesitas decepcionar a otra gente, pero a medio plazo estás apostando por una felicidad mayor.

Teo inspiró profundamente antes de decir:

—Y ahora viene la gran pregunta. Ya que es la última vez que hablamos, me gustaría que la contestaras: ¿quién eres?

La voz respondió:

—¿Quién quieres que sea?

—¡No marees la perdiz! Estás hablando a través de un teléfono que lleva semanas encerrado dentro de una taquilla, seguramente sin batería, y que es de un muerto. ¿Cómo puedes hacerlo? ¿Y por qué tenía aquella desgraciada tu número? ¿Qué va a ser de ella?

—Demasiadas preguntas… Si me pongo a contestarlas todas, no llegarás a tu cita de Nochevieja. Hay muchas cosas en esta vida que no comprenderás, y es mejor así. Un mundo en el que lo podamos conocer todo sería muy aburrido, ¿no crees?

—Entonces, no piensas decirme quién eres… Me voy a despedir de alguien misterioso con quien he tenido un montón de conversaciones. Quien me dio el número me aseguró que era el teléfono de Dios, y puesto que sabías en todo momento dónde yo estaba y qué hacía, tendré que pensar que eres tú… Pero, con todo, la pregunta sigue ahí: ¿eres Dios?

—Depende de lo que entiendas tú por Dios.

—Me cuesta creer que seas un señor de barba blanca con un triángulo sobre la cabeza que vive por encima de las nubes. —Esa es una visión un poco anticuada e infantil de Dios —apuntó la voz.

—O puede que sea una sabiduría inconsciente que vive dentro de mí, dentro de todos los seres humanos, aunque solo algunos están dispuestos a escucharla. En ese caso, todo este tiempo habría estado hablando conmigo mismo —dijo preocupado—. ¿Deberían encerrarme?

—¿Qué problema hay en hablar contigo mismo?

Teo no supo qué contestar a eso, así que se desvió:

—Y aceptando que fuera la voz del inconsciente… si me llega a la conciencia, entonces deja de ser inconsciente. ¿No es una locura todo esto?

—Ahí te doy la razón. Este mundo es una auténtica locura. Sobre todas las cábalas que te estás haciendo, deja de darle vueltas, porque el *quién* aquí no tiene importancia alguna. Pero si quieres quedarte tranquilo, te diré que soy tu mejor amigo, cualquier cosa que eso signifique para ti.

—De acuerdo. Y me alegra saber, entonces, que no te irás del todo… —dijo esperanzado—. Porque los amigos no desaparecen así como así.

—Exacto, viviré dentro de ti, como has dicho antes. Siempre que me necesites sabrás dónde encontrarme.

—Como Aladino despertando al genio de la lámpara —bromeó Teo.

—Algo así… Aunque en este caso el genio eres tú mismo. Todo el mundo lo es. Confía en ti y pon tus sueños delante para no

perderlos de vista, ¿de acuerdo? Con eso activarás la magia de la vida.

—Tendré en cuenta todo eso, amigo. Creo que a partir de ahora te llamaré así.

—Disfruta de tu Segunda Vida —se despidió la voz.

—Ya lo dice el refrán: «Año nuevo, vida nueva».

Justo entonces la comunicación se cortó y Teo tuvo la certeza, como un mensaje llegado del inconsciente, de que nunca más volverían a hablar. No al menos de aquel modo.

Un poco triste y a la vez agradecido, guardó su teléfono en el bolsillo y extravió su mirada en la última noche del año.

Luego tomó su mejor abrigo y salió a encontrarse con su cita.

FIN (Y NUEVO INICIO)

La idea insólita de pasar la última hora del año en una noria resultó ser acertada. Apenas encontraron cola, porque quienes no llenaban los restaurantes o las salas de fiestas estaban ya en casa.

Todo el mundo estaba pendiente de la cuenta atrás.

Una adolescente ojerosa comprobó los tickets y les invitó a pasar a la cabina de cristal. Habían pagado un extra para que fuera solo para dos.

Cuando la rueda gigante se puso en marcha, a medida que subían vieron que desde algunas terrazas se disparaban de forma anticipada fuegos artificiales, llenando el firmamento de flores y palmeras.

Al llegar al punto más alto, Teo sacó de su macuto una botella y dos copas, y dijo:

—No creo que esté permitido beber en la noria, pero nadie subirá a quitarnos la botella.

—Eso seguro que no —respondió Lucrecia, que se encargó de abrir la botella de cava mientras él sostenía las copas.

El paseo hasta la noria debía de haber agitado el espumoso, ya que el chorro salió disparado hacia el techo de cristal. Luego cayó en forma de lluvia sobre sus cabezas.

—Mira que eres bruta… —comentó él entre risas.

—Y tú, un debilucho incapaz de abrir una botella de champán —dijo ella mientras llenaba las copas—. ¿Por qué brindamos? Falta aún un poco para las campanadas.

—Brindemos porque dejo el trabajo —anunció Teo—. Me han comunicado que ni siquiera tendré que volver las dos semanas reglamentarias. Ya deben de tener a alguien para cubrir mi puesto.

—¿De verdad? —dijo Lucrecia abriendo mucho los ojos—. Lo mío se entiende porque me echaron y ahora tengo una pequeña herencia… pero ¿tú? ¿De qué piensas vivir?

Teo chocó la copa con la de su amiga y bebió un poco del líquido burbujeante. Aún estaba bastante frío y le sabía a gloria. ¿Habría un efecto-noria en el *bouquet*?

—Viviré del aire y del amor, como dicen. No, en serio, he hecho números y puedo aguantar seis meses, doce incluso si me administro bien. En ese tiempo, espero haber encontrado alguna manera de generar ingresos.

—Igual te llaman de la librería. Pediste curro allí, ¿verdad?

—Sí… Tengo que plantar más semillas en lugares absurdos donde me apetezca trabajar, aunque las posibilidades sean casi nulas.

—Sigue haciéndolo, yo te apoyo —dijo Lucrecia levantando el puño.

—Mientras voy buscando, escribiré ese libro del que te he hablado.

—Puedo ser tu lectora Beta, si quieres pasarme capítulos. Ahora mismo estoy tan desocupada como tú…

—Uy, ¡no digas eso! —protestó él mientras apuraba la copa de un trago—. Estamos muy ocupados ahora mismo. Ocupados dando vueltas en la noria a la espera de que acabe el año. —Habría que poner una radio o algo para enterarnos… —sugirió ella, que empezó a buscar en las aplicaciones de su móvil.

Finalmente, encontró un canal de música y subió al máximo el volumen del teléfono. Una pareja de locutores pasados de vueltas gritaba por encima de un machacón tema tecno.

—Oh, no… —dijo Teo llevándose la mano a la cabeza.

—¿Qué te pasa ahora?

—Con todo el estrés de conseguir tickets y subir la bebida, nos hemos olvidado algo fundamental… ¡No hemos comprado uvas! Porque tú tampoco has traído, ¿verdad?

Lucrecia negó con la cabeza, más divertida que disgustada por el hecho de no poder tomar los doce granos de la suerte.

—En tu situación y en la mía, no podemos permitirnos un año de mal fario —se lamentó Teo.

—¡Eso tiene fácil remedio!

—Para ti todo tiene fácil remedio… Este es uno de los motivos por los que te quiero, cabeza loca.

—Lo de las doce uvas es puramente simbólico. En otros lugares lo hacen de otra forma. Se trata de sustituir los granos de uva por otra cosa.

—Ya… pero en esta cabina no tenemos lentejas, ni cacahuetes, ni nada que sirva como sustitutivo.

—Se me ocurre una solución —saltó Lucrecia—. Puesto que no tenemos nada de eso, ¿qué te parece si con cada campanada nos damos un beso? Besos por uvas, ¿no mola?

Teo no se esperaba esa propuesta, así que murmuró:

—No sé si es una buena idea… Hace veinte años que nos conocemos y nunca nos hemos besado. ¿Y si se rompe algún equilibrio cósmico que nos mantiene en armonía y orden?

—preguntó mientras llenaba las copas de nuevo. —Correremos ese riesgo. Mejor eso que un año de mal fario, tal como dices.

Los locutores anunciaron que solo quedaban dos minutos en la cuenta atrás. Teo sintió que la tensión le agarrotaba todos los músculos. El banco en el que ella estaba sentada quedaba un poco lejos, así que se echó un poco hacia adelante, esperando que ella hiciera lo mismo.

—Esto va a ser muy incómodo —dijo Lucrecia, que se levantó para sentarse a horcajadas sobre las piernas de su amigo—. Vamos, abrázame, no seas rancio. Hay que hacerlo bien si queremos que la fortuna nos sonría.

Obediente, le pasó las manos por la espalda y la atrajo un poco hacia él. Sus caras estaban ahora muy cerca, a la espera de la primera campanada. Cuando por fin sonó, descubrió que los labios de su amiga le gustaban mucho más de lo esperado. Por la sonrisa de Lucrecia al separarse un instante, comprendió que a ella también.

Teo dio las gracias al cielo, donde ya estallaban los cohetes, de que quedaran once más.

«Quienes no crean en la magia,

nunca la encontrarán».

ROALD DAHL

EL ORIGEN DE ESTA HISTORIA

Hay libros que nacen con magia, antes de iluminar la vida de miles de personas, y *El teléfono de Dios* es uno de ellos.

Hará un año y medio que conocí esta historia concebida inicialmente por Marc Vives —aunque quizás le fue revelada— y desarrollada, aún sin forma definitiva, por Adriana Hernández. De hecho, me entusiasmaba tanto que les pedí que me dejaran novelar los primeros siete capítulos, que guardé en un PDF juntamente con una sinopsis.

Ese archivo fue a parar a una carpeta de mi portátil donde guardo los nuevos proyectos, tanto los míos como los de los autores que a veces superviso. Agobiado por otras emergencias, hacía meses que el documento dormía allí el sueño de los justos.

En medio de esto, una agencia de viajes vinculada a *El País* me pidió si podía acompañar a un pequeño grupo por Japón a principios de verano. Como de muy joven había soñado con ser guía de viajes, acepté la propuesta para saber cómo era, sobre el terreno, ese trabajo.

Una vez en Japón, me di cuenta de que mi papel allí sería bastante superfluo, porque el grupo contaba ya con un guía japonés que

hablaba perfecto español, y que cantaba incluso coplas y zarzuelas. Mi tarea como acompañante literario se reducía a dar pequeñas charlas sobre Mishima, Murakami, los haikus, etc.

El grupo estaba siempre en ruta y había pocos espacios en los que dar estas píldoras culturales, así que disponía de mucho tiempo libre en un itinerario que había recorrido al menos media docena de veces.

Aquellas dos semanas hice un par de amigos, y uno de ellos es el responsable de que este libro insólito pueda existir. El hecho de que esté en tus manos significa que ha visto la luz.

Uno de ellos era Javier, un médico jubilado que había enviudado recientemente y estaba muy apagado. El otro era Valen Bailón, un autor y editor que yo conocía de un curso de escritura. De hecho, fue tras aquel taller que, conociendo su interés por el viaje, le avisé de que se había liberado una plaza a causa de una baja.

Con la idea de animar a Javier, formamos un trío calavera que salió todas las noches de aquel viaje, a excepción de una. Íbamos a clubs de jazz, a restaurantes y coctelerías, a conciertos alternativos a los que solo acudían los locales.

Volviendo de una de aquellas salidas, Valen me explicó su intención de ampliar su editorial con un tercer sello. Hasta ahora se había centrado en publicar biografías —a menudo escritas por él mismo— y libros de *business* con Emprenbooks, y novela romántica con Vanir.

Su nuevo sello, me explicaba, se enfocaría al desarrollo personal, tanto a través de la ficción como de la no ficción. Estuvimos discutiendo varios nombres para esa editorial, que hoy se llama Ikibooks.

En un descanso en mi habitación, de repente recordé el PDF que dormía en la carpeta de nuevos proyectos. Releí la sinopsis de *El teléfono de Dios* y los siete capítulos que yo había redactado de

muestra, y me dije que aquel podría ser un buen libro para iniciar el nuevo sello de quien ya era mi amigo.

Se lo mandé por WhatsApp para que le echara un ojo y me diera su opinión. Aquel mismo día obtuve su *feedback*:

—Creo que vamos a publicarlo —dijo.

A nuestro regreso de Japón, mientras se preparaban los contratos, me reuní con Marc y Adriana para poner en marcha la obra que tienes en tus manos. Yo me ofrecí a escribir una novela con su material, que constaba de lo siguiente:

Una pequeña «biblia» de conversaciones con Dios que había redactado Marc —con algo de inspiración divina— desde el FarmLab, la propiedad rural en medio de los bosques donde vive.

Una primera narración de estas conversaciones por parte de Adriana, que extendió los diálogos y aportó nuevos temas y conexiones.

La transcripción hecha por la misma Adriana de una larga entrevista realizada por Marc a un hombre al que una ECM (experiencia cercana a la muerte) cambió la vida.

Todo esto ha acabado conformando el libro que tienes en tus manos, donde hay mucho de real, incluyendo algunos de los personajes. También hay mucha magia, ya que mientras yo iba hilando la historia, se produjeron no pocas sincronicidades y serendipias, como si una misteriosa fuerza velara para que todo saliera bien.

Gracias a Valen Bailón, a Marc Vives, a Adriana Hernández y a un servidor, *El teléfono de Dios* es ahora una realidad. Comentando la novela que ha surgido finalmente, todos hemos coincidido en que hay dos escenas que cualquier director de cine querría filmar. Una tiene que ver con un almuerzo al aire libre. La otra sucede dentro de una noria.

Pero no daré más pistas, por si hubieras decidido empezar la lectura de este libro por aquí.

Por cierto: si te dan el teléfono de Dios, no dudes en llamar. Tu vida podría transformarse.

Francesc Miralles

Notas

[←1]

. Estás solo junto al estanque / Sentado bajo las nubes de verano / En tu mente, un sueño de ella / Un beso de hace siete años / Ahora te preguntas dónde estará / ¿Adónde se fueron esas promesas / de amor eterno? / «La vida es extraña, ¿no lo sabías?», / dijo ella mirando los árboles. / «Cierra los ojos y respira despacio» / Los círculos en el agua muestran / la danza concéntrica de Dios / Recuerdas sus labios apretados, / cerrando todas las palabras no dichas / Hay un retrato en tu cabeza / de gracia indescriptible / Sus mejillas brillando como la nieve / Cuando su mano estaba en tu mano / El mundo entero te pertenecía / Lo que queda es solo esta canción — canción de Nikosia del disco *The Ghost of Tomorrow*

[←2]

. Cuento publicado en el 2006 por el doctor Eduard Estivill y Montse Domènech dentro de la antología *Cuentos para crecer.* Una versión resumida de esta historia apareció en *El mejor lugar del mundo es aquí mismo*, de Francesc Miralles y Care Santos.